

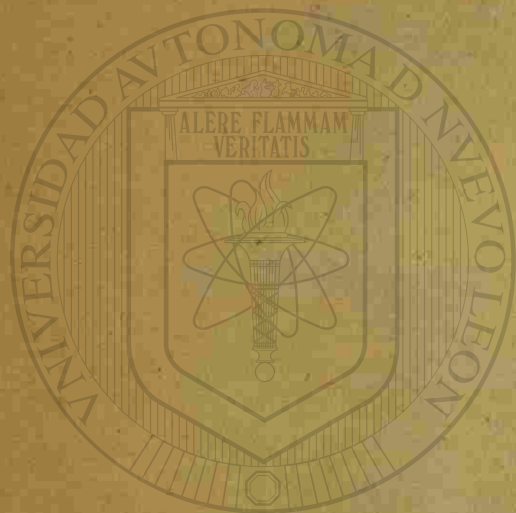
DAUBET

TREINTA AÑOS  
DE PARIS

PQ2216  
.Z5  
S6



1020026230



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





TREINTA AÑOS DE PARÍS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

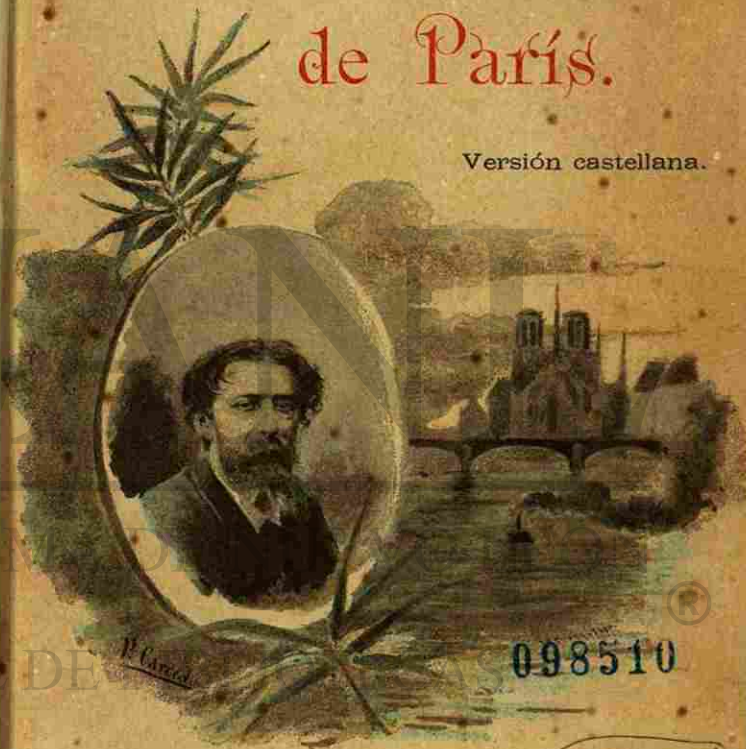
844.8  
Núm. Clas. \_\_\_\_\_  
Núm. Aylor. D2385  
Núm. Adm. 29886  
Procedencia. 85  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificad. 112  
Catalogó. 507

COLECCIÓN JUBERA

A. DAUDET

# Treinta años de París.

Versión castellana.



098510

29386

MADRID

Agustín Jubera, Editor.

10, Campomanes, 10.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



COLECCIÓN JUBERA

ALFONSO DAUDET

# TREINTA AÑOS DE PARÍS

Á TRAVÉS DE MI VIDA Y DE MIS LIBROS

TRADUCCIÓN DE H. GINER

Ilustrado con 118 grabados en diversos colores.

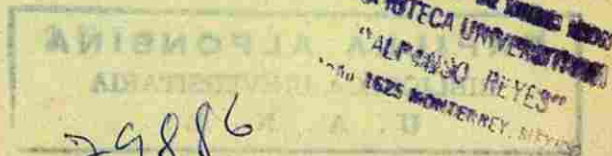


MADRID

AGUSTÍN JUBERA, EDITOR

10, Campomanes, 10.

1889



813 PQ 2216  
D. 25  
S6



ES PROPIEDAD

FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

E. RUBIÑOS. IMPRESOR.

**CAPILLA ALFONSINA**  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.



### LA LLEGADA

¡Qué viaje! Sólo de pensar en él treinta años después de haberlo hecho, siento todavía mis piernas como aprisionadas en un témpano de hielo y me veo acometido de calambres de estómago. ¡Dos días en un vagón de tercera clase y con un ligero trajecillo de verano! ¡Y con un frío!...

Tenía yo dieciséis años; venía de muy lejos, de allá del fondo del Languedoc,

donde era pasante de escuela, para dedicarme á la literatura. Después de pagar el importe del billete, me quedaron en el bolsillo 40 monedas justas de á cinco céntimos; mas ¿por qué habia de preocuparme siendo tan rico de esperanzas? Se me olvidaba que tenía hambre; á pesar de las seducciones de los pasteles y emparedados expuestos en los mostradores de las estaciones, no quería yo soltar aquella monedita de plata cuidadosamente oculta en mi faltriquera. Hacia el final del viaje, sin embargo, cuando el tren, gimiendo y zarandeándonos de un lado á otro, iba atravesando las tristes llanuras de la Champagne, estuve á punto de sentirme malo. Mis compañeros de viaje, marineros que pasaban el rato cantando, me alargaron una cantimplora. ¡Qué buenos muchachos! ¡Qué hermosas eran sus rudas canciones, y qué bueno su aguardiente balarasa para quien no había comido en dos días!

Aquello me salvó y me reanimó; el cansancio me daba sueño, y me adormecí, pero despertando sobresaltado periódicamente cuando el tren se detenía, y

volviendo á dormirme cuando emprendía de nuevo la marcha.

Un ruido estruendoso de ruedas al sonar sobre planchas de hierro, una gigantesca bóveda de cristal inundada de luz, puertas que se abren con estrépito, carretillas de equipaje que ruedan, una muchedumbre inquieta, atareada, empleados de la aduana... ¡París!

Mi hermano me esperaba en el andén. Muchacho práctico, á pesar de sus pocos años, penetrado del sentimiento de sus deberes de hermano mayor, se había provisto de una carretilla de mano y de un mozo de cuerda.

—Vamos á cargar tu equipaje.

¡Bueno estaba mi equipaje! Una maleta guarnecida de clavos, llena de rozaduras y más pesada que lo que llevaba dentro. Nos pusimos en marcha en dirección al barrio latino, á través de los desiertos muelles, por calles adormecidas, caminando detrás de nuestra carretilla, arrastrada por el mozo. Apenas era de día. No encontrábamos más que obreros con las caras amoratadas por el frío, ó repartidores de periódicos que se dispo-



nían á echar hábilmente por debajo de las puertas de las casas los diarios de la mañana. Los faroles de gas se apagaban. Las calles, el Sena y sus puentes, todo me aparecía tenebroso á través de la



niebla matinal. Tal fué mi entrada en París; arrimándome á mi hermano, con el corazón metido en un puño, experimentaba cierto involuntario terror mientras seguíamos en silencio á la carretilla y al mozo.

—Si no tienes mucha prisa por ver nuestro cuarto, iremos antes á desayunarnos, me dijo Ernesto.

—¡Sí! comamos.

Estaba literalmente muerto de hambre.

—¡Ay! La casa de comidas, una casa de comidas de la calle de Corneille, no estaba abierta todavía; tuvimos que esperar mucho rato paseándonos por la acera para entrar en calor, y alrededor del Odeon, que se me aparecía imponente con su vasta techumbre, su pórtico y su aspecto de templo.

Al fin se abrieron las puertas; un mozo medio dormido nos hizo entrar, arrastrando con ruido sus zapatillas puestas en chancleta y bostezando como los mozos de cuadra á quienes despiertan en las posadas donde se cambian los tiros



de las diligencias. Aquel desayuno al amanecer no se borrará jamás de mi memoria; me basta cerrar los ojos para ver la salilla de paredes encaladas y desnudas, con sus perchas clavadas en el blanqueado, el mostrador cargado de servilletas apiladas en montones, las mesas de mármol sin manteles, pero relucientes y limpias, copas, saleros y botellitas muy pequeñas llenas de un vino donde no había ni señales de zumo de uva, pero que me pareció excelente tal como era.

—¡Tres de café! se ordenó á sí mismo el mozo.

Como á tales horas no había nadie más que él en la sala y en la cocina, se contestó ¡bueno! á sí mismo, y nos sirvió *tres de café*, es decir, 15 céntimos de un café sabroso, balsámico, razonablemente endulzado, que desapareció en un abrir y cerrar de ojos, al mismo tiempo que dos panecillos servidos en una cestita de mimbre.

Pedimos después una tortilla, porque era demasiado temprano para una chuleta.

—¡Una tortilla para dos, bueno! mugió el mozo.

—¡Bien frita! gritó mi hermano.

Me incliné enternecido ante el aplomo y los modales del sibarita de mi hermano, y á los postres, mirándonos uno á otro de hito en hito, con los codos apoyados en la mesa, ¡qué de proyectos, cuántas confidencias nos hicimos sentados delante de un plato de pasas y de almendras tostadas! El hombre, después de comer, es mejor. ¡Adiós melancolía, inquietudes, preocupaciones! Aquel modesto desayuno me había embriagado como si hubiera bebido Champagne.

Salimos cogidos del brazo y hablando fuerte. Al fin había amanecido por completo. París me sonreía con todas sus tiendas abiertas. Hasta el Odeon mismo tomaba, para saludarme, un aspecto afable, y las blancas reinas de mármol del Luxemburgo, que entreveía yo al través de la verja en medio de los árboles despojados de hojas, parecían hacerme graciosas inclinaciones de cabeza y darme la bienvenida.

Mi hermano era rico. Desempeñaba

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Cde. 1825 MONTERREY, MEXICO

las funciones de secretario de un señor viejo, el cual le dictaba sus memorias y le daba setenta y cinco francos al mes. Teníamos que vivir con esos setenta y cinco francos hasta que yo tuviese fama; compartir aquel cuartito en un quinto piso de la calle de Tournon, en el hotel del Senado, casi en la guardilla; mas así y todo me parecía soberbio. ¡Una guardilla parisiense! Sólo de mirar las palabras *Hotel del Senado*, que se destacaban en letras muy gordas sobre la muestra de la fonda, halagaba mi amor propio y me hacía experimentar desvanecimientos.

Enfrente del hotel, al otro lado de la calle, hay una casa que data del siglo pasado, con un frontón y dos figuras yacentes, que parece que se van á caer desde lo alto de la fachada á la calle.

—Ahí vive Ricord, me dijo mi hermano; el famoso Ricord, médico del Emperador.



El *Hotel del Senado*, el médico del Emperador, esas palabras gordas hacían cosquillas á mi vanidad y me deleitaban. ¡Oh! ¡las primeras impresiones de París!

Los magníficos restaurants del boulevard San Miguel, los edificios nuevos del boulevard San Germán y de la calle de las Escuelas, no habían ahuyentado



todavía del barrio á la juventud estudiantil; y, á pesar de su nombre pomposo, nuestro hotel de la calle de Tournon maldita la gravedad senatorial que tenía.

Había allí toda una colonia de estudiantes, horda procedente del Mediodía de Gascuña; muchachos muy alegres, muy satisfechos de sí mismos, muy altivos; estudiantes partidarios de la cerve-

za y de los discursos, que llenaban la escalera y el corredor con el estruendo de sus potentes voces de bajo profundo. Pasaban el tiempo hablando de todo y discutiendo sin tregua.

Nos los encontrábamos rara vez, sólo los domingos, y eso accidentalmente; es decir, cuando el estado de nuestros bolsillos nos permitía el lujo de comer en mesa redonda.

Allí fué donde vi á Gambetta. Era ya el hombre que hemos conocido y admirado todos. Satisfecho de vivir, feliz cuando hablaba, aquel locuaz romano injerto en galo se aturdió á sí mismo con el ruido de sus discursos, hacía temblar las vidrieras al estrépito de su atonadora elocuencia, y terminaba casi siempre con ruidosas carcajadas. Ya reinaba sobre sus compañeros. En el barrio era un personaje, además, porque recibía de Cahors trescientos francos mensuales, cantidad enorme para un estudiante en aquellos tiempos ya remotos. Después hemos sido amigos. Pero entonces no era yo todavía más que un provinciano que había llegado á París

la víspera y que aún no había soltado el pelo de la dehesa. Me limitaba á contemplarlo desde lo último de la mesa, con mucha admiración y sin sombra alguna de envidia.

Él y sus amigos ocupábanse con ardimiento en la política; en el barrio latino ponían sitio ya á las Tullerías, en tanto que mis gustos, mis aficiones, mi ambición iban hacia otras conquistas. La literatura era el único objeto de mis ensueños. Sostenido por la ilimitada confianza que la juventud tiene en sí misma, pobre y radiante, pasé todo aquel año en mi guardilla haciendo versos. Es la mía una historia vulgar y conmovedora. París cuenta por centenares esos pobres diablos jóvenes que tienen por toda fortuna unos cuantos versos; pero no creo que nadie haya comenzado jamás su carrera en un abandono tan completo como el mío.

A excepción de mi hermano, no conocía yo á nadie. Míope, torpe y tímido, cuando salía de mi guardilla daba invariablemente vuelta al edificio del Odeon, paseaba por sus galerías, ebrio de mie-

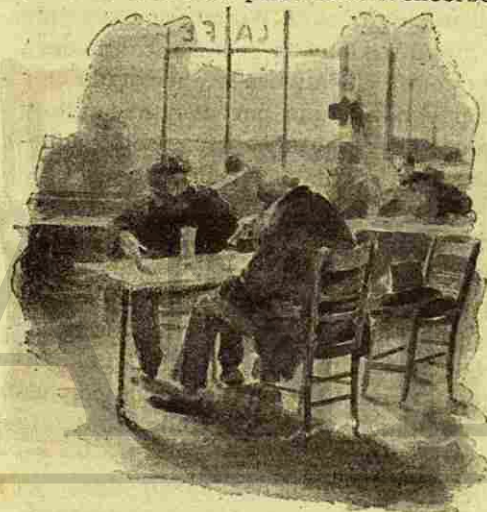
do y de placer, ante la idea de que allí me encontraría con literatos cerca de la tienda de madame Gaut, por ejemplo; de madame Gaut, ya vieja, pero con magníficos ojos, brillantes y negros, la cual



permitía hojear los últimos libros expuestos en su escaparate, á condición de no cortarles las hojas.

Veíala yo charlando con el gran novelista Barbey d'Aurevilly; ella haciendo media; el autor de *Una vieja amante*, con un brazo puesto en jarras á la

*Merovingia*, con la solapa de su abrigo de viaje forrada de magnífico terciopelo negro, muy echada hacia atrás para que todo el mundo pudiera convencerse



de la suntuosidad de aquella prenda, modesta en la apariencia.

Alguien se aproxima; es Vallès. El futuro individuo de la *Commune* pasaba casi todos los días por la tienda de madame Gaut al regresar del gabinete de

lectura de la *señora Morel*, adonde tenía costumbre de concurrir todas las mañanas para leer y trabajar. Bilioso, burión, elocuente, siempre vestido con la misma levita mala, hablaba con voz ruda y metálica, muy en relación con su dura fisonomía de auvernés, adornada por fuerte barba que parecía un cepillo y que le llegaba casi hasta las cejas; aquella voz me ponía nervioso.

Acababa de escribir *El Dinero*, especie de folleto dedicado á Mirés y adornado, á guisa de viñeta, con un dibujo que representaba una moneda de cien *perros chicos*, y mientras llegaba á ser el socio de Mirés, se había hecho el amigo inseparable del antiguo crítico Gustavo Planche. El aristarco de la *Revista de Ambos Mundos* era por entonces un viejo corpulento, de aspecto duro, un Filoctetes hinchado, que arrastraba la pierna y cojeaba de lo lindo.

Un día tuve la audacia de espiarlos por una ventana del café de la calle de Taranne, empinándome sobre las puntas de los pies para alcanzar á la vidriera; era el café que estaba en la hoy derriba-

da casa donde vivió cuarenta años Diderot. Estaban sentados uno enfrente del otro; Vallès gesticulaba con animación; Planche se ocupaba en beber, copa tras copa, todo un frasco de aguardiente.

¡Y Cressot, el dulcísimo, el excéntrico Cressot, á quien Vallès inmortalizó después en sus *Refractarios*! ¡Cuán difícil me sería olvidarlo! Lo vi muy á menudo en el barrio, caminando pegado á las fachadas de las casas, paseando su triste cara de enfermo y su cuerpo larguirucho de esqueleto envuelto, en un abrigo muy corto.

Cressot era el autor de *Antonia*, un poema. ¿De qué vivía aquel hombrecillo? Nadie lo sabía. Un día un amigo que tenía en provincias le legó en su testamento una pequeña renta: aquel día Cressot comió y murió de eso.

Otra fisonomía de aquella época está grabada en mi memoria: la de Julio de la Madelène, uno de los mejores *poeta menores* de nuestra literatura en prosa, el harto poco conocido autor de creaciones excelentes por su belleza de líneas

verdaderamente clásicas: *Las almas en pena* y *El marqués de Saffras*. Modales aristocráticos, una cabeza rubia que hacía recordar el Cristo de Tintoreto, facciones delicadas y un poco enfermizas, ojos impregnados de tristeza, que lloraban siempre por el sol de la Provenza, su país. Las gentes se contaban su historia al oído; era la de un entusiasta y un valiente de la buena cepa.

En Junio de 1848, herido en las barricadas, lo dejaron por muerto en las filas de los sublevados. Recogido en medio de la calle por un burgués, permaneció oculto en casa de su salvador, cuya familia le cuidó tan bien, que se puso bueno. Una vez curado, se casó con la hija de la casa.

Codearse con hombres célebres, cambiar casualmente algunas palabras con ellos, era lo suficiente para inflamar la ambición.

«Yo también llegaré,» se dice uno lleno de confianza.

¡Con cuántos ánimos subía yo entonces las escaleras de mis cinco pisos, sobre todo cuando había logrado comprar

una vela que me permitía trabajar toda la noche, elaborar á los resplandores de su vacilante llama versos, planes de dramas, que se sucedían uno detrás de otro sobre las cuartillas de papel blanco! La audacia me daba alas. Ya veía el porvenir abrirme sus puertas de par en par.



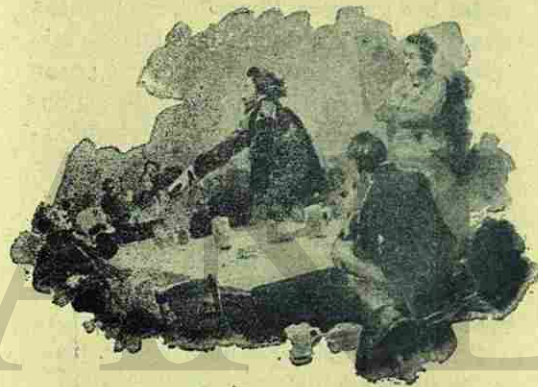
Olvidaba mi indigencia, olvidaba mis privaciones, como aquella Noche-Buena que pasé haciendo versos con febril rapidez, mientras abajo los estudiantes la celebraban ruidosamente, y la voz de Gambetta, rugiendo por el hueco de la escalera, repercutiendo por las paredes del corredor, hacía vibrar los cristales de mi ventana, cubiertos de hielo.

Pero en la calle acometíanme de nuevo mis antiguos temores. El Odeon, en

particular, me llenaba de espanto; parecíame todo el año tan frío, tan imponente y tan inaccesible como el día de mi llegada. ¡Odeon! ¡La Meca de mis aspiraciones, objeto de mis íntimos deseos! Cuántas veces he renovado mis tímidas y secretas tentativas para franquear los augustos umbrales de la puertecilla baja por donde entran los artistas! ¡Cuántas veces he visto pasar por aquella puerta á Tisserant, radiante de gloria, con los hombros encorvados bajo su abrigo, con ese aire pacato y bonachón, imitado de Federico Lemaître! Detrás de él, amigablemente cogido del brazo de Flaubert y pareciéndosele como si fuera su hermano, á Luis Bouilhet, el autor de *Madame de Montarcy*, y á menudo también al conde de Osmoy, hoy diputado. Entonces estaban escribiendo los tres, en colaboración, una obra fantástica de grande espectáculo, que no ha sido representada. Detrás de ellos iba, siguiéndoles, un grupo compuesto de cuatro ó cinco gigantes de aspecto militar, todos normandos, cortados por el mismo patrón de coraceros, con bigotes rubios. Era la co-

orte de los Rouennais, los lugartenientes de Bouilhet, que aplaudían en los estrenos.

Luego Amadeo Rolland, Juan Duboys, Bataille, triunvirato más joven, empren-



dedor, audaz, que buscaba también los medios de escurrirse por la puertecilla como los pliegues de la amplia capeta de Tisserant.

Los tres han muerto, lo mismo que Bouilhet, á los comienzos de su carrera literaria, y por eso sin duda las galerías del Odeon, cuando paseo por ellas á la



hora del crepúsculo, me parecen hoy pobladas de sombras amigas.

Cuando hube terminado un tomito de poesías, me eché á buscar editor; llamé á la puerta de Miguel Lèvy, de Hachette. ¿Dónde no iría yo? Me colé en todas las grandes librerías, anchurosas como catedrales, donde la suela de mis botillos crujía horriblemente, y á pesar de las alfombras hacía un ruido espantoso. Empleados y dependientes de aspecto oficinesco me examinaban con aire de importancia y con gran frialdad.

—Quisiera ver al Sr. Lèvy... para hablarle de un manuscrito.

—Está muy bien; sírvase usted decirme su nombre.

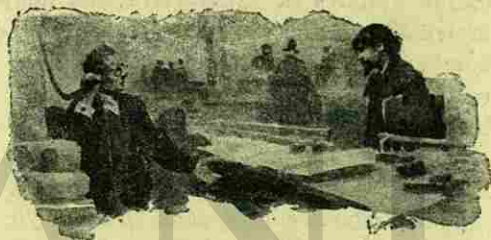
Y una vez dicho el nombre, el empleado, metódicamente, aplicaba sus labios á uno de los orificios del portavoz, y luego, llevándose el otro al oído:

—El Sr. Lèvy no está en casa, me decía.

El Sr. Lèvy no estaba nunca en casa, ni el Sr. Hachette; nadie estaba en su casa, gracias á aquel insolente portavoz.

Existía aún en el boulevard de los Italianos la Librería Nueva. Allí no había

portavoz ni orden administrativo; todo lo contrario. El editor Jacotet, que empezaba entonces á publicar sus tomitos á franco, una idea suya; el cual Jacotet era un hombrecillo regordete que se parecía á Balzac, pero sin la frente de Balzac, siempre en movimiento, acosa-



do por los negocios y por las comidas; agitando continuamente en su cabeza algún proyecto colosal y tirando el dinero. Aquel torbellino lo condujo en dos años á la bancarrota, y se marchó á fundar allí, al otro lado de los Alpes, el periódico *L'Italie*. Pero su tienda servía de salón á la flor y nata intelectual de los boulevares; allí se encontraba á Noriac, el cual acababa de publicar su *Regimiento n.º 101*; á Scholl, or-

gulloso con el éxito de su *Dionisia*; á Adolfo Gaiffe; á Aubryet.

Todos esos concurrentes habituales del boulevard, irreprochablemente vestidos y hablando de dinero y de mujeres, me dejaron confuso cuando vi reflejarse mi persona, mezclada con las suyas, en los cristales de la vidriera, con mis melenas largas como un *pifferaro* y mi sombrero provinciano. En cuanto á Jacotet, me daba constantemente citas para las tres de la tarde en la *Casa de Oro*.

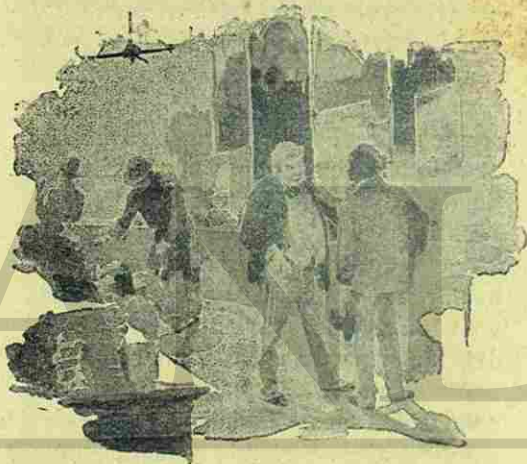
—Allí hablaremos, decía, y firmaremos nuestro contrato en un pico de la mesa.

¡Qué embustero! ¡Apenas si sabía yo dónde encontrar su dichosa *Casa de Oro*! Sólo mi hermano me animaba y daba algún valor cuando llegaba yo desesperado á casa.

¡Una noche, sin embargo, le llevé una gran sorpresa y una grande alegría! *El Espectador*, periódico legitimista, aceptaba poner á prueba mi talento en calidad de cronista.

Fácilmente se figurará cualquiera el cuidado con que escribí mi primera crónica, preocupándome hasta de las con-

diciones caligráficas del trabajo. La llevo á la redacción, la leen, gusta; envían el artículo á las cajas. Espero, casi sin respirar, la aparición del número. ¡Vamos, bueno! París está perturbado; unos

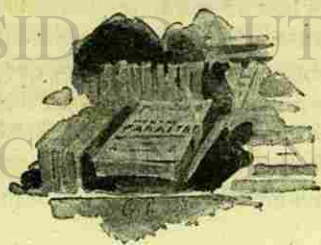


italianos han atentado contra la vida del Emperador. ¡Estamos en pleno terror; los periódicos son perseguidos, prohibían la publicación del *Espectador*! La bomba Orsini había destruído mi crónica.

No me maté, pero pensé en el suicidio. Y, sin embargo, el cielo se compade-

cía de mi miseria. El editor á quien tanto buscara yo, se me venía á las manos: era el librero Tardieu, de la calle de Tournon, una puerta más abajo de la de mi casa. Era también literato, y algunas obrassuyas habían tenido éxito: *Mignon*, *Por un alfiler*, composiciones del género sentimental, escritas con tinta color de rosa. Lo conocí una noche que vagaba por los alrededores de nuestro hotel y que él se había sentado á la puerta de su tienda. Editó mis *Amorosas*.

El título atraía, así como el elegante aspecto del tomo. Algunos periódicos hablaron de mi obra y de mí. Mi timidez voló. Iba yo valerosamente á las galerías del Odeon para ver cómo marchaba la venta de mi libro... y hasta me atreví, al cabo de algunos días, á dirigir la palabra á Julio Vallès. Ya había yo salido á luz.



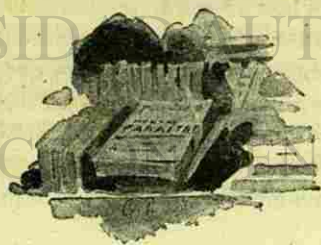
## VILLEMESSANT (1)

Voy algunas veces—cuando coinciden mi necesidad personal con el azar de mis excursiones—á que me arreglen la barba ó me corten el cabello á casa de Lespès. Es un rincón curioso y muy parisiense ese gran establecimiento de barbero que ocupa toda la esquina de la casa Frascati, entre la calle Vivienne y el boulevard Montmartre. Como clien-

(1) Escrito en 1870.

cía de mi miseria. El editor á quien tanto buscara yo, se me venía á las manos; era el librero Tardieu, de la calle de Tournon, una puerta más abajo de la de mi casa. Era también literato, y algunas obrassuyas habían tenido éxito: *Mignon*, *Por un alfiler*, composiciones del género sentimental, escritas con tinta color de rosa. Lo conocí una noche que vagaba por los alrededores de nuestro hotel y que él se había sentado á la puerta de su tienda. Editó mis *Amorosas*.

El título atraía, así como el elegante aspecto del tomo. Algunos periódicos hablaron de mi obra y de mí. Mi timidez voló. Iba yo valerosamente á las galerías del Odeon para ver cómo marchaba la venta de mi libro... y hasta me atreví, al cabo de algunos días, á dirigir la palabra á Julio Vallès. Ya había yo salido á luz.



## VILLEMESSANT (1)

Voy algunas veces—cuando coinciden mi necesidad personal con el azar de mis excursiones—á que me arreglen la barba ó me corten el cabello á casa de Lespès. Es un rincón curioso y muy parisiense ese gran establecimiento de barbero que ocupa toda la esquina de la casa Frascati, entre la calle Vivienne y el boulevard Montmartre. Como clien-

(1) Escrito en 1870.

tes, *todo Paris*, es decir, una parte infinitamente pequeña de París que vive entre el Gimnasio y el teatro de la Ópera, Nuestra Señora de Loreto y la Bolsa, y que cree que ella sola vive: corredores, cómicos, periodistas: sin contar la legión agitada, atareada, de los buenos concurrentes al Boulevard, que no hacen nada. Veinte ó treinta oficiales de peluquero rizan ó afeitan á todo eso.

Vigilándolo todo, sin quitar ojo de las navajas de afeitar y de los botes de pomada, va constantemente de una parte á otra el maestro Lespès, hombrecillo despabilado á quien habría podido hacer engordar la fortuna — porque es muy rico, — pero al cual cierta ambición mantiene en unas carnes regulares. En esa casa, verdaderamente predestinada, es donde hace veinte años, en el mismo entresuelo donde Lespès afeita, tenía *El Figaro* sus oficinas. Allí estaba el corredor, la ventanilla para hacer las suscripciones; y detrás de un enrejado de alambre, los ojos redondos y el pico del bueno de Legendre, siempre furioso, rara vez amable, como estaría un loro

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES  
BIBLIOTECA "ALFREDO GILLES"  
CALLE 11, MONTEVIDEO, URUGUAY

que fuese cajero. Allí estaba la redacción (con el letrero: *No se permite la entrada al público*, en los cristales raspados de la puerta); algunas sillas, una mesa grande con inmenso tapete verde. Me parece estar todavía viendo aquello, y me veo á mí mismo, tímido y encogido, sentado en un rincón, con mi primer artículo paternalmente enrollado y atado debajo del brazo. Villemessant no había llegado aún; me dijeron que esperase, y esperé.

Aquel día habría media docena de redactores alrededor de la mesa, ocupados en desdoblar periódicos y en escribir. Reían, charlaban, echaban cigarrillos: estaban alegres como castañuelas. Entre ellos había un hombrecito de cara encarnada y de cabellos completamente blancos, echados hacia atrás, que le daban cierto aire de gallo con cresta. Era Pablo d'Ivoy, el célebre cronista, arrebatado al *Correo de París* á fuerza de dinero; Pablo d'Ivoy, en fin, cuyos honorarios fabulosos (eran fabulosos en aquella época, aunque ahora no lo parecerían tanto) causaban envidia y admira-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFREDO GILLES"  
CALLE 11, MONTEVIDEO, URUGUAY

ción en las reuniones de literatos. Escribía sonriendo, como hombre satisfecho de sí mismo; las cuartillas de papel iban entintándose bajo su pluma; yo miraba escribir y sonreír á Pablo d'Ivoy.

De pronto oyóse ruido de pesados pa-



sos y una voz alegremente chillona: ¡Villemessant! Las plumas empezaron á correr, cesaron las risas y se escondieron los cigarros; sólo Pablo d'Ivoy levanta la cabeza y se atreve á contemplar familiarmente al dios.

VILLEMESSANT: «Muy bien, hijos míos; veo que se trabaja... (A Pablo d'Ivoy, con aire bonachón): «¿Está usted conten-

to con su crónica?—PABLO D'IVOY: Creo que ha salido bien». - VILLEMESSANT: «Mejor; mucho mejor, porque así como así será la última que haga usted...»—PABLO



d'Ivoy (*palideciendo*): «¿La última que haga?»—VILLEMESSANT: «Eso es; no bromeo... el artículo es abrumador... no se dice otra cosa en el boulevard... ya hace mucho tiempo que me está usted fasti-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS  
SERIE QUINCE  
MAYO 1958

diando.» Pablo d'Ivoy se había levantado: «Pero, caballero, ¿y nuestro contrato?»—«¿Nuestro contrato? ¡Buena es ésa! Pleitée usted, que eso tendrá gracia; leeré sus artículos ante los Tribunales y veremos si hay contrato en el mundo que me obligue á meter en el periódico semejantes tonterías.»

Villemessant era hombre capaz de hacerlo lo mismo que lo decía, y Pablo d'Ivoy no recurrió á los Tribunales. Pero no le hace: aquella manera de tirar á los redactores por la ventana, como si fueran trastos viejos, me dió calofríos por la espalda. Hubiera querido verme á cien pies debajo de tierra con mi pobre manuscrito, ridículamente enrollado. Es una impresión que no he podido desechar nunca. Después he visto con mucha frecuencia á Villemessant; siempre ha estado muy amable y siempre he experimentado, al verlo, la sensación desagradable de terror que debió experimentar el famoso Poucet al verse delante del ogro.

Añadamos, para ser justos, que más tarde, cuando murió ese mismo Pablo

d'Ivoy, tan brutalmente despedido del *Figaro*, Villemessant, ogro con ribetes de San Vicente de Paul, fué quien se encargó de pagar los colegios de sus hijos.

«¿Es bueno? ¿es malo?» Difícil nos parece contestar estas preguntas, y la comedia de Diderot parece escrita aludiendo á él. ¿Bueno? ¡Ciertamente lo es! También es malo, según los días y los momentos; y un pintor podría, sin mentir ni en una línea, ni en un tono, hacer dos retratos suyos; uno paternal, otro cruel; uno muy negro, otro color de rosa: los cuales no tendrían parecido ninguno entre sí, pareciéndose ambos, sin embargo, al modelo.

Si se quisiera relatar anécdotas características sobre ese singular dualismo, sería el cuento de nunca acabar y habría muchísimo donde elegir.

Antes de la guerra había yo hecho amistad con un buen señor, padre de familia, empleado en las oficinas del Correo central que hay en la calle de Juan Jacobo Rousseau. En los días de la *Commune* aquel hombre se quedó en

París. ¿Tenía allá, en el fondo de su corazón, algunas simpatías por los insurrectos? No me atrevería á jurar que no. ¿Pensaría que, después de todo, puesto que las cartas seguían llegando á París, alguien había de quedarse allí para clasificarlas y distribuir las? Es posible también que lo pensara. Acaso no le fuera fácil salir de la capital súbitamente con su mujer y dos hijas ya pollas. En París hubo entonces muchos pobres diablos en una situación semejante; hombres que acudieron á las barricadas forzados por las circunstancias; insurrectos sin saber cómo ni por qué. El caso es que si, á pesar de las órdenes de Thiers, mi amigo permaneció en su oficina, detrás del enrejado de la ventanilla, apartando cartas sin hacer caso del estruendo de la batalla; el caso es, digo, que no quiso de la *Commune* ni ascenso, ni aumento de sueldo. Cuando la insurrección fué vencida, él se vió—y muy contento con que no le entregaran á un consejo de Guerra—en medio de la calle, destituido, en vísperas de hallarse en condiciones de obtener su jubilación. Desde

aquel momento empezó para él una existencia verdaderamente lamentable y por todo extremo cómica. No se había atrevido á participar á su familia su ce-



santía; todas las mañanas sus hijas le preparaban camisa limpia y bien planchada (un funcionario público debe ser cuidadoso de su persona); le hacían alegremente, como siempre, el lazo de la corbata, y le daban un beso en la puerta



de la calle, á la hora reglamentaria, creyendo que iba á la oficina. ¡A la oficina! ¡Ah! Estaba bien lejos aquella oficina, calentita en invierno, fresca en verano, donde habían transcurrido horas tan bonancibles para él. Ahora tenía que corretear por las calles de París, lloviese ó nevase, en busca de un destino que no conseguía nunca, y volver á su casa por la noche con la muerte en el alma, y mentir é inventar historias sobre un jefe que no existía, sobre un escribiente fantástico, procurando al mismo tiempo aparecer alegre y satisfecho. (Ese pobre hombre me ha servido de modelo para el tipo del tío Alegría en mi novela *Nabab*, buscando siempre un destino y contando embustes á sus hijas.) Me lo encontraba algunas veces, y me partía el alma verlo en aquel estado. Su desesperación me decidió á ir á visitar á Villemessant. Villemessant, me dije, encontrará para él un huequecillo en la administración del *Figaro*. ¡Imposible! Todas las plazas estaban cubiertas. Y además se trataba de un comunista. ¡Ahí es nada! ¡Buen escándalo se

hubiera armado si descubrieran que Villemessant daba un empleo en sus oficinas á un comunista! Sin embargo, la historia de sus hijas, de las camisas lim-



pias, de los lazos de corbata, enternecieron al bueno del ogro.

—¡Una idea! dijo: ¿cuánto sueldo tenía su protegido de usted?

—Doscientas pesetas mensuales.

—¡Pues bien! le daré á usted, para que se las entregue mensualmente, doscientas pesetas hasta que encuentre un destino. Así podrá seguir haciendo como que va á la oficina y sus hijas no dejarán de ponerle la corbata todos los días... Terminó su discurso con su estribillo eterno: «¡Buena es ella!»

Y, en efecto, fué buena: tres meses seguidos aquel buen hombre cobró su pequeña renta. Al cabo de los tres meses encontró al fin un destinillo, y tanto y tanto economizó en él, que una mañana se me presentó con los seiscientos francos y una carta dando las gracias al señor de Villemessant, cuyo nombre le había yo dicho, y al cual llamaba, á pesar de las enormes diferencias políticas que les separaban, su noble bienhechor. Le llevé á Villemessant la carta y el dinero.

—¡Buena es ella! me dijo. ¡Pero si ese dinero lo había yo dado para que no se me devolviese!... Quiere devolvérmelo... Es la primera vez que me sucede una cosa semejante. Y eso que se trata de un comunista. ¡Buena es ella!

¡Y se deshizo en exclamaciones, en ri-

sotadas y en entusiasmo! Villemessant se revolvía en su sillón. Pero veréis ahora un rasgo que os pintará al hombre: alegre, entusiasmado, tanto por la buena acción suya como por el placer natural que se experimenta—por escéptico que se sea—en no ser engañado y en hacer un favor á una persona conocida; Villemessant, mientras estaba charlando, se entretenía jugando maquinalmente con las seiscientas pesetas, en poner las monedas en fila encima de su mesa. De pronto se vuelve á mí y exclama:

—¡Eh, Daudet: aquí falta una moneda para la cuenta!

En efecto; faltaba una moneda que se había quedado olvidada en el bolsillo. En el período álgido del entusiasmo aparecía de repente el hombre práctico.

Tal es ese hombre complicado, muy reflexivo, muy malicioso en el fondo bajo una apariencia de bonachonería y de candidez, capaz de hacer creer á cualquiera que Tolosa está cerca de Blois y que las torrecillas de Chambord se miran en uno de los brazos del Garona.

En la vida privada y hasta en la vida

pública, Villemessant ha erigido la familiaridad en principio, para con el prójimo por supuesto, porque exige siempre el mayor respeto cuando se le trata. Al día siguiente de uno de esos sueltos picantes que tenía costumbre de publicar en el periódico, á última hora, cuando la máquina estaba ya en marcha, llaman á Villemessant á la presidencia de la Cámara legislativa. (Esto ocurría en tiempo del Imperio.) Se trataba, si no me equivoco, de aquel famoso «Morny anda en el ajo,» de que se acuerdan sin duda los habituales concurrentes al boulevard.

El Duque estaba muy enfadado, ó fingía estarlo; pero el chico de Blois no se desconcertó.

—¡Cómo, señor Duque! ¿no es para darme una cruz para lo que me ha llamado usted?... Pues le aseguro que el ordenanza de Guardias de París que ha estado en la redacción á llevarme aquel pliego puede vanagloriarse de haberme producido gran emoción... Mis redactores están ya preparando la iluminación... ¡Buena es ella!... Y en seguida cuenta un

cuento, una anécdota, suelta una frase ingeniosa, de sabor parisiense, envuelta en una alegre carcajada; y con eso y con adoptar una actitud afectuosa, y decir con alegría: «¡Cuánto estimo al señor Duque!» se olvidó la ofensa.

Es verdad que con Persigny, por ejemplo, la familiaridad no daba tan buenos resultados; y Villemessant vió un día que, en la fría atmósfera oficial, sus más alegres bufonadas se helaban en el aire y caían sin hacer efecto. Pero Morny se lo perdonaba todo; aquel hombre tenía verdadera debilidad por Villemessant, y gracias á su protección soberana el *Figaro* podía permitirse mil calaveradas. Así es que el periódico tenía un respeto, una veneración por el Presidente, que rayaba en lo inverosímil; momento hubo en que creí que le iban á construir una capillita en las paredes de la redacción, como al genio protector de aquellos sitios, como á un dios Lar.

Lo cual no impidió que el *Figaro* publicase una mañana, en sitio preferente, á propósito del teatro del señor de Saint-Remy (ese era el seudónimo que usaba

el Duque en la literatura), un artículo de Enrique Rochefort, corrosivo como una probeta en ácido, penetrante y desagradable como un ciento de agujas olvidadas en la silla donde va uno á sentarse.

—¿Por qué me odia ese señor Rochefort? ¡Jamás le he hecho nada! decía el Duque con esa cándida vanidad á que no escapan los más distinguidos estadistas cuando han mojado una vez el dedo en tinta; y Villemessant fingía que estaba desesperado, y exclamaba:

—¡Esto es terrible!... Si yo hubiera estado allí, no hubiera pasado jamás semejante artículo... ¡ya ve usted cómo me desespero!... Pero precisamente aquel día no fuí al periódico... y los muy bribones aprovecharon la ocasión... no pude ver las pruebas...

El Duque pensaría lo que pensara acerca de la excusa; pero el número del periódico hizo mucho ruido. Las gentes se lo leían unas á otras, y se lo arrebataban de las manos. Y Villemessant no deseaba otra cosa.

Villemessant, según puede verse por

lo que va dicho (y eso es lo que forma en el fondo la unidad de ese carácter, en apariencia diverso y contradictorio), es, ante todo y sobre todo, el hombre de su periódico. Después de los tanteos de los primeros tiempos; de las abordadas dadas al azar en el mar de la vida; de los rumbos emprendidos á todos vientos, una vez tomado el definitivo, ha navegado viento en popa. Su periódico es su vida.

El hombre y su obra se parecen, y bien puede decirse que jamás hubo nadie mejor cortado á la medida de su destino. De una actividad asombrosa, vivo, revoltoso, desplazando una cantidad enorme de aire, sobrio como se era antes, lo cual asombra á las gentes de ahora; sin beber, sin fumar, sin temor al ruido, ni á los golpes, ni á las aventuras; poco escrupuloso en el fondo, siempre dispuesto á tirar los prejuicios por la ventana; sin haber tenido jamás verdadera fe política, pero aficionado á hacer alarde de un legitimismo bastante platónico y de cierto respeto que le parece que sienta bien, Villemessant era

29886

6  
UNIVERSIDAD DE BUENO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 2025 MONTECITRE, MEXICO

el capitán más á propósito que se podía imaginar para mandar ese atrevido buque corsario que durante veinte años, y con pabellón del Rey, sembrado de flores de lis, ha navegado por su cuenta.

Es tiránico, caprichoso; pero ahondando un poco, y en el fondo, siempre el interés del periódico os dará la razón de su tiranía y de su capricho. Estamos en el año de gracia de 1858, en el *Café de Variedades* ó en el *Café Veron*, á eso de las once de la mañana, un jueves. El *Figaro* acaba de salir; Villemessant está almorzando. Habla, redacta anécdotas que insertará en el próximo número, si hacen reír, y que olvidará para siempre si hacen fiasco. Escucha é interroga.—«¿Qué le parece á usted el artículo de Fulano?—¡Delicioso!—Tiene talento, ¿no es verdad?—¡Muchísimo talento!»

Villemessant sube radiante á la redacción: «¿Dónde está Fulano? ¡Que venga Fulano!... ¡Tiene muchísimo talento!... No hay nadie como él... Todo París habla de su artículo.»

Y ahí tienen ustedes á Fulano felicitado, mimado, ascendido. Cuatro días des-

pués, en la misma mesa del café, el mismo convidado declara que el mismo artículo de Fulano es tonto, y Villemessant sube á la redacción, pero no radiante, sino furioso; no para aumentar-



le el sueldo, sino para echarle del periódico.

Sin duda á consecuencia de alguna consulta de esas entre pimienta y queso, se produjo la escena entre Villemessant y Pablo d'Ivoy, que tanto escandalizó mi candidez de principiante.

¡Qué le importa un redactor á Villemessant! Si uno se va, otro viene; y el último que llega es siempre el mejor. Según él, todo hombre lleva su artículo en la barriga, y el caso es sacárselo. Monselet había hecho á este propósito una leyenda deliciosa: Villemessant encuentra en la calle un deshollinador; se lo lleva al *Figaro*, lo lava, lo sienta delante de las cuartillas, y le dice: «¡Escribe!» El deshollinador escribe, y resulta bueno el artículo. Así es como todo París, ilustre ú obscuro, que escribe, ha pasado por el *Figaro*. Así es como algunos buenos muchachos—viendo renovarse en su favor la historia de la moneda de Saint-Aulaire—han tenido, gracias á un afortunado hallazgo de quince líneas, han tenido digo, su cuarto de hora de celebridad. Luego, como el milagro no se repetía, se les declaraba agotados y vacíos por Villemessant.

He conocido un París lleno de gente vaciada de ese modo. ¡Qué época de candor aquélla en que se quedaba uno hueco por quince líneas!

Y no es que Villemessant desprecie la

literatura: ¡todo lo contrario! Como es poco literato, siente por los que escriben bien, por los que saben lo que es tener la pluma en la mano, como él dice, el respeto que siente el campesino por el latín del cura de su pueblo. Pero se da instintivamente cuenta, y no sin razón, de que esas son cosas para lucidas con provecho en libros importantes y en las Academias.

A hombres de esa talla prefiere para su negocio un escritor muy parisiense; un día decía delante de mí á Jouvín, con esa cínica franqueza que, sólo por *tener cosas* como él las tiene, se le puede perdonar:

—Cuida usted mucho sus artículos; son trabajos de un verdadero literato; todo el mundo lo dice; son notables, sabios, admirablemente escritos; pero si yo los publico en mi periódico, esté usted seguro de que no los lee nadie.

—¡Que no los lee nadie! ¡No faltaba más!

—¿Quiere usted apostar algo? Aquí está Daudet, y puede ser testigo. Imprimiré el famoso vocablo de Cambron en

medio de uno de los más escogidos trozos de su artículo de usted, y pierdo la apuesta si alguien echa de ver la cosa.

Mi imparcialidad de testigo me obliga á decir que Jouvin no quiso apostar.



#### MI PRIMER FRAC

¿Cómo me hice con aquel frac? ¿Qué sastre de los tiempos primitivos, qué inesperado *Primo* se decidió, bajo la fe de fantásticas promesas, á llevármelo una mañana á casa, nuevo, flamante y artísticamente doblado y sujeto con alfileres en un pedazo de tela verde? Bien difícil me sería decirlo. Nada recuerdo del honrado sastre—¡ha pasado después por las manos de tantos sastres!—nada más que allá, á través de una niebla luminosa, una

medio de uno de los más escogidos trozos de su artículo de usted, y pierdo la apuesta si alguien echa de ver la cosa.

Mi imparcialidad de testigo me obliga á decir que Jouvin no quiso apostar.



#### MI PRIMER FRAC

¿Cómo me hice con aquel frac? ¿Qué sastre de los tiempos primitivos, qué inesperado *Primo* se decidió, bajo la fe de fantásticas promesas, á llevármelo una mañana á casa, nuevo, flamante y artísticamente doblado y sujeto con alfileres en un pedazo de tela verde? Bien difícil me sería decirlo. Nada recuerdo del honrado sastre—¡ha pasado después por las manos de tantos sastres!—nada más que allá, á través de una niebla luminosa, una



frente reflexiva y unos bigotes muy grandes. En cambio el frac ¡oh! el frac me parece estar viéndolo todavía. Han pasado veinte años, y su imagen permanece aún, perenne, grabada en mi memoria como sobre imperecedero bronce. ¡Qué cuello, jóvenes, y qué solapas! Sobre todo, ¡qué faldones cortados en forma de boquilla de flauta! Mi hermano, como hombre de experiencia, había dicho: — «¡Cuando se quiere hacer camino en el mundo, es preciso tener frac!» Y el pobrecillo contaba que aquella prenda influiría mucho para mi gloria y para mi porvenir.

Agustina Brohan tuvo las primicias de aquel primer frac mío. He aquí en cuáles circunstancias, dignas de pasar á la posteridad.

Acababa de ver la luz mi primer libro, de aspecto virginal y nuevo, bajo sus cubiertas color de rosa. Algunos periódicos habían hablado de mis versos. Hasta el *Officiel* había impreso mi nombre en sus columnas. Ya era poeta, no en flor, sino editado, dado á luz, expuesto en los escaparates de las librerías. Yo

mismo me asombraba de que la gente no se detuviera para mirarme cuando paseaba mis dieciocho años por esas calles de Dios. Positivamente sentía sobre mi frente la dulce presión de una corona de papel, hecha con recortes de artículos.

Un día me propusieron hacer que me invitasen á las reuniones de Agustina. —¿Quién?— ¡Uno, qué diablos! Desde ahí lo estaréis viendo: el eterno cualquiera, que se parece á todo el mundo; el hombre amable, providencial, que sin ser nada por sí mismo, sin que nadie lo conozca bien, va por todas partes, os acompaña á todos lados; amigo de un día, de una hora, del cual nadie sabe el nombre: un tipo esencialmente parisiense.

Ya supondréis que acepté la proposición. ¡Ser invitado á casa de Agustina! Agustina, la ilustre comedianta; Agustina, la deliciosa intérprete de Molière, la niña mimada de Musset—porque si representaba en el Teatro Francés los papeles de criadas, Musset había escrito su comedia *Louison* en casa de ella;—Agustina Brohan, en fin, cuyo ingenio celebraba París, citando sus frases, y la cual

llevaba en el sombrero, no mojada en tinta todavía, pero dispuesta ya y cortada con finísimo cortaplumas, la pluma de pájaro azul, color del tiempo, con la cual debía firmar más tarde las *Cartas de Susana!*

—Picarón, me dijo mi hermano, ayudando á ponerme el frac; ahora sí que está hecha tu fortuna.

Dieron las nueve y salí de casa.

Agustina Brohan vivía entonces en la calle de Lord Byron, en lo alto de los Campos Elíseos, en uno de esos hotelitos coquetones con que sueñan los provincianillos de poética imaginación, por lo que leen en las novelas. Una verja, un jardinillo, una gradería de cuatro escalones bajo una marquesina, la anté-sala llena de flores, y en seguida el salón, un salón tapizado de verde, muy iluminado, que aún me parece estar viendo...

Cómo subí los escalones, cómo entré,



cómo me presenté, lo ignoro. Un criado anunció mi nombre; pero ese nombre, mal pronunciado además por el lacayo, no produjo efecto alguno en la reunión.

No me acuerdo más que de una mujer que decía: «Mejor; así habrá uno más



que baile.» Parece que faltaban parejas.

¡Vaya una entrada para un poeta lírico!

Aterrado, humillado, me escurri entre los grupos. ¡Cómo explicar mi espantol...

Al cabo de un momento, otra aventura: mis melenas, mi mirada enfurruñada y sombría, provocaban la curiosidad pú-

blica. Oí cuchichear en torno mio:—  
¿Quién es?—Miradlo, miradlo... y se reían.  
Por fin alguien dijo:

—¿Es el príncipe valaco!

—¿El príncipe valaco?... ¡ah! ¡sí, yal  
perfectamente.

Supongo que aquella noche esperaban  
allí á un príncipe de Valaquia. Ya clasi-  
ficado, me dejaron en paz. Pero no le  
hace; así y todo, no podéis figuraros  
cuánto me pesó toda la noche mi usur-  
pada corona. Primero bailarín, después  
príncipe de Valaquia. Pero ¿no veían  
aquellas gentes mi lira?

Afortunadamente para mí, una noticia  
repentina, que fué de boca en boca des-  
de un extremo al otro del salón, hizo que  
se olvidasen al mismo tiempo del pollo  
bailarín y del príncipe valaco.

El matrimonio estaba por entonces de  
moda, según parece, entre el personal  
femenino de la Comedia; y la mayor parte  
de aquellas uniones novelescas se  
concertaba en los miércoles de Agustina  
de Brohan, en los cuales se reunía al-  
rededor de las bellas artistas ó alumnas  
del Teatro Francés la flor y nata del pe-

riodismo oficial, de la Banca y de la alta  
administración del Imperio.

La señorita Fix, la deliciosa cómica,  
la de hermosos ojos de hebrea, se casa-  
ba con un gran banquero y moría al dar  
á luz; la señorita Figeac, católica y ro-  
mántica, soñaba ya con que un sacerdote  
bendijese solemnemente sus futuros al-  
macenes del boulevard Haussmann, co-  
mo se hace con un buque á punto de ser  
botado al mar; hasta Emilia Dubois, la  
rubia Emilia, aunque condenada por su  
endeble belleza al eterno papel de inge-  
nua, soñaba con flores de azahar bajo el  
protector chal de su señora madre: en  
cuanto á Magdalena Brohan, la bella y  
majestuosa hermana de Agustina, no se  
casaba; al contrario, se disponía á desca-  
sarse, y á dar á Mario Uchard tiempo y  
mimbres, como se dice vulgarmente,  
para escribir los cuatro actos de *Fiam-  
mina*. Así es que hubo una enorme ex-  
plosión en aquel medio ambiente, tan  
cargado de electricidad marital, cuando  
circuló este rumor: «Gustavo Fould aca-  
ba de casarse con Valeria.» ¡Gustavo  
Fould, el hijo del Ministro! ¡Valeria, la

encantadora actriz!... Ahora todo eso está muy lejos. Después de una fuga á Inglaterra, de cartas publicadas en los periódicos, de folletos, de guerra á lo Mirabeau contra un padre tan inexorable como el *amigo de los hombres*, después de la más romántica de las novelas, coronada por un desenlace de lo más burgués que se puede imaginar, Gustavo Fould, imitando el ejemplo de Mario Uchard, escribió *La condesa Romani*, y llevó elocuentemente al teatro sus propios infortunios; la señorita Valeria olvidó su nombre de señora de Fould para firmar con el seudónimo de Gustavo Haller libros titulados: *Virtud*, con una bonita figura sobre cubierta azul pálido. Grandes pasiones que se apagan en un baño de literatura. Pero el escándalo, la emoción, estaban aquella noche en el salón verde de Agustina. Los hombres, los que ocupaban posiciones oficiales, movían la cabeza y redondeaban la boca en forma de *O* para decir: «¡Eso es grave... muy grave!» Oíanse estas palabras: «Todo desaparece, todo se lo lleva el diablo... Ya no hay respeto... El Emperador de-

bería intervenir... derechos sagrados... autoridad paterna.» Las mujeres, en cambio, tomaban francamente, y en voz muy alta, la defensa de los dos enamorados que acababan de escaparse á Londres. «¡Toma! Si se querían... ¿por qué ha de oponerse el padre?... ¡Que es Ministro!... ¿Y qué tenemos con eso?... Desde la Revolución, gracias á Dios, no hay ya Bastilla, ni Fuerte del Obispo!» Imaginad á todos hablando á la vez, y dominando el estruendo de las voces la risa metálica de Agustina, bajita, de buenas carnes, y con aspecto siempre alegre, á causa de sus ojos saltones, unos ojos bonitos de mfope, siempre asombrados y de brillante mirada.

Por fin se calmó la emoción, y comenzaron de nuevo los rigodones. Yo bailé, no hubo más remedio. Y lo hice bastante mal para ser un príncipe de Valaquia. Cuando terminó el rigodón me quedé inmóvil como un tonto, amarrado por mi cortedad de vista, demasiado tímido para atreverme á ponerme el lente en un ojo, demasiado poeta para usar gafas, y temeroso siempre de ir, si me movía, á

romperme la rodilla contra un mueble, ó á meter las narices en el entredós de algún descote. Pronto sentí hambre y sed; pero por todo el oro del mundo no me hubiese atrevido á entrar en el comedor al mismo tiempo que las damas.

Atisbaba yo el momento en que el comedor estuviese solo. Entretanto me mezclé al grupo de los políticos, afectando cierto aire de gravedad y fingiendo desdenar las delicias del comedor, desde donde llegaba hasta mí, mezclado al ruido de las voces y de las cucharillas chocando con la vajilla, un finísimo olor á té caliente, á vinos de España y á pasteles. Por fin, cuando salieron de nuevo para bailar, me decidí. Ya estoy dentro, y estoy solo.

¡Qué asombro aquel *buffet*! Aparecía á la luz de las bujías, con sus copas y sus botellas, una pirámide de cristal, blanca, resplandeciente, fresca á la vista, como nieve vista al sol. Cojo una copa, como



una flor delicada, cuidando de no apretarla de miedo de romperla. ¿Qué verter dentro de ella? ¡Vamos! ¡Valor, puesto que nadie me ve! Cojo una botella á tientas y sin escoger. Debe de ser Kirsch,



porque parece diamante líquido. ¡Vaya por una copita de Kirsch! me agrada su aroma porque me recuerda los grandes bosques con sus perfumes semisalvajes. Y ahí me tenéis vertiendo gota á gota el clarísimo licor. Levanto la copa, alargó los labios. ¡Horror! ¡Agua pura! ¡Qué

burla! De pronto se oyen dos sonoras carcajadas: un frac negro y un vestido de gasa color de rosa que no había visto, haciéndose el amor en un rincón, y á los cuales divierte el chasco que acabo de llevarme. Quiero colocar la copa en su sitio; pero estoy turbado, la mano me tiembla, me engancho la manga no sé en dónde. ¡Cae una copa, dos, tres, cuatro copas! Vuelvo la cabeza, me dan sudores, y la blanca pirámide rueda por el suelo con los centelleos, el ruido de huracán, los estruendos de una montaña de hielo que se desploma.

La señora de la casa acude al oír aquel estrépito. Afortunadamente es tan míope como el príncipe valaco, y éste puede escapar del comedor sin que lo vea. Pero de todas suertes, se me aguló la fiesta.

Aquel destrozo de copitas y botellas me abrumó como si fuese un crimen.

No pienso más que en marcharme... Pero la mamá de la Dubois, deslumbrada por mi principado, se coge á mis faldones y no quiere que me vaya sin haber sacado á bailar á su hija, es decir, á

sus dos hijas. Me excuso como Dios me da á entender, me escapo, voy á salir, cuando un señor de edad, de sonrisa fina, con cabeza de Obispo ó de diplomático, me cierra el paso. Es el doctor Ricord, con quien he hablado algunas palabras poco rato antes, y que, como todos los demás, me cree de la Valaquia.

—Pero, Príncipe, puesto que vive usted en el hotel del Senado, y que somos, por lo tanto, vecinos, espéreme. Ofrezco á usted un asiento en mi coche.

Bien quisiera aceptar; pero he ido sin abrigo, y ¿qué diría Ricord de un príncipe valaco privado de un abrigo de pieles y dando diente con diente, de frac y á cuerpo? Escapemos pronto; volvamos á pie, á pesar de la nieve y de la niebla, antes que dejar ver nuestra miseria. Míope, y cada vez más confundido y turbado, llego á la puerta y me escorro á la calle, no sin antes dar de narices en las paredes.

—¿El señor no quiere su abrigo? me grita un lacayo.

Y ya me tienen ustedes, á las dos de

la madrugada, lejos de mi casa, perdido por las calles, hambriento, helado y con el diablo en el cuerpo. De pronto el hambre me inspiró; se me ocurrió una idea luminosa. ¡Si fuese á la plaza de los Mercados! A menudo me habían hablado de los mercados y de cierto cuchitril, abierto toda la noche, donde daban raciones de suculentas sopas con coles por quince céntimos. Si por cierto, iré al Mercado. Me sentaré allí á la mesa como un vagabundo nocturno. Pasaron mis vanidades. El viento corta y tengo el estómago vacío. ¡Mi reino por un caballo! decía el otro. Y yo, tiritando de frío, me dije: ¡Mi principado, mi principado valaco por una buena sopa en un sitio caliente!

Era por el aspecto un verdadero tugurio el famoso establecimiento, que se hallaba medio escondido, lleno de polvo y miserablemente alumbrado, bajo los pórticos del Mercado viejo. Muchas veces después, cuando el trasnochar estaba de moda, hemos pasado allí noches enteras entre futuros grandes hombres, apoyados de codos en la mesa, fumando y charlando de literatura. Pero confieso que la

primera vez estuve á punto de retroceder, á pesar del hambre que tenía, ante aquellas paredes ennegrecidas, aquel humo espeso, aquellas gentes que había sentadas delante de las mesas, roncando con la espalda apoyada en la pared, ó lamiendo sus raciones de sopa como si fueran perros; estuve á punto de retroceder ante aquellas gorras de Tenorios de arroyo, aquellos anchos sombreros de fieltro blanco de los mozos crudos del mercado, y la blusa honrada del vendedor ambulante junto á los harapos del merodeador de las afueras. Entré, sin embargo, y debo declarar que mi frac negro se encontró en seguida con compañía.

No son raros en París, después de la media noche, los que andan de frac, á cuerpo, y con hambre suficiente para comerse una ración de sopa de coles. Sopas de coles que son muy exquisitas por cierto; olorosas como un jardín y humeantes como el cráter de un volcán. Repetí dos veces, aunque la costumbre, inspirada por una saludable desconfianza, de sujetar los tenedores y las cuchara

ras por medio de unas cadenitas á la mesa, me molestaba un poco. Pagué, y fortalecido con aquel sólido refrigerio, tomé el camino del barrio latino.

Fácilmente se figurará cualquiera mi



regreso: el regreso del poeta subiendo al trote la calle de Tournon, con el cuello del frac levantado, viendo danzar ante sus ojos, medio cerrados por el sueño y el cansancio, las sombras elegantes de un baile de sociedad, mezcladas á las hambrientas siluetas de la plaza del Mercado, y golpeando sus botillos para qui-

tarles la nieve contra el guardarruedas del hotel del Senado, mientras enfrente los faroles blancos de un magnífico carruaje iluminaban la fachada de un pala-



cio y el doctor Ricord pedía que le abrieran la puerta. La vida de París está hecha de estos contrastes.

— ¡Noche perdida! me dijo mi hermano á la mañana siguiente. Has pasado por príncipe de Valaquia, pero no has hecho



la propaganda de tu libro. En fin, no todo está perdido aún. Te resarcirás cuando vayas á hacer la visita de estómago agradecido.

¡Estómago agradecido por una copita de agua! ¡Qué ironía!

Dos meses necesité para decidirme á esa visita. Al fin un día tomé la resolución de hacerla. Aparte los miércoles, en que Agustina Brohan recibía oficialmente, daba los domingos por la tarde unas deliciosas *reuniones* de confianza.

Me dirigí á su casa.

En París, una *matinée* que se respete no puede decentemente empezar antes de las tres ó las cuatro de la tarde. Yo, pobre de mí, tomando por lo serio la palabra *matinée*, me presenté allí á la una en punto, creyendo que llegaba tarde.

—¡Qué tempranito vienes, señor! me dijo un muchachito de cinco ó seis años, rubio, elegantemente vestido, que paseaba por el jardín montado en un caballito mecánico.

Aquel niño me impresionó. Saludé sus cabellos rubios, su caballo, el terciopelo y los bordados de su traje, y demasiado

tímido para volverme atrás, subí á la casa. La señora estaba concluyendo de vestirse y tuve que esperar á solas cosa de media hora. Al fin llega la señora, entorna los ojos, reconoce al príncipe de Valaquia, y por decir algo, empieza:

—¡Cómo! ¿No habéis ido á las carreras de la Marche, mi querido Príncipe?

A la Marche! ¡Yo que en mi vida había visto ni carreras ni jockeys!

Al fin sentí vergüenza. Subióseme no sé qué vaho del corazón al cerebro; y, además, aquel sol espléndido, aquellos perfumes del jardín en tiempo de primavera que penetraban por la ventana abierta; aquella mujercita sonriente y bondadosa, mil cosas, en fin, me daban valor. Abríle mi pecho y se lo dije, se lo confesé todo: que no era príncipe ni valaco, sino un pobre poeta; que fui yo el de la copita de Kirsch; que tuve necesidad de cenar sopas en un bodegón; y le hablé de mi lamentable regreso á casa, de mis temores de provinciano, de mi falta de vista y de mis esperanzas, en ese tono familiar que puede usarse entre amigos antiguos. Agustina Brohan

se reía como una loca. De pronto llaman á la campanilla.

—Ya están ahí mis coraceros, dijo.

—¿Qué coraceros?

—Dos coraceros que me mandan del campamento de Chalons, los cuales tienen, según parece, condiciones excelentes para actores.

Quise marcharme.

—No por cierto, quédese usted; vamos á ensayar *Leche de burras*, y usted será el crítico. ¡Aquí, en el sofá, á mi lado!

Entraron dos hastiales, tímidos, cortados, rojos como dos cerezas (uno de ellos creo que es cómico hoy). Preparan un biombo, me instalo en el sofá y comienza la representación.

—No van mal, me decía Agustina Brohan á media voz; pero ¡qué botas!... Señor crítico, ¿huele usted las botas?

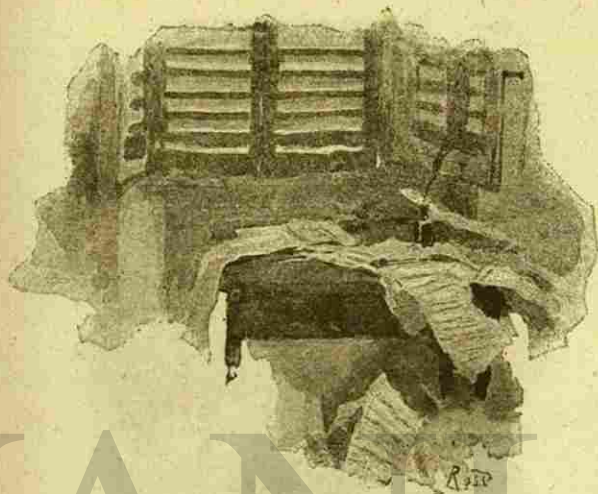
Aquella intimidad con la cómica más en boga en París, me llevaba al quinto cielo. Arrellanábame yo en el sofá, meneando la cabeza, sonriendo con aire de inteligente. Las costuras de mi frac estallaban de gusto.

El más insignificante de aquellos por

menores me parece enorme todavía hoy. Y vean ustedes, sin embargo, lo que es la óptica: había yo contado á Sarcey la cómica historia de los comienzos de mi carrera. Un día Sarcey se la refirió á Agustina Brohan. Pues bien; la ingrata—á quien por cierto no he vuelto á ver en treinta años—juró que no conocía de mí sino mis libros.

¡Había olvidado todo eso, que tanto sitio ha ocupado en mi vida! ¡Las copas rotas, el príncipe de Valaquia, el ensayo de *Leche de burras*... y las botas de los coraceros!





## HISTORIA DE MIS LIBROS

EL «POCA-COSA (I).»

Ninguno de mis libros ha sido escrito en condiciones tan caprichosas, tan desordenadas como ése. Ni plan, ni notas; una furiosa improvisación sobre grandes hojas de papel de embalar, arrugado, amarillo, por donde, al correr, tropezaba

(i) *Le Petit-chose*.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO

ba mi pluma, hojas que tiraba yo furiosamente al suelo á medida que las iba llenando. Esto ocurría á doscientas leguas de París, entre Beaucaire y Nimes, en un caserón de campo, desierto, perdido,



que unos parientes habían tenido la bondad de poner á mi disposición durante unos cuantos meses del invierno. Había yo ido allí en busca de las últimas escenas de un drama cuyo desenlace no acababa de salirme; pero la paz y la tristeza

de aquellas grandes llanuras, aquellos campos de moreras, de olivares, de viñas, que forman ondulaciones del terreno y llegan hasta el Ródano; la melancolía de aquel retiro en plena naturaleza, no favo-



recían mucho para hacer una obra teatral.

Probablemente también los aires del país, el sol de mi tierra, la proximidad á la ciudad donde nací, los nombres de aquellos pueblecillos donde jugaba yo cuando chiquillo, Bezouces, Redessan y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA GENERAL DE DIPLOMÁTICA  
1978

Jonquières, revolvieron en mí todo un mundo de antiguos recuerdos; y pronto dejé mi drama para ponerme á escribir una especie de autobiografía: *El Pocacosa, historia de un niño*.

Comenzado en los primeros días de Febrero de 1866, aquel fogoso trabajo fué hecho de un tirón y sin parar hasta la segunda quincena de Marzo. En ninguna parte, en ninguna época de mi vida, ni siquiera cuando un capricho de silencio y de aislamiento me encerraban en la torre de un faro, he vivido tan completamente solo. La casa estaba lejos del camino, metida en el campo, separada hasta de la granja de donde dependía, y los ruidos de la cual no llegaban hasta mí. Dos veces al día la mujer del colono me servía la comida en un rincón de la anchurosa sala comedor, que tenía cerradas todas las ventanas menos una. Aquella provenzal, tartamuda, negra, con la nariz desparramada como la de un cafre, como no comprendía la extraña tarea que me había llevado al campo en pleno invierno, me miraba con cierta desconfianza y terror, servía los platos

de prisa y corriendo, se iba sin decir una palabra, y procurando no volver la cabeza atrás. Y esa era la única cara que ví mientras duró aquella vida de anacoreta; con la única distracción de salir al anochecer á dar una vuelta por las alamedas de plátanos, que sacudían sus hojas al viento y que crecían bajo un sol frío y rojizo, saludado, al ponerse, por los discordantes chillidos de las ranas.

Tan luego como terminé el borrador de mi libro, empecé á copiarlo, que es la parte dolorosa del trabajo, y sobre todo contraria á mi naturaleza de improvisador y de aficionado á escribir lo que sale. Ocupado con verdadero encarnizamiento estaba yo en aquella ingrata tarea, con el valor de un héroe, cuando una mañana me sorprendió la mujer del colono diciéndome en el áspero dialecto del país: «Señor, aquí hay un hombre.»

El hombre era un parisiense, un periodista que había venido á cierto concurso regional que se celebraba en un pueblo de los alrededores, y que, sabiendo que andaba yo por allí, no quiso marcharse sin noticias mías. Almuerza conmigo; char-

lamos de periódicos, teatros y boulevares; me acomete de pronto la fiebre de volver á París, y por la noche emprendo el viaje con mi intruso.

Aquella brusca parada en medio del trabajo; aquel abandono de la tarea en los momentos críticos, da idea exacta de lo que era mi vida en aquellos tiempos, abierta á todos los vientos, sin tener más que cortos arranques, veleidades en lugar de voluntades, y sin más guía ni más norma que su capricho y el ciego frenesí de una juventud la cual parecía que no iba á terminar nunca.

De regreso en París, dejé durante mucho tiempo que aquel manuscrito acabase de amarillear en el fondo de un cajón, porque no encontraba, en medio de los vaivenes de mi existencia agitada, tiempo para dedicarlo á una obra larga; pero al invierno siguiente, perseguido por la idea de que aquel libro estaba allí sin concluir, adopté el violento partido de sustraerme á las distracciones, á las bulliciosas invasiones que hacían por aquel tiempo de mi casa indefensa un verdadero rancho de gitanos, y fui á insta-

larme á casa de un amigo, en el cuartito que Juan Duboys ocupaba entonces en el entresuelo del hotel Lassus, plaza del Odeon.

Juan Duboys, á quien sus obras dramáticas y novelas daban alguna notoriedad, era un buen chico, de carácter dulce, tímido, con sonrisa de niño y barba de Robinsón; una barba salvaje, crespa, que no parecía pertenecer á aquella cara. Su literatura no tenía carácter, pero me agradaba su bondad; admiraba el valor con el cual emprendía el trabajo de hacer novelas interminables, cortadas con anticipación en partes regulares, y de las cuales escribía diariamente un número determinado de palabras, de líneas y de páginas.

Había puesto en escena, en la Comedia Francesa, una obra larga, titulada *La Voluntad*; y aunque expresada en malísimos versos, aquella voluntad me imponía á mí, que tanto carecía de ella. Por eso fui á refugiarme al lado de su autor, con la esperanza de adquirir afición al trabajo al contacto de aquel productor infatigable.

El hecho es que durante dos ó tres meses trabajé de lo lindo, en una mesita puesta al lado de la suya, á la luz que entraba por una ventana arqueada y pequeña, desde la cual se veía el Odeon y su pórtico, y la desierta plaza reluciente de escarcha. De cuando en cuando Duboys, que trabajaba en no sé qué gran máquina de sorpresas, se interrumpía para contarme las combinaciones de la novela ó explicarme sus teorías sobre *el movimiento cilíndrico de la humanidad*. En aquel metódico y bondadoso burócrata había, con efecto, tendencias de visionario, de ilusionario; del mismo modo que en su biblioteca había estante dedicado á libros de cábalas, magia negra y á las más estrambóticas lucubraciones.

Andando el tiempo, aquella hendidura de su cerebro se agrandó, y dejó penetrar la locura en él; el pobre Juan Duboys murió loco al terminar el sitio de París, sin haber terminado su gran poema filosófico *Enceldonne*, en el cual toda la humanidad debía evolucionar sobre su cilindro. Pero ¿quién había de prede-

cir entonces el triste fin que estaba reservado á aquel muchacho excelente, tranquilo, razonable, al cual contemplaba yo con envidia cuando llenaba con su menudísima letra las innumerables cuartillas de una novela de folletín, mirando, reloj en mano y de hora en hora, si había hecho toda su tarea?

Aquel invierno hubo grandes heladas, y á pesar del carbón que consumíamos en la chimenea, veíamos, en el curso de aquellas veladas laboriosas é indefinidamente prolongadas, los fantásticos dibujos que la escarcha hacía en los cristales de la ventana. Por fuera erraban, entre la opaca bruma de la plaza, multitud de frías sombras; eran las de la gente que salía del Odeon, ó la de los jóvenes que subían hacia Bullier dando gritos para alumbrarse. Las noches de baile de máscaras la estrecha escalera del hotel se conmovía con los desenfundados brincos de los máscaras, cada uno de los cuales iba acompañado del ruido producido por los cascabeles del gorro de alguna máscara en traje de Locura. El mismo gorro de Locura nos recordaba, allá

á las altas horas de la madrugada, que estábamos en Carnaval; y muchas veces, cuando los camareros del hotel tenían el sueño pesado y tardaban en abrir, oía yo sonar los cascabeles con movimientos de desanimación y cansancio, que me recordaban la *barrica de amontillado* de Edgardo Poe, en aquel pobre constipado, cansado de suplicar, de gritar, y que sólo delataba su presencia por las últimas convulsiones del gorro que llevaba puesto. He conservado un agradable recuerdo de aquellas noches de invierno, durante las cuales fué escrita la primera parte de *El Poca-Cosa*. La segunda parte la hice mucho tiempo después. Entre una y otra, se coloca un acontecimiento muy inesperado, para mí grave y decisivo: me casé. ¿Cómo sucedió esto? ¿Por virtud de cuál sortilegio yo, que era un endiablado bohemio, me encontré hechizado y cogido? ¿Qué varita de virtudes supo fijar al que era el capricho personificado?

Durante muchos meses volvió á estar abandonado el manuscrito, olvidado en el fondo de los muebles que llevamos á

nuestro viaje de novios, colocado sobre las mesas de las fondas, al lado de un árido tintero y de una pluma seca. ¡Era tan hermoso pasear bajo los pinos del Estérel, tan agradable ir á pasear á las rocas de Pormieu! Luego la instalación del matrimonio, la novedad de aquella vida íntima, el nido que había que hacer y adornar. ¡Cuántos pretextos para no trabajar!

Hasta que llegó el verano, bajo las sombras del castillo de Vigneux, del cual se ve la techumbre italiana y el arbolado desde el llano de Villanueva de San Jorge, no me puse de nuevo á trabajar en mi interminable novela. Seis meses deliciosos lejos de París, revuelto entonces por aquella Exposición de 1867 que ni siquiera quise ir á visitar.

Escribía yo *El Poca-Cosa*, unas veces sobre un banco lleno de musgo en el fondo del jardín, distraído de vez en cuando por los saltos de los conejos, el ruido de las culebras al arrastrarse por entre la maleza; otras en un bote en el estanque, que se teñía con todos los colores del arco iris bajo aquel purísimo cielo de estío;



y otras, los días de lluvia, en nuestro cuarto, donde mi mujer tocaba piezas de Chopin, que desde entonces no puedo oír nunca sin recordar el ruido de las gotas de lluvia al caer sobre las verdes hojas de un jardín, el ronco graznido de los pavos reales, el piar de los faisanes, y entre el olor de flores y de madera mojada. Aquel otoño el libro, terminado al fin, vió la luz en el folletín del *Petit Moniteur*, de Pablo Dalloz, fué publicado en la colección Hetzel, y tuvo algún éxito, á pesar de lo que le falta. Ya he dicho de qué modo fue emprendida aquella mi primera obra, larga, sin reflexionar, á vuela pluma; pero su mayor defecto fué indudablemente el estar escrita antes de tiempo. No se está maduro á los veinticinco años para repasar y anotar su propia vida. Y *El Poca-Cosa*, sobre todo en su primera parte, no es más que eso: un eco de mi infancia y de mi juventud.

Más adelante hubiera temido menos etdenerme en las niñerías de los comienzos y hubiera dado más desarrollo á esos lejanos recuerdos, en los cuales están nuestras impresiones iniciadoras tan vi-

vas, tan profundas, que todo lo que viene después de ellas las renueva sin traspasarlas. En el movimiento de la existencia, en el flujo y reflujo de los días y de años, los hechos se pierden, se borran, desaparecen; pero ese pasado queda en



pie, luminoso, bañado por la aurora. Podrá olvidarse una fecha reciente, una cara vista ayer; pero se recuerda siempre el dibujo que tenía el papel de las paredes del cuarto donde se dormía cuando se era niño, un nombre, una canción de cuando no se sabía leer. ¡Y qué lejos va la memoria en esos pasos hacia atrás,

franqueando años, vacíos y lagunas, como sucede cuando se sueña!

Yo, por ejemplo, tengo un recuerdo de cuando tenía tres años: unos fuegos artificiales de Nîmes un día de San Luis, los cuales vi yo en brazos en lo alto de una colina donde había muchos pinos. Están presentes en mi memoria los más insignificantes pormenores: el murmullo de los árboles, agitados por el viento de la noche—indudablemente la primer noche que pasaba yo fuera de casa,—el éxtasis entusiasmado de la muchedumbre, los «¡ah!» que subían, estallaban y caían con los cohetes, y las bengalas cuyos reflejos iluminaban con palidez de fantasma las caras de las gentes que había en torno mío.

Me veo, poco más ó menos, en la misma época, subido en una silla delante del encerado de una clase y trazando letras con tiza, orgulloso de mi precoz sabiduría.

¡Y la memoria de los sentidos, esos sonidos, esos olores que os llegan de lo pasado, como si viniesen de otro mundo, sin que haya ni la menor traza

de acontecimiento ni de emoción que los produzca!

Allá en lo último del edificio donde *El Poca-Cosa* pasó su infancia, cerca de unas habitaciones abandonadas, cuyas puertas hacía crujir un viento de soledad, había grandes adelfas, plantadas en la tierra, esparciendo amargo olor, que me persigue todavía hoy después de cuarenta años. Yo quisiera que las primeras páginas de mi libro tuviesen algo más de ese olor.

Están también demasiado cortados los capítulos acerca de Lyon, y en ellos he dejado perder muchas sensaciones vivísimas y preciosas. No porque mis miradas de niño hayan podido apreciar la originalidad, la grandeza de esa ciudad industrial y mística, con la niebla permanente que sube de sus ríos y penetra por sus paredes; con su raza, que esparce una vagamelancolía germánica hasta en las producciones de sus escritores; Ballanche, Flandrin, de Laprade, Chenavard, Puvis de Chavannes. Pero si la personalidad moral del país escapaba á mi penetración, la enorme colmena obre-

ra de la *Croix-Rousse*, con el zumbido de sus cien mil trabajadores, y en la colina que se levanta enfrente Fourvières repicando sus campanas y haciendo procesiones por las callejuelas estrechas que le dan acceso, llenas de imágenes religiosas y de puestos ambulantes de reliquias, han dejado en mí recuerdos indelebles que tenían sitio marcado en *Poca-Cosa*.

Lo que sí noto, bastante fielmente notado, es el fastidio, el destierro, la desesperación de una familia meridional perdida entre aquellas brumas de Lyon; el cambio de una provincia á otra; clima, costumbres, lengua; esa distancia moral que las facilidades de comunicación no pueden suprimir nunca. Tenía yo entonces diez años, y ya, atormentado por el deseo de salir de mí mismo, de encarnar en otros seres mi naciente manía de observación, de anotación humana, mi gran distracción durante mis paseos era escoger un transeunte cualquiera, seguirlo por todo Lyon, en sus excursiones de vago ó de hombre de negocios, procurando identificarme con su

vida y comprender sus preocupaciones íntimas.

Un día que había escoltado de esa manera á una señora muy guapa y con un traje vistosísimo hasta una casita baja que tenía las persianas cerradas (en el entresuelo de la cual había un café, de donde salía el ruido de voces roncadas que cantaban acompañadas por arpas), mis padres, á quienes daba yo cuenta de mi sorpresa, me prohibieron que continuase haciendo estudios errantes y observaciones á lo vivo.

Pero ¿cómo he podido, al anotar las etapas de mi adolescencia, no decir una palabra de las crisis religiosas que entre los diez y los doce años sacudieron cruelmente al *Poca-Cosa*, de sus rebeliones contra lo absurdo y lo misterioso en que había que creer, rebeliones seguidas de remordimientos, de desesperaciones, que hacían que el niño se prosternase en los rincones de una iglesia, en la cual entraba furtivamente como temeroso ó avergonzado de que lo viesen? ¿Cómo, sobre todo, he podido dejar á la apariencia de aquel chiquillo esa dulzura, ese

comedimiento, sin contar la diabólica existencia á que se entregó bruscamente á los trece años de edad, al sentir una desenfrenada necesidad de vivir, de gastarse, de arrancarse á las disimuladas tristezas, á las lágrimas que lo ahogaban en la casa de sus padres, de día en día más sombría á causa de los infortunios de la ruina? Era la efervescencia de temperamento meridional y de imaginación demasiado constreñida. El niño delicado y tímido se transformaba entonces y se volvía osado, violento, dispuesto á todas las locuras. Faltaba á clase, pasaba el día embarcado entre los grumetes y chiquillos del muelle, remaba, con la pipa en la boca, con un frasco de aguardiente ó de ajeno en el bolsillo, corría mil peligros de muerte, ya entre las ruedas de un vapor, ya en el choque de una barcaza cargada de carbón, ya arrastrado por las corrientes contra los pilares de un puente ó contra las amarras de un barco, y caía al agua y estaba para ahogarse, y lo sacaban otra vez con una herida en la frente, golpeado por los marineros, á quienes exasperaba la torpeza

de aquel chiquillo, demasiado endeble para soportar las fatigas de aquel oficio; y en aquellos peligros, en aquellos golpes, en aquellas fatigas sentía cierto goce salvaje, cierto ensanche de su ser y de sus sombríos horizontes.



Algunos *Cuentos del lunes* han abocetado más tarde los días aquellos de vida turbulenta; pero hubieran tenido mucho más valor en la *Historia de un niño*.

Había ya en ese endemoniado *Poca-Cosa* una singular facultad que no ha perdido nunca, un dón de verse, de juzgarse, de cogerse *in fraganti* en toda clase

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CALLE MONTFERRER, 1025

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CALLE MONTFERRER, 1025

de faltas, como si hubiera ido siempre acompañado de un vigilante feroz y terrible. No era la conciencia, porque la conciencia sermonea, regaña, se mezcla en nuestras acciones, las modifica ó las evita. Y además, se la adormece también á esa pobre conciencia con excusas fáciles ó con subterfugios, en tanto que el testigo del cual hablo yo no se ablandaba jamás, no se mezclaba en nada, no hacía más que vigilar. Era algo así como una mirada interior, impasible y fija, un doble ser inerte y frío que en los más violentos desatinos del *Poca-Cosa* lo observaba todo, tomaba notas, y le decía al día siguiente: «Vamos á cuentas los dos solos.» Leed el capítulo titulado: «¡Ha muerto! ¡Reza por él!» el cual es una página de mi vida absolutamente verdadera. Así es como supimos la muerte de mi hermano mayor, y aún tengo en mis oídos el grito del pobre padre al adivinar que su hijo acababa de morir; grito tan angustiioso, tan terrible, tan conmovedor, que toda la noche aquella me la pasé llorando, y me sorprendí á mí mismo muchas veces repitiendo:

«Ha muerto...» con la misma entonación con que lo dijo mi padre. Entonces me fué revelada la existencia de ese doble ser que había en mí, del implacable testigo que en medio del mismo duelo había retenido, como el teatro, la precisa entonación de un grito de muerte, y la ensayaba con mis labios en medio de la desesperación que sentía.

Leyendo ahora mi libro, lamento no encontrar en él ninguna de estas confesiones, sobre todo en la primera parte, en la cual el personaje Daniel Eyssette se me parece tanto.

Si: yo soy ese Poca-Cosa que se ve obligado á ganarse la vida á los dieciséis años con el horrible oficio de pasante de escuela y trabajando en él, allá en el rincón de una provincia de un país de fabricantes que nos enviaba groseros montañesillos que me insultaban en su dialecto acre, duro, brutal. Entregado á las persecuciones de aquellos monstruos, rodeado de santurriones y pedantes, los cuales me despreciaban, hube de sufrir allí las bajas humillaciones del pobre.

No tuve otra simpatía, en aquel dolo-

roso presidio, más que la del cura, á quien llamaba yo el padre Germane, y del feísimo *Bamban*, cuya carilla burlesca, siempre embadurnada de tinta y de barro, parece como que me mira tristemente mientras escribo esto.

Me acuerdo de otro de mis *pequeños*; de naturaleza fina, delicada, exquisita, al cual hacía yo trabajar particularmente, por el solo placer de ver desenvolverse aquella pequeña inteligencia, como se desarrolla una planta en la primavera. Muy agradecido á mis cuidados, el niño me había hecho prometerle que yo pasaría las vacaciones en su casa, en el campo. Sus padres se alegrarían mucho de conocerme y de darme las gracias. Y, en efecto, el día del reparto de premios, después de una porción de triunfos que me debía en gran parte, mi discípulo me cogió de la mano y me llevó hacia donde estaba su familia, el padre, la madre, sus hermanas, muy elegantes y ocupadas en hacer que colocasen todos aquellos premios en un magnífico carruaje. Debía de haber algo que desagradase en mi viejísima ropa y en mi

facha, porque la familia apenas me miró; y el pobrecillo se fué con los ojos hinchados, haciendo pucheros y avergonzando de su decepción y de la mía. ¡Momentos humillantes y crueles que ajan y deshonran la vida! Yo temblaba de rabia en mi cuartucho, mientras el carruaje se llevaba al muchacho cargado de coronas y á los brutales burgueses que tan cobardemente me habían ofendido.

Mucho tiempo después de mi salida de aquel presidio de Alais, me sucedía con frecuencia que me despertaba á media noche, bañado el rostro en lágrimas; es que soñaba que era todavía pasante y mártir. Afortunadamente, aquella cruel manera de entrar en la vida no me ha hecho malo; y no maldigo demasiado aquel tiempo de miseria que me dió fuerzas para soportar sin gran trabajo las duras pruebas de mi noviciado literario y de los primeros años que viví en París. Esos años han sido rudos, y la historia de *Poca-Cosa* no da ninguna idea de ellos.

Por lo demás, no hay nada real en esa segunda parte del libro más que mi lle-

gada con los zapatos rotos y mis medias azules; la acogida fraternal, el ingenioso desinterés de aquella verdadera madre, que se llama Ernesto Daudet (que es su verdadero nombre), figura consoladora de mi infancia y de mi juventud. Exceptuando á mi hermano, todos los restantes personajes son de pura imaginación.

Los modelos no faltaban, sin embargo, y de los más interesantes, de los más raros; pero como he dicho antes, escribí ese libro siendo demasiado joven. Toda una parte de mi vida estaba demasiado cerca de mí; no podía tomar distancia para contemplarla, y como no veía, he inventado. Así, por ejemplo, el *Poca-Cosa* no ha sido nunca cómico; es más, nunca ha podido decir una palabra en público; también le es desconocido el comercio de porcelana. Pierrotte y los ojos negros, la señora del principal, la negra Coucu-blanco, son figuras de fantasía, como dicen los pintores; y les falta, por lo tanto, el relieve y la verdadera articulación de la vida. Lo mismo sucede con las siluetas literarias, en las cuales se ha creído ver personalidades ofensi-

vamente aludidas, en las cuales no he pensado jamás.

Debo señalar, sin embargo, entre las realidades de mi libro, el cuartocho aguardillado, cerca del campanario de Saint-Germain-des-Prés, en una casa que ahora está derribada, y al sitio que ocupaba la cual no puedo menos de mirar siempre que paso, buscando el teatro de tantas locuras, tantas miserias, tantas veladas de trabajo y de sombría soledad llena de desesperación.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



#### LOS SALONES LITERARIOS (1)

No creo que quede ni uno hoy ya. Tenemos otros salones, más en el movimiento, como se dice ahora: salones políticos, los de madama Edmond Adam, de madama d'Haussonville, tapizados de blanco ó de rojo, en los cuales se hacen prefectos ó se deshacen Ministros; en los cuales aparecen á veces, en los días grandes, un príncipe ó Gambetta. Luego hay los salones donde se divierten las

(1) Escrito en 1879 para *La Nueva Era*, de San Petersburgo.



gentes, por no decir donde procuran divertirse. ¡Recuerdos y pesares! Se cena, se juega, se charla y se pasa el tiempo como se puede: bonitas estufas, frágil abrigo, bajo cuyos cristales se abre en todo su brillo pueril la flor sin perfume de la vida puramente exterior y mundana. Pero el verdadero salón literario, el salón donde, en torno de una Musa agradable y madura, hombres de letras, ó que se creen tales, se reúnen una vez á la semana para recitar versitos mojando pastas secas en té, ese salón ha desaparecido definitivamente. Yo no soy viejo, y todavía he alcanzado á ver algunos de esos azules salones de Artemisa, relegados hoy á las capitales de provincia, más pasados de moda que la guitarra, los juegos de prenda y los cuartetos de álbums.

Soplemos sobre nuestros recuerdos de hace veinte años. ¡Pft, pft, pft! El polvo se levanta formando tenue nube, y en esa nube, claramente, como si se tratase de una aparición de hadas, se dibuja y toma cuerpo la amable silueta de esa señora de Ancelot. La señora de Ance-

lot vivía entonces en la calle de San Guillermo, calle corta y antigua, olvidada por Haussmann en el corazón mismo de París, en la cual crece la hierba entre las piedras, y en la que jamás se oye el rodar de un carruaje; allí hay casas altas, demasiado altas para tener sólo tres pisos, y que no dejan llegar al suelo más que una luz lejana y tenue. El viejo hotel, silencioso, con las maderas de sus balcones siempre cerradas, lo mismo que su enorme puerta de entrada, parecía que estaba durmiendo desde muchos siglos bajo la varita de virtudes de un encantador. Y el interior correspondía á las promesas de la fachada: un corredor muy blanqueado, una escalera tenebrosa y sonora, techos altos, amplias ventanas, rematadas con pinturas en los entrepaños. Todo esto ajado, pálido, con aspecto de cosa muerta; y en medio, como figura á propósito para ese cuadro, la señora de Ancelot, vestida completamente de blanco, redonda y arrugada como una camuesa, tal y como nos figuramos las hadas de los cuentos, que no pueden morir, pero que envejecen du-

rante miles de años. La señora de Ancelot era apasionada por los pájaros, como buena hada. Alrededor del salón, cubriendo las paredes, se amontonaban jaulas con bichos que gorjean, como en las fachadas de las tiendas de pajareros que hay en el muelle; pero hasta los pá-



jaros parecía que cantaban cosas antiguas. En el sitio de preferencia, con buena luz, y colocado con la inclinación conveniente, un retrato de gran tamaño, original del barón Gérard, representando la Musa del salón con sombrero de niña, vestida á la moda de la Restauración, sonriendo como se sonreía en aquel tiempo, y colocada de medio perfil para que se viese mejor, en actitud de una

Galatea que huye; un hombro maravillosamente blanco y redondo. Cuarenta años después de hecho el retrato, en la fecha á que nos referimos, la señora de Ancelot se descotaba todavía; pero es preciso decir que no lucía aquellos hombros tan blancos y tan redondos que pin-



tó en otro tiempo el barón Gérard. Pero ¿qué le importa eso á la buena señora? Ella se imagina aún en 1858 que es la misma bellísima señora de Ancelot del año 1823, cuando París aplaudía su bonita obra dramática, titulada *Maria ó las tres épocas*. Es verdad que en nada podía ver la diferencia; todo en torno suyo se aja y envejece al mismo tiempo que ella: las rosas de las alfombras, las cin-

tas de los cortinajes, las personas y los recuerdos; y en tanto que el siglo avanza, aquella vida paralizada, detenida; aquel hogar de otro tiempo, inmóvil como anclado buque, van hundiéndose poco á poco en el pasado.

Una frase sola desharía el encanto. Pero ¿quién ha de pronunciar esa frase sacrilega? ¿Quién se atreverá á decir: «nos hacemos viejos?» Los habituales contertulios menos que nadie, porque también ellos son de aquella época, y ellos también se imaginan que no envejecen.

Allí tenéis al Sr. Patin, al ilustre señor Patin, profesor de la Sorbona, echándose las de muchacho; allá, cerca de la ventana, en el rincón de la izquierda. Es un hombrecillo completamente blanco, pero con el pelo tan bien rizado, y bullendo tan discretamente, cual corresponde á un profesor de la Universidad en tiempo del Imperio.

También está allí Viennet, el fabulista volteriano, larguirucho y seco como la garza de sus pobres fábulas. El dios del salón, dios rodeado siempre, admirado,

mimado, era Alfredo de Vigny, gran poeta, pero poeta de otra época, singular y añejo, con su apariencia de arcángel y sus blancos cabellos lacios, demasiado largos para su pequeña estatura. Alfredo de Vigny, al morir, legó á la señora de Ancelot su cotorra. La cotorra fué colocada en medio del salón, sobre un pie barnizado. Los concurrentes antiguos la atracaban de chucherías: ¡era la cotorra de Vigny! Algunos burlones la habían puesto el apodo de *Eloa*, á causa de su largo pico y de sus ojos místicos. Pero esto es posterior; en la época en que fuí presentado en casa de la señora de Ancelot vivía todavía el poeta, y la cotorra no mezclaba sus chillidos al formidable gorjear, que sin duda alguna en són de protesta, salía de todas las jaulas cuando el señor de Viennet trataba de recitar algunos versos.

A veces el salón se rejuvenecía. Vefase allí en esos días á Lachaud, el célebre abogado, con la hija de la señora de Ancelot, que era su mujer: ella un poco triste, él gordo y satisfecho, con una hermosa cabeza de romano, de jurisconsulto

UNIVERSIDAD DE TREVISO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO MENZONI"  
Fondo. 1882. 100. 100. 100. 100.

del Bajo Imperio. Poetas: Octavio Lacroix, el autor de la *Canción de Abril*, del *Amor y su marcha*, representado en el Teatro Francés, me impresionaba mucho; porque, aun cuando de apariencia bondadosa, era secretario de Sainte-Beuve. A Manuel des Essarts lo llevaba allí su padre, escritor distinguido, bibliotecario de Santa Genoveva. Manuel des Essarts era entonces muy joven, principiante, y, si mal no recuerdo, llevaba todavía en el ojal la palma verde de los alumnos de las Normales. Hoy desempeña la cátedra de Literatura en Clermont, lo cual no le impide publicar un año con otro uno ó dos tomos de muy buenos versos. Profesor distinguido que, como veis, lleva una ramita de mirto en la toga.

Había también señoras poetisas, como madama Anais Segalas, y algunas veces una nueva Musa recién descubierta, con ojos azules, con tirabuzones de color de oro fino y con el aspecto un tanto pasado de moda, de las Delfina Gay y de las Elisa Mercœur. Así se presentó un día la rubia Juana Sabatier, cuyo verdadero

apellido era Tirecuir, el cual resulta demasiado prosaico para una Musa. A mí también me pedían versos como á los demás; pero parece que yo era tímido, y que mi voz se resentía de ello.



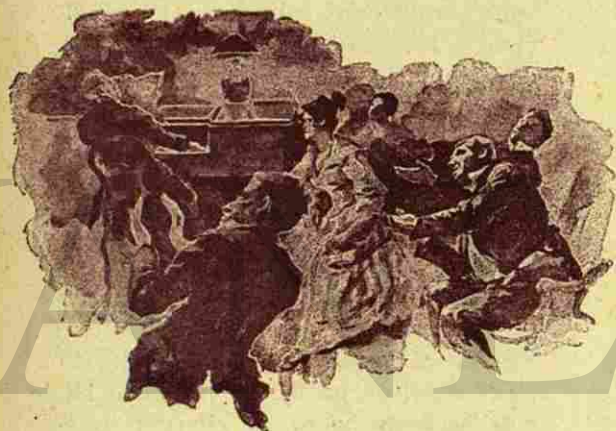
—¡Más alto! me decía siempre la señora de Ancelot. ¡Más alto; el señor de La Rochejacquelein no oye!

Había allí una media docena de sordos como postes, que jamás oían, y que, sin embargo, estaban siempre atentos y con la mano izquierda puesta en la oreja á

guisa de tornavoz. Gustavo Nadaud sí que se hacía oír. Rechoncho, con la nariz remangada, la cara ancha, desparmada, fingiendo una rusticidad bonachona, que no dejaba de tener su saborcillo picante en aquel medio ambiente adormecido y ñoño, el autor de los *Dos gendarmes* se sentaba al piano, cantaba con voz fuerte, golpeaba el instrumento de lo lindo, y lo animaba todo. ¡Así es que obtenía unos triunfos!... Todos sentíamos celos.

Otras veces también, alguna *comediante* deseosa de darse á conocer, asistía á las veladas para recitarnos algunos versos. Esta era otra tradición de la casa; la Rachel había recitado escenas en los salones de la señora de Ancelot: un cuadro colgado encima de la chimenea atestiguaba el hecho. Por eso se seguían recitando escenas; lo malo era que ya no las recitaba la Rachel. El cuadro que acabo de mencionar no estaba solo: veíanse otros en todos los testers, obras de la señora de la casa, que no desdeñaba el manejo de los pinceles en sus ratos perdidos, y que dedicaba todos sus cua-

dros al salón, consagrándolos á perpetuar el recuerdo de algún gran acontecimiento en aquel diminuto mundo. Los curiosos podrán contemplar en casa de Dentu, reproducciones (hechas ¡oh iro-



nia! por E. Benassit, el pintor más cruelmente escéptico de la tierra), á modo de autobiografía: *Mi salón*, por madama Ancelot. Cada uno de los fieles concurrentes á esas reuniones está retratado allí, y creo que yo también lo estoy allá en el fondo.

Todo el citado personal, un tanto heterogéneo, se reunía los martes en la calle de San Guillermo. Se llegaba tarde por la siguiente razón. En la calle de Cherche-Midi, á dos pasos, colocado allí expresamente como en són de protesta permanente, había un salón rival, el salón de madama Melanía Waldor. Las dos Musas habían sido amigas en otro tiempo; la señora de Ancelot había protegido algo las aficiones literarias de Melanía, la cual se emancipó un día, y levantó un altar enfrente de otro altar: lo mismo que ocurrió entre la señora de Deffand y la señorita de Lespinasse.

Melanía Waldor escribía. Se conocen de ella novelas, versos y una pieza teatral: *La Alcancía de Juanilla*. Alfredo de Musset, en un día de malísimo humor, ha hecho acerca de ella versos terribles y soberbios, mezcla salpimentada de Aretino y de Juvenal, que, á falta de mejor cosa, harían pasar á la posteridad, en alas de las publicaciones clandestinas, el nombre de la Musa. ¿Qué habría hecho Melanía Waldor á aquel demonio de Alfredo? La recuerdo perfectamente,

vestida de terciopelo, con cabellos negros, cabellos de color de cuervo viejo, que se obstinan en no blanquear, reclinada en su diván, desfallecida y lánguida, con actitudes de romántica. Pero los ojos se encandilaban, la boca se volvía la de una víbora en cuanto se hablaba de *Ella*. ¡Ella! es decir, la otra, la enemiga, la vieja señora de Ancelot. Había entre las dos guerra sin cuartel.

La señora de Waldor había escogido expresamente el mismo día de la semana, y á eso de las once; cuando os queríais escurrir para marcharos á la casa de enfrente, unas miradas frías y airadas os clavaban en la silla. Teníais que quedaros, darle á la lengua, murmurar de la de Ancelot y ejercitarse en contar anécdotillas escandalosas. En la casa de enfrente se desquitaban contando, á propósito de la influencia política de la de Waldor, mil leyendas misteriosas.

¡Cuánto tiempo perdido! ¡Cuántas horas malgastadas en esos chismorreos venenosos ó estúpidos en aquella atmósfera de gusanillos mohosos y de calumnias rancias, en esos parnasos de cartón

donde no hay fuente que corra, ni pájaro que cante; donde el laurel del poeta tiene ese color de cuero verde del cojín que usa para sentarse el jefe de una oficina! ¡Y pensar que yo, yo también, he subido á esos Parnasos! ¡Es menester ver de todo mientras se es joven! Pero aquello me duró lo que me duró el frac.

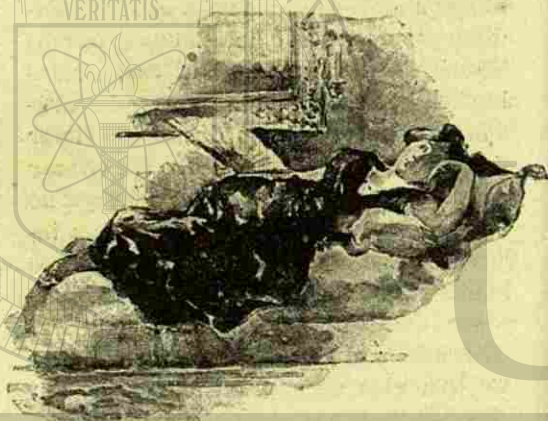
¡Pobrecillo y querido frac en aquella época! ¡Cuántas paredes de corredores estrechos rozó con sus faldones! ¡Cuántos pasamanos de escalera limpió con sus mangas! Recuerdo también haberlo lucido en los salones de la señora condesa de Chodsko. La Condesa tenía por marido á un sabio, ya viejo, al cual se le veía muy poco, y con quien no se contaba para nada. Ella debía haber sido muy guapa; entonces era una mujer alta, muy erguida y muy flaca, de aspecto dominante y casi malvado. Decía Murger, muy impresionado por ella, que la había pintado en su *Madama Olimpia*. En efecto, Murger tuvo una temporada de viajar por el gran mundo, y ese gran mundo fué el que descubrió. Gran mundo instalado un poco alto, por cierto, con

bastantes estrechuras, allá en un tercer piso de la calle de Tournon, en tres habitaciones tristes y pobres con balcones al patio. Estaban, sin embargo, muy frecuentados por gente no vulgar. Allí conocí á Philarète Chasles, genio inquieto, pluma nerviosa, de la raza de los Saint-Simon y de los Michelet, cuyas asombrosas *Memorias*, batalladoras, endiabladas, hechas de acometidas y de paradas en firme, y llenas desde el primer capítulo hasta el último como del chocar continuo de floretes y de espadas que se cruzan, son publicadas hoy y pasan inadvertidas en un París verdaderamente indiferente á todo lo que no sea ocuparse en cosas de pintura ó de política. Literato en el fondo, pero atormentado toda su vida, como Balzac, por sus aficiones á llevar la existencia de un rico y de un dandy, vivió, siendo bibliotecario, á las puertas mismas de la Academia, la cual, no se sabe por qué, no quiso admitirlo nunca en su seno, y murió del cólera en Venecia.

Allí conocí también á Pedro Véron, á Filiberto Audebrand y á una pareja cu-

riosa, muy curiosa y muy simpática á la vez, la cual voy á presentaros, con vuestro permiso.

Ya estamos en el salón; sentémonos y miremos: se abre la puerta y entran Philoxène Boyer y su mujer.



¡Philoxène Boyer! ¡Otro de esos chicos extraños, terror y castigo de las familias, producciones del azar que no explica ningún atavismo; semillas traídas, no se sabe de dónde, por el viento, por encima del mar, y que un día vienen á nacer con su follaje excéntricamente cor-

tado y sus flores de una fragancia y de un color extraños—vienen á nacer y crecer—en un sembrado de coles, en la huerta de un burgués! Hijo de Boyer, el hombre que en su época sabía más griego en Francia; nacido entre dos páginas de un léxico; que siendo pequeño no había conocido, en materia de paseo y de jardín, más que el docto jardín de las raíces griegas; amantado con griego; enacitado con griego. Philoxène, con su



nombre griego, parecía positivamente destinado á ver inscrito su nombre con los de los Egger y los Estienne en el panteón de los helenistas. Pero el padre de Boyer no contaba con Balzac. Philoxène, como todos los estudiantes de aquel tiempo, tenía á Balzac en su

UNIVERSIDAD DE NÚMERO 1625  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALPARGATO NEGRO"  
Año. 1625 MONTEVIDEO, URUGUAY



pupitre; y tanto, que habiendo heredado cien mil francos de su madre, lo primero que se le ocurrió fué venirse á París y comerse los cien mil francos como se los comen los personajes de Balzac. El proyecto fué llevado á la práctica de una manera muy regular: ramos de flores, deditos de guantes besados, duquesas conquistadas, mujeres con ojos divinos compradas, no faltó nada; y el todo coronado con una orgía loca, como la que se describe en la *Piel de zapa*.

La novela, es decir, los cien mil francos, duraron seis meses justos. El hijo del helenista se había divertido muchísimo. Con la bolsa vacía y el cerebro lleno de versos, declaró que en lo sucesivo ejercería el oficio de poeta. Pero estaba escrito que hasta que se muriera Philoxène sería una *victima del libro*. Abandonó á Balzac y tropezó con Shakespeare; Balzac no se le comió más que el dinero; pero Shakespeare acabó con su vida. Una mañana, probablemente á consecuencia de algún sueño, Philoxène despertó absolutamente poseído de la obra shakerperiana. Y como aquel hom-

bre voluntarioso y frágil, de humor suavemente violento, no sabia hacer las cosas á medias, desde aquella mañana se dedicó á Shakespeare en cuerpo y alma. Estudiar á Shakespeare, saberse lo de memoria, así sus sonetos más oscuros como sus obras más discutidas, era cosa de poca monta, y en realizarla no tardó más que algunos meses. Pero Philoxène pretendía algo más; quería escribir un libro sobre Shakespeare, un libro completo, definitivo, monumento digno del dios, en una palabra, y concibió el inverosímil proyecto de leer antes, para sacar la quinta esencia en ello, todo (pero todo, ¿eh? sin exceptuar el artículo más insignificante ni el documento más baladí), todo lo que desde hace doscientos años hasta nuestros días se ha escrito sobre Shakespeare. Amontonamiento de volúmenes empolvados bastante para edificar una nueva Babel; y la Babel ¡ay! estuvo bien pronto en la cabeza de Philoxène. Cinco mil, diez mil volúmenes sobre Shakespeare, de todos tamaños y escritos en todas las lenguas, amontonados hasta el techo,

obstruyendo los balcones, haciendo crujir las mesas bajo su peso, invadiendo las butacas, apiñados, desplomándose, devorando el aire y la luz; y allí en medio Philoxène tomando notas, mientras sus chiquillos berreaban. Porque se había casado sin darse de ello cuenta, y había tenido hijos de la lectura de un libro á la de otro.



Sobreexcitado por su idea fija, hablando solo, con la mirada puesta en el horizonte, ensimismado, andaba por las calles de París como un ciego. Su mujer, una criatura dulcísima, algo triste, iba con él á todas partes y le servía de Antígona. Veíaseles en el café de la Regencia siempre juntos. Ella le preparaba su ajeno con cuidado, ajeno claro, apenas teñido de un color de ópalo verdoso, porque el entusiasta poeta no había menester excitantes. Se la veía también en las sillas de primera fila oyendo las conferencias que Philoxène daba siempre

sobre Shakespeare en la sala del Muelle Malaquais. A veces no encontraba la palabra: — ¡triste espectáculo!— el orador buscaba, se crispaba en vano. Todos comprendían que en aquella cabeza demasiado llena, las ideas, las frases se atropellaban sin encontrar salida, como una muchedumbre enloquecida agolpada á una puerta en un incendio. La mujer, que adivinaba la palabra, sugería dulcemente, maternalmente. La frase salía, volaba por fin, y entonces, en medio de aquella cruel improvisación, de aquel gesticular frenético, había rasgos brillantes, arrebatos elocuentes. En el fondo de aquel loco tranquilo ha-

sobre Shakespeare en la sala del Muelle Malaquais. A veces no encontraba la palabra: — ¡triste espectáculo!— el orador buscaba, se crispaba en vano. Todos comprendían que en aquella cabeza demasiado llena, las ideas, las frases se atropellaban sin encontrar salida, como una muchedumbre enloquecida agolpada á una puerta en un incendio. La mujer, que adivinaba la palabra, sugería dulcemente, maternalmente. La frase salía, volaba por fin, y entonces, en medio de aquella cruel improvisación, de aquel gesticular frenético, había rasgos brillantes, arrebatos elocuentes. En el fondo de aquel loco tranquilo ha-



bía un poeta. Philoxène acabó tristemente, trabajando en cosas sin lucimiento para vivir y comprar libros, pensando siempre en su grandioso estudio sobre Shakespeare, sin poder escribirlo jamás. Porque quería leer todo lo que se escribiese sobre el gran poeta inglés, y todos los días se publicaban en Alemania y en Inglaterra libros y folletos nuevos, que le obligaban á dejar para el día siguiente el principiar su trabajo.

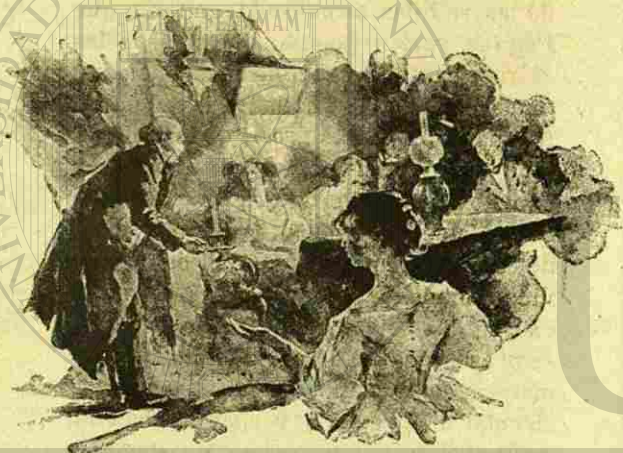
Ha muerto dejando por todo bagaje literario dos actos escritos en colaboración con Teodoro de Banville, un *Poli-chinela* sin concluir, de un corte bastante original, y remendado después por algunos de esos que hacen arreglos de las cosas ajenas, y un tomo de poesías recogidas y editadas por sus amigos. Se había conseguido un destinillo de administradora de Correos para su viuda. Después de haber llorado mucho á su poeta, aquella buena y sencilla mujer se volvió á casar hace dos años. ¿Sabéis con quién? Con el cartero.

¿No he hecho bien llamando vuestra atención sobre Philoxène y su mujer?

Yo por mí sé decir que no puedo olvidarlos, y que me parece estar viéndolos todavía allí sentados, discretos y tímidos, en un rincón del salón; él agitado por nerviosos sobresaltos; ella apretando las rodillas asombrada; en tanto que Pagans, recién llegado del país de las cidras, cantaba canciones españolas; y que la condesa de Chodsko servía un té, frío y claro—verdadero té de la emigración—á soberbios polacos, de abundosos cabellos, retorcidos en grandes melenas, que caían sobre la nuca, ardientes, color de espiga quemada; y que el bueno del viejo Chodsko, á las doce de la noche en punto, con la regularidad de un cuco, se presentaba en la puerta con una palmatoria en la mano, dirigía una mirada circular á la reunión y chapurraba con marcadísimo acento eslavo un «buenos días, señores,» á personas que le han sido presentadas, pero á las cuales no conoce, y luego desaparecía mecánicamente tras los pliegues de un portière.

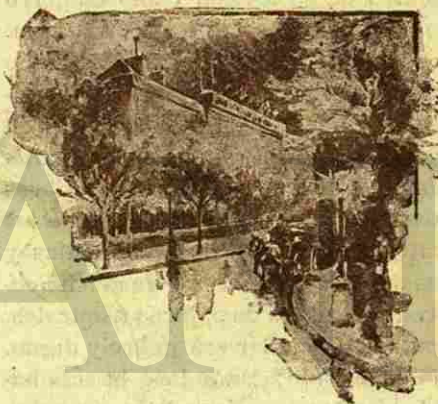
El deseo de lucir mi frac me llevaba algunas veces más lejos, allá, al otro extremo de París, al otro lado del Sena.

Andaba largo rato por los muelles aspirando el olor de las bestias, oyendo rugir los leones al otro lado de la verja del Jardín de Plantas; pasaba un puente, contemplaba á la luz de los faroles de



gas, ó al resplandor de la luna, los fantásticos frontis y el esquilón de las ruinas del hotel de Lavalette; luego llegaba al Arsenal, al antiguo Arsenal, hoy Biblioteca, con su larga verja, su gradería, su puerta del tiempo de Vauban, donde se ven esculpidas unas bombardas; el Ar-

senal, lleno todavía de recuerdos de Carlos Nodier. Nodier no estaba allí ya: el saloncillo verde, que fué tan célebre, del cual salió el romanticismo que vió á Musset, á Víctor Hugo y á Jorge Sand



llorar al oír las aventuras del perro de Brisquet; el saloncillo verde, más célebre, y con razón, que el salón azul de Arténice, era ocupado ahora por Eugenio Loudun.

El espíritu revolucionario, el espíritu de libertad, no flotaba ya en sus cortina-

jes. Después de las campañas del romanticismo, los obreros poetas, los versificadores cristianos se habían colado en ese octavo castillo del rey de Bohemia. De los antiguos románticos, uno sólo quedaba, firme en su puesto, estirado dentro de su levitón como un perro viejo hugonote metido en su armadura.

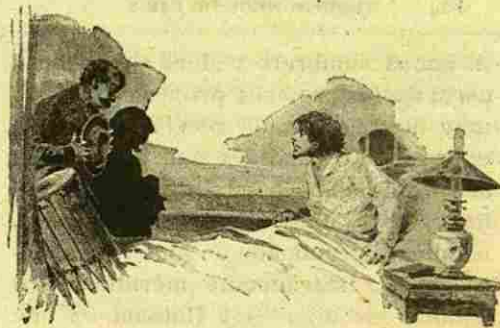
Era Amadeo Pommier un artesano maravilloso en palabras y rimas, el amigo de los Dondey y de los Petrus Borel, el autor de *El Infierno*, de *Calaveradas y deudas del corazón*, hermosos libros de títulos relumbrantes, regalo de los literatos, espanto de las Academias y llenos de versos sonoros y de mucho color, como bandada de pájaros tropicales.

Amadeo Pommier era pobre y digno. Vivía encerrado, ganándose la vida haciendo traducciones, que no firmaba, para la casa editorial de Hachette. Un pormenor curioso: en colaboración con Amadeo Pommier, Balzac, atormentado siempre por el deseo de hacer una gran comedia clásica, emprendió el *Orgon*, en cinco actos y en verso, que era la continuación del *Tartufe*.

En aquel salón verde del Arsenal conocí también á Enrique de Bornier. Recitaba á menudo pequeñas composiciones de versos muy buenos, de una de las cuales me acuerdo porque terminaba cada estrofa con este estribillo: «¡Eh, eh! ¡que no soy tan tonto!» Y no era tonto, efectivamente, el señor de Bornier, puesto que supo obtener con su *Hija de Roland* un ruidoso éxito en el Teatro Francés, éxito que abrirá al autor de aquella obra las puertas de la Academia. Algunas noches había gran zafarrancho, se llevaban biombos, se ponían las sillas en fila y se hacían charadas. Confieso que tomé parte yo también en algunas de aquellas charadas, y aún me parece estar me viendo en un mercado turco, vestido de circasiana, con un gran velo blanco.

Tenía á la señora de Bornier por compañera de esclavitud. Su marido, con turbante, representaba un Sultán, y nos compraba. El mercader de esclavos era ni más ni menos—y no os enfadéis—que el Sr. de L..., senador, ex ministro, en gran predicamento en aquella época, y

condenado después á no sé qué por inconsecuencias financieras. La caída del Imperio nos tenía preparadas muchas sorpresas; y este camino real que se llama la vida de París ofrece á veces vueltas y recodos muy singulares.



### MI TAMBORILERO

Estaba yo una mañana en mi casa todavía en la cama, cuando llamaron á la puerta.

—¿Quién es?

—¡Un hombre con una caja bastante grande!

Creí que se trataba de algún encargo remitido por ferrocarril; pero en lugar del esperado mozo de la estación, se me presenta, en la semioscuridad de aquella mañana de Noviembre, un hombreci-

condenado después á no sé qué por inconsecuencias financieras. La caída del Imperio nos tenía preparadas muchas sorpresas; y este camino real que se llama la vida de París ofrece á veces vueltas y recodos muy singulares.



### MI TAMBORILERO

Estaba yo una mañana en mi casa todavía en la cama, cuando llamaron á la puerta.

—¿Quién es?

—¡Un hombre con una caja bastante grande!

Creí que se trataba de algún encargo remitido por ferrocarril; pero en lugar del esperado mozo de la estación, se me presenta, en la semioscuridad de aquella mañana de Noviembre, un hombreci-

llo con el sombrero redondo y la blusa corta de los pastores provenzales. Ojos muy negros, mirada recelosa y dulce, expresión de candidez y de obstinación al mismo tiempo, y medio perdido entre los pelos de unos bigotes muy espesos, un aliento perfumado de ajos y un acento extraordinariamente meridional. El hombre me dijo:—Soy Buisson.—Y me entregó una carta, en el sobre de la cual reconocí en seguida la bonita, menudísima, regular y tranquila letra del poeta Federico Mistral. La carta era corta.

«Te envío al amigo Buisson; es *tamborilero* y va á exhibirse en París; guíale »

¡Guiar á un tamborilero! ¡Esta gente del Mediodía no se pára en barras! Cuando hube leído la carta, me volví hacia Buisson.

—¿Conque es usted tamborilero?

—Sí, señor Daudet: el mejor de cuantos hay; va usted á verlo.

Y salió en busca de sus instrumentos, que había dejado discretamente en el recibimiento, detrás de la puerta; una caja cuadrada y aplastada, y un gran cilindro envuelto en un pedazo de sargá

verde, ymu y parecido, por las dimensiones y por la forma, á esos cilindros de barquillero, monumentales, que llevan por esas calles algunos mercaderes ambulantes. La cajita aplastada contenía el pito, la primitiva flauta rústica que hace tu... tu... tu... mientras el tamboril hace pan... pan... El cilindro envuelto en el pedazo de tela verde, era el tamboril.

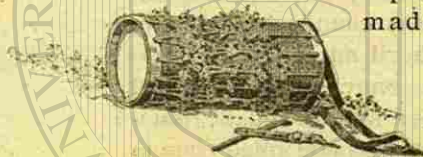
¡Qué tamboril, amigos míos! Se me saltaron las lágrimas cuando lo vi desembalado: un tamboril auténtico del siglo de Luis XIV, conmovedor y ridículo al mismo tiempo por su enormidad, refunfuñando como un viejo de miedo que lo toquen, de nogal fino adornado con tallados, pulimentado, afinado, ligero, sonoro y como ablandado por la acción del tiempo.

Serio como un Papa, Buisson se cuelga el tamboril del brazo izquierdo, coge el pito con tres dedos de la mano izquierda (indudablemente habréis visto la postura y el instrumento dibujados en algún grabado del siglo XVIII ó en algún plato de Vieux-Moustier) y manejando con la mano derecha el palillo con punta de



marfil, golpea el enorme tambor, que con su timbre temblón, con su zumar continuo de cigarra, marca el compás y hace el acompañamiento de bajo al chillar agudo y alegre del pito. ¡Tu... tu!... ¡pan... pan!...

París estaba lejos, y el invierno también. ¡Tu... tu!... ¡pan... pan!... ¡Tu... tu!... Mi cuarto me parecía bañado por un sol espléndido y perfumado con suaves



olores campes-  
tres. Creíame  
transportado  
á Provenza,

allá á orillas del mar azul, á la sombra de los álamos del Ródano; al pie de las ventanas oía yo serenatas, me imaginaba que cantaban coplas de Noche Buena y que bailaban al aire libre; y creía ver desenvolverse la farándula bajo los plátanos llenos de hojas de las plazas de las aldeas, sobre el polvoriento suelo de las carreteras, en las faldas de las colinas, desapareciendo para volver á aparecer cada vez más entusiasmada y enloquecida, mientras el tambo-

ril sigue con paso lento é igual, como quien está seguro de que el baile no ha de dejarse á la música en el camino, grave y solemne y cojeando un poco al hacer ese movimiento de rodilla que le es necesario para echar hacia adelante su instrumento á cada paso que da.

¡Todas esas cosas en una tocata de tamboril!

Si: y muchas otras que tal vez vosotros no hubierais visto, pero que

yo sí veía. La imaginación de los provenzales es así; es de yesca y se inflama pronto, aunque sean las siete de la mañana. Mistral había hecho bien en contar con que yo me entusiasmara. Buisson también se exaltaba. Me relató sus luchas,



sus esfuerzos y la de manera cómo había evitado, cuando ya estaban en mitad del camino, que el pito y el tamboril desaparecieran.

Parece que unos bárbaros querían perfeccionar el pito añadiéndole dos agujeros... ¡Un pito con cinco agujeros! ¡Qué sacrilegio! Él se atenía religiosamente al pito de tres agujeros, al pito de sus antepasados, y no tenía miedo á nadie, pudiendo apostar con cualquiera á quién lo tocaba mejor, por lo que respecta á lo untuoso de los ligados y á la vivacidad de las variaciones y de los trinos.

—Esto se me ocurrió—decía con ademán modesto y vagamente inspirado, con ese acento particular que haría cómica la más conmovedora de las oraciones fúnebres;—se me ocurrió una noche que estaba yo sentado al pie de un olivo oyendo cantar á un ruiñeñor... y dije para mi capote: ¡Cómo, Buisson! ese pájaro que ha hecho Dios canta así, ¿y lo que él hace con un solo agujero no lo habías de poder hacer tú con tres?

La frase es tonta; pero aquel día me pareció deliciosa.

Un buen meridional no goza completamente de sus emociones si no las comparte con otros. Yo admiraba á Buisson y necesitaba que lo admirasen los demás. Y ahí me tenéis correteando por París, paseando á mi tamborilero, presentándolo como un fenómeno, reclutando amigos, organizando una velada en mi casa para que le oyesen.

Buisson tocó, contó sus luchas y sus esfuerzos para perfeccionarse en el manejo de los instrumentos; repitió aquello de que la idea de hacerse un maestro se le había ocurrido una noche que estaba oyendo cantar á un ruiñeñor, y mis amigos hicieron como que se asombraban de tanta habilidad y maestría.

Aquel era el primer paso. Tenía yo por entonces una obra en ensayo en el teatro del Ambigu, una obra provenzal. Hablé de Buisson, de su tamboril, de su pito, á Hostein, que era el director, y ya supondréis la elocuencia con que lo hice. Ocho días seguidos estuve calentándole la cabeza, hasta que al fin me dijo:

—¿Por qué no metemos á vuestro tamborilero en la obra? Falta una cosa que

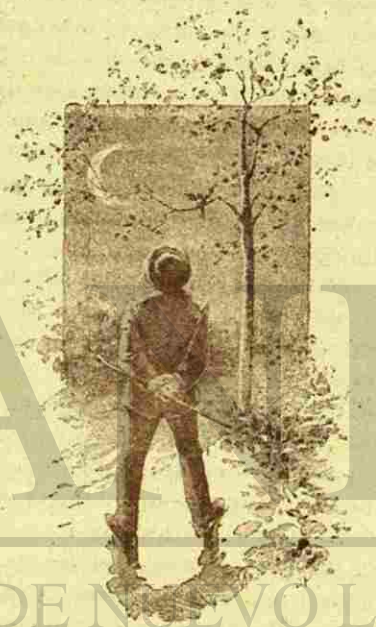
llame la atención, y eso tal vez pudiera ser el medio de asegurar el éxito.

Estoy seguro de que el provenzal no durmió aquella noche. Al día siguiente montamos los tres en un coche, él, el tamboril y yo, y á las doce y cuarto de la mañana, hora marcada en el cartelillo de anuncios de ensayos, desembarcamos en medio de un grupo de desocupados, curiosos al ver aquella extraña máquina á la puertecilla falsa que, como en todos los teatros, aunque sean los más lujosos, sirve de entrada, poco triunfal, á los autores, á los artistas y á los dependientes de la casa.

—¡Dios mío, qué oscuro está esto! murmuraba el provenzal mientras pasábamos por el largo corredor húmedo y frío, como son los de todos los teatros.—¡Dios mío, qué frío y qué oscuro!

El tamboril parecía ser de la misma opinión y tropezaba contra las paredes á cada momento, en los escalones de la escalera de caracol, y tenía, cada vez que tropezaba, vibraciones y gemidos formidables. Al fin, como Dios nos dió á entender, llegamos al escenario. Esta-

ban ensayando. Es horrible ver el teatro así, en el secreto de su vida por dentro,



sin luces, sin adornos, sin la agitación,  
sin la vida, sin el afeite y la iluminación  
de por las noches: gentes atareadas, an-  
dando sin hacer ruido y hablando bajo;

sombras tristes como las que se mueven en el fondo de una mina. Olor á mohó y á escape de gas. Hombres y cosas que van y vienen y decoraciones fantásticamente mezcladas, todo color de ceniza, á la escasa luz de los quinqués y de los mecheros de gas empañados como lámparas Davy; y para hacer la oscuridad más profunda y más exacta la impresión del subterráneo, de cuando en cuando, allá arriba en el segundo, en el tercer piso, en la oscurísima sala, se abre la puerta de un palco, y como el orificio lejano de un pozo, deja entrar un poco de luz exterior.

Este espectáculo, nuevo para él, desconcertó un poco á mi paisano. Pero el mozo se repuso pronto y dejó valerosamente que lo colocaran solo, en lo oscuro, allá en el fondo de la escena, encima de un tonel que habían preparado para que se subiese. Con el tamboril allí, me hizo el efecto de dos toneles, uno encima de otro. En vano protesté, en vano dije:—En Provenza los tamborileros tocan andando, y no es posible ese tonel.—Hostein me aseguró que el tamborilero

era un tañedor campestre, y que el tañedor no se concebía en el teatro más que encima de un tonel.

¡Vaya por el tonel! Además, Buisson, siempre lleno de confianza, subido ya y luciendo habilidades de equilibrio, me decía:

—No hay cuidado; eso no le hace.

Lo dejamos, pues, con el pito en la boca, el palillo en la mano y detrás un telón de bosque, bastidores, poleas y cuerdas, y nos instalamos todos, director, autores y actores, en primer término del escenario, lo más lejos posible, para juzgar del efecto.

—Se me ocurrió, suspiraba Buisson en la oscuridad, una noche al pie de un olivo, oyendo cantar un ruiseñor...

—Bueno, bueno; tócanos cualquier cosa, le dije, aburrido ya de su cuento.

—Tu... tu... Pan... pan...

—¡Chist! Ya empieza.

—¡Vamos á ver el efecto!

¡Qué efecto, gran Dios, produjo en aquel escéptico auditorio aquella rústica música, temblorosa y penetrante como el canto de un insecto que chillase allá

en un rincón! Veía yo á los autores burlescos, siempre satisfechos al pensar en el fracaso de mi compañero, contraer irónicamente los labios; al bombero, colocado debajo de un mechero de gas, riéndose á más y mejor; el mismo apuntador, sacado de su ordinaria somnolencia por lo extraordinario del acontecimiento, se apoyaba en las dos manos, sacaba la cabeza de la concha y parecía de aquel modo una tortuga gigantesca. Cuando Buisson acabó de tocar, continuó contándonos su historia.

—...¡Cómo! ¿Ese pájaro canta así, y lo que él hace con un agujero no había yo de poder hacerlo con tres?

—¿Qué demonio dice ese hombre, preguntó Hostein, con su cuento de los agujeros?

Entonces traté de explicar el final de la cosa, la importancia de los tres agujeros en vez de los cinco, la originalidad que constituía el tocar los dos instrumentos á la vez.

—La verdad es, observó María Laurent, que eso, tocado entre dos, sería más cómodo.

Traté, para apoyar mi razonamiento, de bailar un poco la farándula sobre el tablado. Pero ni por esas; y entonces empecé á darme vagamente cuenta de la cruel realidad de que, para que los demás participasen de las impresiones, de los poéticos recuerdos que el tamboril evocaba en mí, hubiera sido necesario que el músico trajera á París la falda de una colina, un pedazo de cielo azul, un poco de la atmósfera provenzal.

—¡Vamos, muchachos, continuemos, continuemos!

Y sin volver á ocuparse del tamborilero, continuó el ensayo. Buisson no se movía de su puesto, seguro de su triunfo, creyendo de buena fe que tomaría parte en la representación.

Después del primer acto sentí remordimientos de dejarlo en lo alto del tonel, allá en el fondo, donde se destacaba vagamente su silueta.

—¡Vamos, Buisson, baja pronto!

—¿Voy á firmar el contrato?

El pobrecillo creía que había hecho un efecto formidable, y me mostraba su papel timbrado, su contrato hecho anti-

cipadamente, con esa prudencia propia de la gente del pueblo.

—No, hoy no... ya te escribiré... pero ten cuidado, ¡demonio!... tu tamboril tropieza con todo y hace un ruido infernal.

Ahora me avergonzaba yo del tamboril y temía que se oyera. ¡Qué alegría! ¡Qué bien respiraba cuando me vi de nuevo en el coche! En ocho días no me atreví a pasar por el teatro.

Algún tiempo después fué Buisson á verme.

—¿Y ese contrato?

—¿Qué contrato?... ¡Ah, sí!... el contrato... Pues, hijo, Hostein vacila... No se atreve... Como no entiende de eso...

—Es un imbécil.

Al oír el tono agrio y duro con que el pobre músico pronunció aquellas palabras, me di cuenta de toda la importancia de mi crimen. Embriagado por mi entusiasmo y mis elogios, loco, perdido, el tamborilero provenzal había llegado á tomar en serio que era un grande hombre y creía—¡ay, yo se lo había dicho!—que en París le esperaban triunfos ruidosos. ¡Cualquiera detiene un tamboril

que rueda así, estrepitosamente, por la pendiente de las ilusiones! Ni siquiera lo intenté, porque habría sido insigne locura y trabajo perdido.

Buisson, por otra parte, tenía ya otros admiradores, por cierto muy ilustres: Feliciano David y Teófilo Gautier, á quienes Mistral había escrito al mismo tiempo que á mí. Almas de poeta y de soñadores, fácilmente seducidos y dispuestos á abstraerse, el autor de un *Viaje á Oriente* y el músico del país de las rosas no habían tenido mucho que hacer para formar con la imaginación un paisaje en torno de las rústicas melodías del tamboril.

El uno, al oír los trinos del pito, creía estar viendo las arenas de su Durance natal y las terrazas de sus ribazos de Cadenet; el otro soñaba aún más, y encontraba en el monótono y sordo sonar del tamboril no sé qué reminiscencia llena del sabor al *Cuerno de Oro* y á las *derboukas* árabes.

Los dos se habían enamorado, por vivo y súbito capricho, del talento verdadero, aunque fuera de lugar, del pobre Buis-

son. Hicieron durante quince días qué sé yo cuántos reclamos interesantes. Todos los periódicos hablaban del tamboril; los ilustrados publicaban su retrato en actitud altiva, con la mirada de conquistador, con el ligero pito entre los dedos y el tamboril colgado del brazo.



Buisson, ebrio de gloria, compraba los periódicos á docenas y los enviaba á su tierra.

Alguna que otra vez venía á verme, y me hablaba de sus triunfos: un ponche en el estudio de algún artista; reuniones en la buena sociedad; en el barrio de San Germán (se le llenaba la boca hablando del barrio de San Germán), donde el muy picarón agradaba á damas encopetadas, cuando sin cortarse contaba su cuento predilecto: el de que se le había ocurrido la idea de perfeccionarse en el pito una noche que, estando al pie de un olivo, había oído cantar á un ruiseñor...

Entretanto, como se trataba de que no perdiese la práctica y de conservar, á pesar de las mil distracciones de la vida de artista, la ligereza de los dedos y la frescura en la embocadura, á nuestro ingenioso joven provenzal se le ocurrió ensayar sustocatas y sus farándulas por las noches en pleno París, en el quinto piso de la casa de huéspedes donde vivía, en el barrio de Breda.



¡Tu... tu!... ¡Pan... pan!...

Todo el barrio se consternó ante aquellos ruidos insólitos. La gente se amotina, se queja; Buisson no por eso deja de tocar cada vez con más entusiasmo, repartiendo por todas partes sus armonías y el insomnio, hasta que una noche la portera de su casa se niega á darle la llave.

Buisson se envolvió en su dignidad de artista, acudió, demandó á la portera ante el juez de paz, y salió triunfante. La ley francesa, dura para los músicos, y que destierra durante todo el año los cuernos de caza á los sótanos para no permitirles salir de allí más que el martes de Carnaval—un solo día de los trescientos sesenta y cinco—para que suenen al aire libre, la ley francesa no había previsto, según parece, el tamboril.

Desde el día de aquella victoria, Buisson no dudó ya de nada. Un domingo por la mañana recibo una carta: aquella tarde iba á hacerse oír en un gran concierto que daba en la sala del Chatelet. El deber y la amistad me hicieron ir á oírlo, no sin que me sintiera así como entristecido por cierto secreto presentimiento.

Entrada magnífica, lleno completo, ni una localidad desocupada. Decididamente nuestros reclamos habían producido su efecto. De pronto se levanta el telón: emoción general, silencio profundo. Yo di un grito de estupor. En medio de aquel inmenso escenario, hecho para

que seiscientos coristas y comparsas puedan maniobrar con desahogo, apareció Buisson con su tamboril, con un frac muy estrecho y unos guantes que le daban parecido con esos insectos de patas amarillas que dibuja Granville en sus fantasías, posados sobre instrumentos fantásticos. Yo le miraba con los gemelos y le veía agitar los brazos desmesurados y mover los dedos; evidentemente estaba tocando; el infeliz golpeaba furiosamente, y soplabá con todas sus fuerzas; pero en la sala no se oía ni un sonido. Aquello era demasiado grande; el escenario se lo comía. Era como si un grillo estuviera cantando en medio del Campo de Marte. Y no había medio de contar los agujeros del pito á aquella distancia, ni manera de hablar del ruiseñor y del olivo.

Yo estaba rojo de vergüenza. Veía las gentes de mi alrededor que estaban enfadadas, y oía murmurar:

—¿Qué quiere decir esta broma de mal género?

Las puertas de los palcos se abrían con estrépito; la sala iba quedándose



desocupada poco á poco. Sin embargo, como era un público culto, no silbó; pero dejó que el tamboril acabase de tocar en una completa soledad.

Yo le esperaba á la salida para consolarlo. ¡Vaya una tontería! Salía convencido de haber tenido un éxito enorme, y estaba más contento que nunca.

—Estoy esperando á Colonne para firmar la contrata, me dijo enseñándome un pliego de papel grande, lleno de sellos.

Aquella vez yo no pude contenerme; hice de tripas corazón, y dije brutalmente y de un tirón, sin tomar aliento, todo lo que pensaba:

—Buisson, nos hemos equivocado todos queriendo hacer que sorprenda en París la gracia de tu enorme tambor y la melodía de tu pito. Me he equivocado yo, se han equivocado Gautier y David, y, por carambola, te equivocas tú. ¡No, hijo, no eres un ruseñor!...

—Esa idea se me ocurrió..., interrumpió Buisson.

—Sí, se te ocurrió, ya lo sé; pero no eres un ruseñor. El ruseñor canta en

todas partes; su canto es de todos los países, y en todos los países se aprecia. Pero tú, tú no eres más que una pobre cigarra, cuyo cantar seco y monótono sienta bien bajo los olivos, bajo los pinos que lloran la resina como si fuesen lágrimas de oro; bajo el vivo azul del cielo, al aire libre, en los días de sol, en los ribazos pedregosos de la Provenza; pero una cigarra ridícula, lamentable, aquí bajo este cielo ceniciento y con sus desmesuradas alas mojadas por la lluvia. Vuélvete á tu tierra; llévate el tamboril; toca en los bailes campestres; acompaña á las muchachas del pueblo en sus farándulas; conduce, tocando una marcha triunfal, á los vencedores en la lucha con los toros; allí eres un poeta, un artista; aquí serías un saltimbanqui no comprendido.

No me contestó; pero en su mirada de visionario, en sus ojos dulces de hombre testarudo, pude leer:

—Tú me tienes envidia.

Pocos días después, mi hombre, orgulloso como Artaban, vino á decirme que Colonne, otro imbécil como Hostein, no

había querido contratarle; pero que se le presentaba otro negocio, y que ese sí que era bueno, maravilloso: una contrata en un café cantante por ciento veinte francos cada noche, y firmado desde luego. En efecto, llevaba el papel. ¡Ah, qué papell... Luego he sabido la verdad.

A no sé cuál empresario que estaba en quiebra, arrastrado, cegado por la corriente de la bancarrota, se le había ocurrido agarrarse á esa quebradiza rama que se llamaba la musiquilla de Buisson. Seguro de que no podría pagar, firmó todo lo que quisieron que firmase. Pero el provenzal no previa tanto: tenía un papel sellado, y ese papel sellado bastaba para su alegría.

Además, como se trataba de un café cantante, había sido necesario hacerse un traje.

—Me han vestido de trovador antiguo, me decía con graciosa sonrisa; pero como soy muy bien formado, no me sienta mal; ya verá, ya verá usted.

Y vi, en efecto.

En uno de los cafés cantantes de los alrededores de la puerta de San Dioni-

sio—tan en boga en los últimos años del Imperio—con el oropel de su ornamentación extravagante, mitad china, mitad persa; con pintarrajados y dorados más crueles á la vista á causa de la exageración de mecheros de gas y de farolillos; sus palcos proscenios cerrados con celosías, á los cuales iban algunas noches, para aplaudir las contorsiones de caderas y los berridos de alguna excéntrica diva, duquesas y embajadores; un mar de cabezas y de bocks, nivelados como las olas en tiempo de niebla; entre el humo de las pipas y el vapor de los alientos; sus camareros que corren; sus concurrentes que gritan; su director de orquesta con corbata blanca, impasible y digno, alborotando ó calmando, con un gesto á lo Neptuno, la tempestad de cincuenta instrumentos de metal; entre una romanza de un sentimentalismo estúpido, balada por una muchacha bastante bonita, que ponía ojos de carnero á medio morir, y una égloga de un verde muy subido, cínicamente aullada por una especie de Teresa de brazos muy colorados; en el escenario donde, bos-

tezando, estaban sentadas, formando corro y esperando á que les llegase el turno para cantar, una media docena de damiselas, vestidas de blanco, descotadas y carantoñeras, apareció de pronto un personaje, al cual no olvidaré en toda mi vida. Era Buisson, con el pito entre los dedos, el tamboril apoyado en la rodilla izquierda, en traje de trovador, como me había dicho. Pero ¡qué trovador! Un justillo (¡figuráoslo!) mitad verde manzana y mitad azul, una pierna encarnada y la otra amarilla y todo el traje estrecho, estrecho como si fuese á estallarle; un birrete con almenas, zapatos con punta hacia arriba, y con todo esto bigotes, aquellos bigotes suyos, largos y negros, á los cuales no había tenido valor para renunciar, y que se le venían á la boca como una cascada de betún.

Seducido probablemente por el gusto exquisito del traje, el público acogió al músico con un largo murmullo de aprobación, y mi trovador sonreía satisfecho, era feliz al verse delante de aquel auditorio simpático y sintiendo por detrás la ardiente mirada de las damiselas senta-

das en el escenario, que lo admiraban.

Pero fué muy distinto lo que sucedió tan luego como empezó la música. Los ¡tu... tu!... los ¡pan... pan!... no podían agradar á aquellos oídos estragados, como lo está el tragadero de quien abusa del alcohol y quemados por el vitriolo del repertorio de café. Y además, el público no era culto y bien educado como el del Chatelet.

—¡Basta!... ¡Basta!... ¡Que se lo lleven!  
¡Acaba ya, rata sabia!...

En vano Buisson trató de abrir la boca y de decir algunas palabras. Las banquetas fueron enarboladas; hubo necesidad de bajar el telón, y el trovador verde, azul, rojo y amarillo, desapareció entre una tempestad de silbidos, como pájaro desplumado al que arrebatase en sus remolinos un vendaval de los Trópicos.

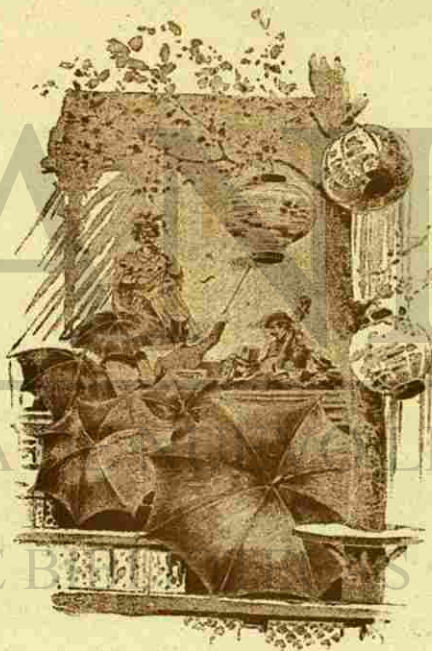
¿Querréis creer que Buisson se empeñó en no darse por vencido? Las ilusiones crecen pronto y se desarraigan muy lentamente en el cerebro de un provenzal. Quince noches seguidas volvió á la carga, silbado siempre, sin que le pagasen nunca, hasta que las puertas del café.

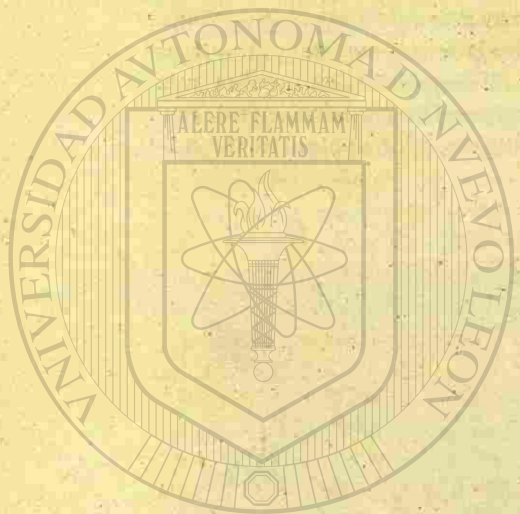
concierto fueron cerradas por haberse declarado en quiebra el empresario.

Entonces empezó la voltereta desenfrenada. De silba en silba, de berrido en berrido, creyendo siempre en sus triunfos y siempre persiguiendo la quimera de una contrata, el tamborilero rodó hasta los tugurios de las afueras, donde se cantó con un piano desvencijado por toda orquesta, con gran satisfacción por parte de un público compuesto de botes derrengados y borrachos, y de gente de poco más ó menos que van á pasar un domingo de campo.

Una tarde—acababa de terminar el invierno y apenas había comenzado la primavera—pasaba yo por los Campos Elíseos. Un café cantante al aire libre de los que se ponen allí, más madrugador que los demás y adelantando la temporada, había colgado de los árboles, todavía sin hoja, sus farolillos de colores. Hacía niebla; el tiempo estaba triste. Oí un ¡tu... tul... ¡pan... pan!... ¡Él otra vez! Lo entreví á través de la claraboya, tocando en el tamboril un aire provenzal, delante de una media docena de

espectadores, que sin duda habían entrado con billetes de favor, y que tenían los paraguas abiertos para resguardarse de la humedad. No me atrevi á entrar. En rigor, todo aquello era culpa mía. Tenía la culpa mi imprudente entusiasmo. ¡Pobre Buisson! ¡Pobre cigarra mojada!





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN



## HISTORIA DE MIS LIBROS

TARTARIN DE TARASCON

Pronto hará quince años que publiqué las *Aventuras de Tartarin*.

Tarascon no me las ha perdonado todavía, y viajeros dignos de crédito me aseguran que todas las mañanas, á la hora en que la pequeña ciudad provenzal abre las puertas de sus tiendas y sacude sus alfombras al soplo del gran Ródano, de todas las puertas, de todas las ventanas surgen puños crispados, mira-

das furiosas de ojos negros, gritos de rabia dirigidos hacia París: «¡Ah! ¡Ese Daudet... si llega á venir por aquí... ay de él!...» Como en la historia de Barba Azul: «¡Baja, baja... ó como yo llegué á subir!...»

En una palabra, y sin bromas: Tarascon está indignado.

Era en 1878, cuando la gente de provincias abundaba en los hoteles, en los boulevares y en ese puente gigantesco echado entre el Campo de Marte y el Trocadero. Una mañana, el escultor Amy, tarasconés convertido en parisienese, vió aparecer en su casa un formidable par de bigotes que había venido á la capital en tren de recreo, con el pretexto de la Exposición Universal, pero en realidad para pedir explicaciones á Daudet sobre el bravo comandante Bravida y sobre la *Defensa de Tarascon*, un cuentecillo publicado por mí en tiempo de la guerra con los prusianos.

—¡Conque iremos á casa de Daudet!

Estas fueron las primeras palabras de aquellos mostachos tarasconenses al entrar en el estudio; y durante quince días

el escultor Amy no oyó más que esta frase: «Y si no, ¿dónde encontraremos á ese Daudet?» El pobre artista no sabía ya qué inventar para ahorrarme el disgusto de aquella aparición heroicómica.

Llevaba los bigotes de su tierra á la Exposición; los distraía en la calle de las Naciones, en la Galería de Máquinas; los humedecía con cerveza inglesa, con vino húngaro, con leche de burra, bebidas exóticas y variadas; los aturdía con música morisca, gitana, japonesa; los subía, los encrespaba, los izaba—como Tartarin en su minarete—hasta los torreones del Trocadero.

Pero el rencor del provenzal no disminuía, y desde aquellas alturas, mirando á París, con las cejas fruncidas, preguntaba:

—¿Se ve desde aquí esa casa?

—¿Qué casa?

—¡Toma! ¡La de ese Daudet!

Y así por todas partes. Afortunadamente, el tren de recreo se volvió á llevar, sin satisfacer, la venganza del tarasconense; pero si aquél se había ido, otros

podían venir, y mientras duró la Exposición no pude dormir tranquilo. ¡Ahí es nada, sentir uno encima de sí el odio de toda una ciudad! Hoy mismo, cuando viajo por el Mediodía, me mortifica pasar por Tarascon; y es que sé que allí no me pueden ver, que mis libros están desterrados de sus librerías, que no se les encuentra ni en la estación del ferrocarril; y desde que veo á lo lejos, por la ventanilla del vagón, el castillo del bueno del rey René, me siento mal y desearía no tener que pasar por allí. Por eso aprovecho esta nueva edición para dar públicamente á los de Tarascon, con todas mis excusas, las explicaciones que el antiguo comandante en jefe de sus milicianos quería exigirme en París.

Tarascon no ha sido para mí más que un seudónimo escogido al azar en la vía férrea de París á Marsella, porque tenía marcado sabor meridional; y cuando lo gritaban los mozos de la estación, sonaba como un grito de guerrero Apache. En realidad, el país de Tartarin y de los cazadores de gorras está un poco más lejos, cinco ó seis leguas más allá, al

otro lado del Ródano. Allí es donde, siendo muy niño, vi languidecer la adansonia, imagen de mi héroe, que vivía demasiado estrechamente en su pueblecillo; allí donde los Rebuffa cantaban el dúo de *Roberto el Diablo*; allí es, en fin, donde un día de Noviembre de 1861, Tartarin y yo, armados hasta los dientes y cubiertas las cabezas con la *chechia*, salimos para cazar leones en Argel.

A decir verdad, no iba yo allí expresamente para eso, sino porque tenía necesidad de calafatear un poco mis pobres pulmones con un buen sol. Pero por algo ¡vive Dios! he nacido yo en aquel país; y tan pronto como hube puesto el pie en la cubierta del *Zuavo*, donde embarcaron nuestra enorme caja de armas, más Tartarin que el mismo Tartarin, me imaginaba yo realmente que iba á exterminar todas las fieras del Atlas.

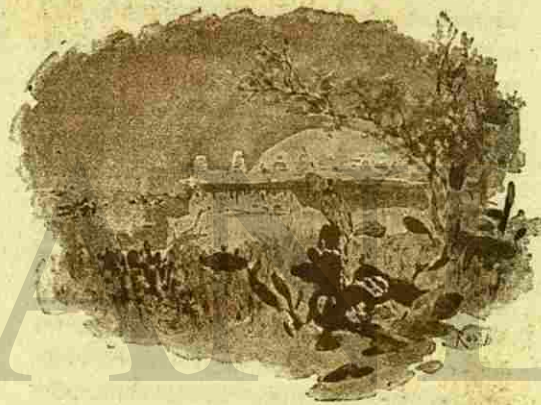
¡Encantos del primer viaje! Me parece que fué ayer cuando emprendimos aquella excursión, cuando vi aquel mar azul, pero azul como agua de añil, rizada por el viento y con destellos de sol, y aquel bauprés que se encabritaba, cortaba las

olas, se sacudía la blanca espuma y seguía levantando el pico siempre avante, y las doce del día quemarcaban, en medio de un sol espléndido, todas las campanas de Marsella, y mis veinte años de edad, que me sonaban también dentro de la cabeza como un alegre repique...

Todo eso me parece estar viéndolo con sólo hablar de ello, y me veo en aquella tierra, y revuelvo los bazares de Argel en una semioscuridad que huele á almizcle, á ámbar, á rosa y á lana caliente; las guzlas ganguean sobre tres cuerdas delante de los pequeños armarios de luna tunecinos con arabescos de nácar, mientras el chorro de agua que brota de una fuente tiñe con su nota fresca los baldosines del patio. Y me veo correteando por el Sahel, por los bosques de naranjos de Blidah, la Chiffa, el arroyo de los Monos, por Milianah y sus colinas llenas de verdor, por sus verjeles entreverados de tornasoles de higueras, de cogurdas, como nuestras bastidas ó quintas provenzales.

Me parece ver el inmenso valle de Chelif, los maqués, los lentiscos, las pal-

meras enanas, los torrentes secos, bordeados por rododafnes; allá en el horizonte, el humo de un *gurbi*, subiendo de un macizo de cactus, el cercado ceniciento de una posada para las caravanas,



el sepulcro de un *santón* con su cúpula blanca en forma de turbante, sus ex votos clavados sobre las paredes blanqueadas con cal, y aquí y allá, en la llanura abrasada por el sol, manchas oscuras que se mueven, y que son otros tantos rebaños. Aún me parece oír, experimentando también la sensación de golpes secos en



el estómago cada vez que daba una sacudida mi montura árabe, el choque de mis enormes estribos, los gritos de los pastores en aquella atmósfera ondulosa y finísima en la cual rebota la voz: «Si Mohame...d...d...d», los ladridos furiosos de los perros alrededor de los aduares, los tiros y los gritos de las fantasías y la música salvaje de los derbukas, por la noche, sentados delante de la puerta abierta de sus tiendas, mientras los chacales chillan sin cesar en la llanura como si fueran cigarras, y un clarísimo cuarto creciente de luna, el creciente de Mahoma, brillar sobre el fondo de terciopelo estrellado de la noche. También está muy viva en mi memoria la tristeza del regreso, la impresión de destierro y de frío que tuve al entrar en Marsella, porque el azul del cielo provenzal me parecía oscurecido y velado al compararlo con aquellos horizontes argelinos: rica paleta de diapasones intensos y variados, auroras de un verde nunca visto, el verde mineral, el verde pescado; cortos crepúsculos de la tarde, cambiantes y nacarados de púrpura y de amatista; pozos

color de rosa donde se acercan á beber camellos color de rosa también, en los cuales la cuerda del pozo, el brocal, la barba del beduino que bebe asimismo en el cubo, chorrean gotas de color de rosa. ¡Después de veinte años vuelvo á encontrar en mí aquel pesar, aquella nostalgia de la luz que se ha perdido!

Hay en la lengua de Mistral una palabra que resume y define perfectamente todo un instinto de la raza: *galeja* «burlarse, bromear.» Y se ve en ella el rayo de ironía, la chispa maliciosa que brilla en el fondo de los ojos provenzales. *Galeja* surge á cada momento en la conversación, en la forma de verbo, en la de sustantivo. *Vesés-pas? Es uno galejado.* «¿No ves que es una broma?» *Tai-soté, galejaire.* «Calle usted, so burlón.» Pero el ser *galejaire* no excluye la bondad ni la ternura. La gente se divierte, es aficionada á reír; y en aquel país la risa anda siempre aparejada á todos los sentimientos, á los más apasionados, á los más tiernos. En una antigua, antiquísima canción de nuestra tierra, la histo-

ría de una dama llamada Florencia, se pinta por manera exquisita esa afición de los provenzales. Florencia se casó siendo casi una niña con un caballero que la cogió tan jovencilla, *la prén tan*

*jouveneto se saup pas courdela*, que ni siquiera sabía abrocharse los cordones. Apenas celebrada

la boda, el dueño y señor de Florencia se ve precisado á marchar á Palestina y á dejar sola á su mujercita.

Han pasado siete años sin que el caballero dé señales de vida, cuando un peregrino, con su calabaza, sus conchas y su luenga barba, se presenta un día á la puerta del castillo.

Viene de tierra de turcos, y trae noticias del marido de Florencia; la joven castellana lo recibe en seguida y lo convida á comer con ella, sentándolo á su mesa.

Lo que sucedió entre ellos puedo decirlo de dos maneras; porque la historia de Florencia, como todas las canciones populares, ha dado la vuelta á toda Fran-



cia en los fardos de los buhoneros, y la he encontrado de nuevo en Picardía con una variante significativa.—En la canción de la Picardía, estando comiendo la dama, rompe á llorar.



—¿Por qué lloráis, bella Florencia? pregunta el peregrino tembloroso.

—Lloro porque os reconozco, y sois mi amado esposo.

Por el contrario, la Florencia provenzal, al verse sentada frente al peregrino de luenga barba, se echa á reír graciosamente.

—¡Eh! ¿de qué os reís, Florencia?

—¡Toma! Me río de que sois mi marido.

Y de un salto se pone sobre las rodillas de su esposo, riendo, y el peregrino ríe también bajo su barba postiza, porque él, lo mismo que ella, es un *galejaïre*, lo cual no les impide amarse con gran ternura y abrazarse y besarse con toda la efusión de sus fieles corazones.

—Pues bien; yo también soy un *galejaïre*.

Entre las brumas de París, entre la salpicadura de su lodo, de sus tristezas, tal vez he perdido la afición y la facultad de reír; pero quien lea *Tartarin* comprenderá que quedaba en mí un fondo de alegría que brotó bruscamente al hermoso sol de mi tierra.

Cierto—yo convengo en ello—cierto que había otras cosas que escribir sobre la Francia argelina mejor que las *Aventuras de Tartarin*; por ejemplo, un estudio de costumbres, real y verdadero, la observación de un país nuevo, colocado en los confines de dos razas y de dos civilizaciones, con su acción refleja, el conquistador conquistado á su vez por

el clima, las costumbres, la incuria, la podredumbre de Oriente, el argelino Doineau y el argelino Bazaine, esos dos productos perfectos de la burocracia árabe. ¡Cuántas revelaciones podían hacerse sobre la miseria de esas costumbres de avanzada, la historia de un colono, la fundación de una ciudad en medio de las rivalidades de tres poderes contrarios: ejército, administración, magistratura. En vez de todo eso, no he hecho más que *Tartarin*, una carcajada, una *galejaïde*.

Es verdad que mi compañero y yo estábamos hechos un buen par de zamacucos cuando desembarcamos, con aquellos cinturones colorados y aquellas brillantes *chechias*, en la buena ciudad de Argel, donde no había más turcos que nosotros dos. ¡Con cuánto recogimiento, con cuánta convicción se quitaba Tartarin sus enormes botas de caza á la puerta de las mezquitas, y con qué gravedad y qué apretados los labios se acercaba al santuario de Mahoma, en calcetines de color! ¡Ah! Aquél creía en Oriente, en los *muezzines*, en los leones, en las

panteras, en los dromedarios, en todo lo que habían querido contarle los libros, agrandado aún más por su imaginación meridional.

Yo, fiel como el camello de mi cuento, lo seguía en su sueño heroico; pero á veces dudaba un poco. Recuerdo que una tarde, en Oued-Fodda, salíamos para una cacería de leones, y al pasar por un campamento de cazadores de Africa con toda nuestra impedimenta de escopetones, de carabinas, de revólvers, cuchillos de caza, tuve una sensación aguda de que nos poníamos en ridículo cuando eché de ver el mudo estupor de aquellos soldados que estaban comiendo el rancho á la puerta de sus tiendas. ¿Y si no hubiese leones?

Lo cual no impidió que una hora después, ya cerrada la noche, de rodillas en un bosquecillo de laureles, escudriñando la oscuridad con mis gafas, mientras allá, por encima de mi cabeza, pasaban las grullas piando, y en torno mío los chacales movían la hierba, sintiese yo que me temblaba la carabina en la mano y chocaba el cañón con las guardas del

cuchillo de monte, clavado en la tierra.

He atribuído á Tartarin aquel temblor de miedo y las curiosas reflexiones que los acompañaban; pero esto es una gran injusticia. Os juro por mi nombre que si el león se hubiese presentado, el bueno de Tartarin lo hubiera recibido empuñando el rifle y con el cuchillo levantado; y si su bala se hubiese desperdiciado ó hubiérase faltado el sable en una lucha cuerpo á cuerpo, habría terminado la refriega á bocados, y ahogado á la fiera entre sus brazos, y arañádola con sus uñas, y mordídola con sus dientes, sin huir el bulto siquiera; porque cuando llegaba el caso, era todo un hombre, aquel buen cazador de gorras; y era además un hombre de talento, que fué el primero en reirse de mi *galejaide*.

La historia de Tartarin no fué escrita hasta mucho tiempo después de mi viaje al Africa. El viaje data de 1861 á 1862, y el libro de 1869. Empecé á publicarlo como variedades en el *Petit Moniteur Universel*, con bonitos dibujos de Emilio Benassit. Pero hizo fiasco completo. El

*Petit Moniteur* era un periódico popular, y el pueblo no entiende de irónicas empresas que lo despistan y le hacen creer que quiere uno burlarse de él. Difícilmente podría yo pintar el desencanto de los suscritores de aquel periódico barato, tan partidarios de *Rocamboles* y de Ponson du Terrail, al leer los primeros capítulos de *Tartarin*; desencanto que hasta se convirtió en amenazas de dejar la suscripción, y que se tradujo hasta en injurias personales. Muchos me escribían: «Bien; ¿y qué? ¿Qué prueba eso? ¡Imbécil!» Y firmaban las cartas con pulso alterado y violento. El más desgraciado de todos era Pablo Dalloz, que había hecho grandes gastos para publicarlo, que pagaba caro los dibujos, y al cual le costaba mucho el ensayo intentado. Cuando iban publicados unos diez folletines, me compadecí de él y llevé mi *Tartarin* al *Figaro*, cuyos lectores lo comprendieron mejor. Pero tropezó con otras malas voluntades. El secretario de la Redacción del *Figaro* en aquella época era Alejandro Duvernois, hermano de Clemente Duvernois, antiguo

periodista y ex ministro. Por casualidad había yo conocido nueve años antes (y precisamente con motivo de aquella expedición mía) á Alejandro Duvernois, que por entonces era un modesto empleado en el Gobierno civil de Milianah, y el cual conservaba desde aquella época un verdadero culto hacia la colonia. Enfadado, indignado ante mi ligereza para hablar de su querida Argelia, no pudiendo oponerse á la publicación de *Tartarin*, se las compuso de modo que lo dividió en pedazos intermitentes, con el horrible pretexto siempre, ya este-reotipado, de *la abundancia de originales*; de tal manera, que aquella novelita corta se eternizó en el periódico casi tanto como *El Judío Errante* ó *Los Tres Mosqueteros*. «¡Esto se estira, esto se estira!» refunfuñaba el zángano de Villemessant; y tenía yo mis temores de verme obligado á suspender la publicación otra vez.

Luego vinieron nuevas tribulaciones. El personaje de mi libro se llamaba entonces Barbarin de Tarascon.

Resultó que, precisamente en Taras-

con, había una antigua familia de Barbarin, que me amenazó con *empapelarme* si no quitaba, de prisa y corriendo, su apellido de aquella bufonada ultrajante.

Como tengo el santo temor de los Tribunales y de la Justicia, consentí en sustituir Barbarin por Tartarin en las pruebas ya tiradas, y entonces necesité engolfarme en una minuciosa caza de B, repasando el original línea á línea. Algunas se me escaparían en aquellas trescientas páginas, porque en la primera edición tropieza uno con varios *Bartarines*, *Tarbarines* y hasta *tuenas* noches. Al fin apareció el libro, y resultó bastante bien, á pesar de su aroma demasiado local, del que no todo el mundo gusta.

Es preciso ser del Mediodía, ó conocer mucho aquella tierra, para comprender cuán frecuente es allí ese tipo de Tartarin, y de qué modo, bajo el espléndido sol tarasconense que los caldea y electrizaba, las aficiones burlonas de los cráneos y de las imaginaciones exagera y toma desenvolvimientos monstruosos, tan variados de forma y de dimensión como las cogurdas.

Juzgado desapasionadamente después de algunos años, *Tartarin*, con su corte desenfrenado y loco, me parece que tiene cualidades de juventud, de vida y de verdad; una verdad del lado allá del Loira, que aumenta, exagera, no miente nunca y *tarasconea* siempre.

El estilo no es ni muy fino ni muy cuidado. Es lo que yo llamo *literatura de pie*, hablada, gesticulada, con los desenfrenados ademanes de un héroe. Pero debo confesar, por grande que sea mi amor al estilo, á la belleza de la prosa armónica y llena de color, que, en mi concepto, eso no es el todo para un novelista. Su verdadero triunfo será crear seres, poner en pie, á fuerza de verosimilitud, tipos de humanidad que en lo sucesivo circulen por el mundo, con el nombre, el gesto, la mueca que les haya dado y que hacen que se hable de ellos—ya se les deteste, ya se les ame—fuera de su creador, y sin que su nombre sea pronunciado.

Por mi parte, mi emoción es siempre la misma cuando, á propósito de un transeunte de la vida, de uno de esos mil fan-

toches de la comedia política, artística ó social, oigo decir:

—Es un Tartarin... un Monpavon... un Delobelle.

Entonces siento un estremecimiento, el estremecimiento de orgullo de un padre que oye, confundido entre la multitud, los aplausos que se prodigan á su hijo, y que siente, durante todo el rato, vehementes deseos de gritar:

—¡Eh, que ese es mi hijo!



## HISTORIA DE MIS LIBROS

CARTAS DESDE MI MOLINO

En el camino de Arlés, en las canteras de Fontvielle, pasado el monte de Corde y la abadía de Montmajour, se levanta, hacia el lado de la derecha, más arriba de un gran caserío polvoriento y blanco como un montón de piedras, una montaña cargada de picos, de un verde que refrigera aquel tostado paisaje.

toches de la comedia política, artística ó social, oigo decir:

—Es un Tartarin... un Monpavon... un Delobelle.

Entonces siento un estremecimiento, el estremecimiento de orgullo de un padre que oye, confundido entre la multitud, los aplausos que se prodigan á su hijo, y que siente, durante todo el rato, vehementes deseos de gritar:

—¡Eh, que ese es mi hijo!



## HISTORIA DE MIS LIBROS

CARTAS DESDE MI MOLINO

En el camino de Arlés, en las canteras de Fontvielle, pasado el monte de Corde y la abadía de Montmajour, se levanta, hacia el lado de la derecha, más arriba de un gran caserío polvoriento y blanco como un montón de piedras, una montaña cargada de picos, de un verde que refrigera aquel tostado paisaje.



Aspas de molino daban vueltas allá en lo alto; abajo se recuesta una gran casa blanca: la posesión de Montauban, original y vetusta morada que empieza en castillo con la ancha escalinata y su terraza á la italiana con pilastras, y termina en tapias de caserón de campo; con los palos para los pavos reales; la parra encima de la puerta; el pozo, cuyo montante de hierro vése adornado con una especie de guirnalda formada por las ramas de una higuera; los cobertizos, donde se guardan los aperos de labranza; el aprisco para los corderos, delante de un plantío de delgados almendros, que echan florecillas, bien pronto deshojadas al soplo de los vientos de Marzo.

Y esas son las únicas flores que hay en Montauban. Ni prados, ni parterres, ni nada que huela á jardín ó á quinta de recreo ni á posesión cercada; no hay más que macizos de pinos en las peladas rocas; un parque natural y salvaje, con avenidas laberínticas, desiguales y resbaladizas.

En el interior, la misma mezcla disparatada de castillo señorial y de casa de

labor: galerías embaldosadas y frescas, amuebladas con variados y contorneados canapés y sillones á lo Luis XVI, que tan cómodos son para las siestas estivales; anchurosas escaleras; pomposos corredores, por donde se engolfa el viento, que silba por debajo de las puertas de todas las habitaciones y agita las colgaduras, de anchas rayas á la antigua moda. Luego se suben dos escalones, y se encuentra la sala rústica, con el suelo de tierra apisonada, que escarban las gallinas que acuden allí para picotear las migajas del almuerzo; con sus paredes blanqueadas, que sostienen credencias de nogal; la artesa para amasar pan, adornada con tallados hechos de un modo primitivo.

Vivía allí, hace veinte años, una antigua familia provenzal, no menos original y simpática que su vivienda. La madre, burguesa del campo, muy anciana, pero fuerte y buena todavía, bajo sus tocas de viuda, que no se había quitado nunca, manejaba por sí sola aquella posesión considerable de olivos, de granos, de viñas, de moreras; y á su lado,

sus cuatro hijos, cuatro solterones, á quienes designaban por la profesión que cada cual había ejercido ó ejercían todavía: el Alcalde, el Cónsul, el Notario, el Abogado.

Muerto el padre, y casada la única hermana que habían tenido, los cuatro se habían agrupado en torno de la anciana, á quien sacrificaban sus ambiciones y sus gustos, y unidos en el exclusivo amor de aquella á quien llamaban su «querida mamá» con respetuosa y tierna entonación.

¡Buenas gentes! ¡Bendita casa! ¡Cuántas veces, en invierno, he ido á buscaros para desquitarme de aquella vida de París y sus fiebres, y curarme con las saludables emanaciones de vuestras colinas provenzales! Llegaba sin avisar, seguro de ser bien acogido, anunciado por el guirigay de los pavos reales, de los pe-



rros de caza, *Milagro*, *Milagrillo* y *Tambor*, que daban saltos y brincos alrededor del coche, mientras se agitaba la cofia arlequinesca de la criada, que corría á anunciar mi llegada á sus amos, y mientras la *querida mamá* me estrechaba contra su mantón de cuadros grises, como si fuera yo uno de sus hijos.

Cinco minutos de tumulto, y una vez terminados los abrazos y llevada la maleta á mi cuarto, toda la casa volvía á quedar en silencio y en calma. Yo llamaba, silbando, al viejo *Milagro*, un perrito faldero que habían encontrado en el mar, entre los restos de un naufragio, unos pescadores de Faraman, y subía á mi molino.

El tal molino era una ruina; un resto que se derrumbaba, de piedra, de hierro y de tablas viejas que hacía muchos años



que no andaba y que yacía con las aspas rotas, inútil como un poeta, mientras que todo alrededor, á su lado, prosperaba y viraba la molinería con toda la fuerza de sus aspas.

Existen extrañas afinidades entre nosotros y las cosas. Desde el primer día aquel abandonado me era querido; lo quería por su abandono precisamente, por su camino escondido entre las hierbas, por sus hierbajos grises y perfumados, con los cuales hacía el padre Gaucher su elíxir, por su plataforma estéril, donde se estaba muy bien acurrucado para resguardarse del viento, mientras que saltaba un conejo ó mientras una larga culebra, arrastrándose con sorna maliciosa, venía á cazar los insectos que menudeaban entre los escombros. Con sus crujidos de edificio viejo sacudido por la tramontana, el ruido de aparejo de sus aspas rotas: el molino revolvía en mi pobre cabeza, inquieta y aficionada á viajar con el pensamiento, recuerdos de expediciones por mar, paradas en los faros y en apartadas islas, y la temblorosa ola de alrededor completaba la ilusión.

Yo no sé de dónde me ha venido á mí esta afición á lo desierto y á lo bravío que tengo desde la niñez, y que parece sentar tan mal á mi exuberante naturaleza; á menos que no sea á un tiempo mismo la necesidad física de reparar con un ayuno de palabras, con una abstinencia de gestos y de voces, el horrible gasto de todo nuestro ser que hacemos los meridionales. En todo caso, debo mucho á estos espirituales retiros; y ninguno me ha sido más saludable que aquel viejo molino de Provenza. Hasta tuve en un tiempo ganas de comprarlo; y se podría encontrar en casa del notario de Fontvielle una escritura de venta que se quedó en proyecto, pero de la cual me serví para escribir el prólogo de mi libro.

Mi molino no me ha pertenecido nunca. Lo cual no me impedía pasar allí muchos días de ensueños, de recuerdos, hasta la hora en que el sol de invierno bajaba por entre las pequeñas colinas, cuyas quebraduras llenaba como de un metal fundido, como de un chorro de oro muy humeante. Entonces, al llama-

miento de una bocina de marino, la trompa que el Sr. Séguin tocaba para llamar á su cabra, me volvía á casa para comer en la mesa hospitalaria y caprichosa de Montauban, servida según los gustos y rarezas de cada cual: el vino de Constance para el Cónsul, al lado de las *aguas cocidas* ó del plato de castañas blancas que servían de frugal comida á la anciana. Después de tomar el café y de encender las pipas los cuatro hijos, bajaban al pueblo y yo me quedaba haciendo hablar á la buena señora, que era un carácter enérgico y bondadoso, una inteligencia sutil, una memoria llena de historias, que relataba con tanta sencillez como elocuencia: cosas de su niñez, humanidad desaparecida, costumbres que se perdieron; la nota de bermellón sobre las hojas de encina, 1815, la invasión, el inmenso grito de alegría y de satisfacción con que saludaron todas las madres la caída del primer Imperio, los bailes, las hogueras encendidas en las plazas públicas en señal de regocijo, y el elegante oficial cosaco con uniforme verde que le había hecho bailar como

una peonza una noche entera en el puente de Beaucaire. Luego su boda, la muerte de su marido, de su hija mayor, multitud de presentimientos, un golpe brusco en el corazón revelándole desdichas á muchas leguas de distancia, duelos, nacimientos, el traslado de restos queridos cuando cerraron el cementerio viejo. Para mí era aquello como hojear uno de esos antiguos libros de familia de hojas cansadas á fuerza de leídas, donde se inscribía en otro tiempo la historia moral de las familias, mezclada á los detalles vulgares de la existencia ordinaria y corriente, y las cuentas de los buenos años de vino y de aceite al lado de verdaderos milagros de sacrificio y de resignación.

En el fondo de aquella burguesa-medio rústica, encontraba yo un alma muy de mujer, delicada, intuitiva; una gracia maliciosa é ignorante de chiquilla.

Cuando se cansaba de hablar se arrellanaba en su butaca lejos de la luz; la sombra del oscurecer cerraba sus rugosos párpados, invadía aquella cara vieja de grandes líneas, arrugada, llena de ho-

yos y como surcada por la reja del arado y el rastrillo; y silenciosa, inmóvil, habría yo podido creer que dormía, á no ser por el ruidillo que hacían las cuentas de su rosario, que pasaba con sus dedos metidos en el bolsillo. Y entonces me iba á terminar la velada á la cocina.

En torno á la campana de una chimenea gigante, de donde estaba colgada una lámpara de cobre, apiñábase una reunión numerosa delante de un buen fuego hecho con leña de olivo, cuya llama irregular iluminaba las cofias puntiagudas y los refajos amarillos. En el sitio de preferencia, en la piedra del hogar, el pastor acurrucado, con la barba rapada, la piel curtida, con la pipa en la boca, finamente dibujada, apenas hablaba, porque había tomado la costumbre del silencio contemplativo en aquellos largos meses de trashumancia en los Alpes del Delfinado, contemplando las es-



trellas, á las cuales conocía por sus nombres. Entre dos chupadas á su pipa soltaba en un sonoro dialecto sentencias, parábolas á medio terminar y proverbios misteriosos, alguno de los cuales recuerdo:

*La canción de París, la mayor compasión del mundo... Al hombre por la palabra y al buey por el asta... Tarea de mona, mala y poca... Luna pálida ahuyenta el agua... Luna encarnada ahuyenta el aura... Blanca luna buen tiempo anuncia.*

Y todas las noches la misma cantinela, con la cual levantaba la sesión: *Cuanto más á vieja la vieja iba, más aprendía, y por eso no morirse quería.*

Cerca de él el guarda Mitifio, apodado *Pistola*, de ojos burlones, de barbilla blanca, animaba la velada con una por-



ción de cuentos de leyendas, todos los cuales tenían sus ribetes de maliciosa burla muy provenzal.

Algunas veces, entre las risas provocadas por un cuento de *Pistola*, el pastor decía con mucha gravedad: «Si por tener la barba blanca pasara uno por sabio, las cabras tendrían que ser reputadas sabias.»

Allí estaba también el anciano Siblet, el cochero Domingo y un jorobadillo apodado *el Vago*, especie de duende, espía de la aldea, de miradas penetrantes, que atravesaban la oscuridad de la noche y las paredes, con un alma devorada por los odios religiosos y políticos.

Era cosa de oírle cantar é imitar al viejo Juan Coste, un rojo furibundo del 93 que había muerto hacía poco, siempre fiel á sus creencias y principios. El viaje de Juan Coste, veinte leguas á pie para ir á ver guillotinar al cura y á los dos tenientes curas de su pueblo. «Y es que, hijos míos, cuando yo les vi poner las cabezas debajo de la cuchilla—por cierto que no querían ponerlas—¡qué demo-

nio! yo también gocé... *taben aguèrè de plesi...*»

Luego hablaba de Juan Coste, cuando, ya viejo y temblón, apoyando sus huesos en una pared donde diese el sol para calentarse, decía á los muchachos que lo escuchaban: «Jóvenes, ¿habéis leído á Volney?... *Jouven, aués legi Voulney?* ¡Ése demuestra matemáticamente que no hay más Dios que el soll... *Gès dé Diou, doum dé Liou! rèn qué lou souleù!*» Exponía su juicio sobre los hombres de la Revolución: «Marat, buen chico... Saint-Just, buen chico... Danton, también buen chico... pero al final se había echado á perder un poco y había caído en el moderantismo... *dins lou moude-rantismo!*»

Hablaba después de la agonía de Juan Coste, que se incorporaba como un espectro en la cama, y hablaba en francés una vez en su vida para lanzar al rostro del sacerdote que lo asistía una injuria: «Vete de aquí, cuervo... todavía no hay carne muerta...» Y tan terriblemente acentuaba el jorobadillo aquel grito, que las mujeres exclamaban: «¡Ah, Dios

mío!» y los perros despertaban y gruñían sobresaltados, mirando hacia la puerta meneada por el viento de la noche, hasta que una voz femenina, atiplada y fresca, entonaba, para disipar aquella desagradable impresión, alguna copla de Noche Buena: «He visto por los



aires — un angelito, — sonrosado, con alas, — y muy bonito...» ó bien alguna copla alusiva á la llegada de los Reyes Magos á Belén: coplas sencillas para acompañadas por el tamboril, que me parecía estar oyendo ya al ver las imágenes, expresiones, tradiciones locales, reunidas en torno de la ceniza de aquel viejo hogar.

A veces también mi fantasía esparcía-se en cortas expediciones alrededor del molino. Ya era una partida de caza ó de pesca á Camargue hacia el estanque de Vacarès, entre toros y caballos salvajes sueltos y en completa libertad en aquel rincón de las Pampas. Otro día iba á re-

unirme con mis amigos los poetas provenzales, los felibres.

En aquella época, el *felibrisimo* no estaba todavía erigido en institución académica. Estábamos en los primeros días de la *Iglesia*, en los momentos de fervor y buena fe, sin cismas ni rivalidades.

Cinco ó seis buenos amigos, sonrientes como chiquillos, con luengas barbas de apóstoles, se daban cita, unas veces en Maillane, el pueblecillo de Federico Mistral, otras en Arlés, en la plaza del pueblo, en medio del bulle-bulle de vaqueros y pastores que acudían para ofrecerse al servicio de las casas de labor. Íbamos al campo á oír, tendidos sobre la hierba entre los sarcófagos de piedra antiguos, algún hermoso drama de Teodoro Aubanel, mientras que en el aire vibraba el canto de la cigarra, y detrás de nosotros sonaban irónicamente, ocul-



tos por un telón de árboles poco frondosos, los martillazos de los talleres de la Compañía París-Lyon-Mediterráneo.

Después de la lectura dábamos un paseo por la Liza, para ver pasar, con su blanco camisolín y su cofia en forma de casco, á la altiva y coqueta arlesiana, por cuyo amor se suicidó el pobre Jan.

Otras veces nos citábamos en la ciudad de los Baux, polvoriento montón de ruinas, de rocas salvajes, de antiguos palacios blasonados, que se derrumbaban bamboleándose al impulso del viento, como nido de águila allá en las alturas, desde las cuales se descubre, tras llanuras y blancuras, una línea de azul purísimo y resplandeciente, que es el mar. Cenábamos en la posada de Cornille, y toda la noche errábamos cantando versos, á través de estrechas callejuelas, de paredes ruinosas, de restos de escaleras, de chapiteles sin corona, todo iluminado por una claridad fantástica que teñía las hierbas y las piedras como si estuviesen cubiertas por finísima capa de nieve.

—Los poetas, decía maese Cornille,

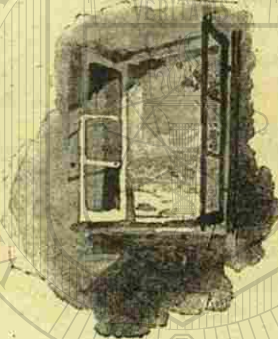
son personas que gustan de contemplar las ruinas á la luz de la luna.

Los felibres se reunían también en los rosales de la isla de la Barthelasse, enfrente de las murallas de Avignon y del palacio papal, testigo de las intrigas, de las aventuras del pequeño Vedène. Luego, después del almuerzo en cualquier ventorro de la marina, subíamos á casa del poeta Anselmo Mathieu, en Châteauneuf-des-Papes, famoso por sus viñas, que durante mucho tiempo fueron las más renombradas de Provenza. ¡Oh! El vino de los Papas, el vino dorado, real, imperial, pontifical, ¡cómo nos lo bebíamos allí cantando versos de Mistral, fragmentos nuevos de sus *Islas de Oro*, ó alguna canción marinera como la de: «Ha llegado un barco de Mallorca—con cargamento de naranjas...» Y verdaderamente podía uno creerse en Mallorca, bajo aquel cielo abrasador, aquellos plantíos de viñas apuntaladas con montecillos de piedras, entre los olivos, los granados y los mirtos.

Por las ventanas abiertas se iban los versos vibrando como abejas que zum-



ban; y uno volaba detrás de ellos días enteros á través de aquella deliciosa tierra de Comtat, correteándola en todas direcciones, haciendo paradas en los pueblos, bajo los plátanos de la Plaza, y distribuyendo desde lo alto del *charabanc*



que nos conducía, entre gritos y gestos, la panacea al pueblo, que se apiñaba por oírnos. Nuestra panacea, el antídoto que llevábamos, eran poesías provenzales, hermosos versos en la lengua de aquellos campesinos, que comprendían y aclamaban las estrofas de *Mireille*, de

la *Venus de Arlés*, de Aubanel, una leyenda de Anselmo Mathieu ó de Roumanille, y que repetían á coro con nosotros la canción al Sol: *Gran sol de la Provenza, —alegre compañero del mistral...* La fiesta terminaba con algún baile improvisado, una farándula bailada por los mozos y las muchachas vestidas en traje de trabajo, y los tapones de las bote-

llas saltaban alrededor de las mesas; y si aparecía por allí alguna vieja beata que criticase nuestras alegres expansiones al aire libre, el hermoso Mistral, altivo como el rey David, decía desde lo alto de su grandeza: «Déjanos en paz, buena mujer, que á los poetas les está permitido todo...» Y luego,

en tono confidencial, guiñando el ojo á la vieja, que entonces se inclinaba respetuosa y deshumorada, añadía: *Es nautré*

*qui fasen lí saume...* «Nosotros somos los que hacemos los salmos religiosos...»

¡Y qué hermoso era, después de esas escapatorias líricas, volver al molino á descansar sobre la hierba de la plataforma, á pensar en el libro que escribiría después con todo esto, un libro en el cual pondría el zumbido que me quedaba en los oídos, de aquellas canciones,



de aquellas francas carcajadas, de esas hechiceras leyendas, y también un reflejo de este sol esplendente, el perfume de estas tostadas colinas, y que firmaría desde mis ruinas de las aspas rotas!

Las primeras *Cartas de mi molino* fueron publicadas por el año 1866, en un periódico de París, en el cual esas crónicas provenzales, firmadas al principio con un doble seudónimo tomado de Balzac, «María-Gastón,» desentonaban por su sabor poco parisiense. Gastón era mi compañero Pablo Arène que, muy joven todavía, acababa de estrenar en el Odeon una piececita en un acto, resplandeciente de ingenio y de color; el cual vivía muy cerca de mí, en el linde del bosque de Meudon. Pero aunque ese brillante escritor no era conocido todavía por su *Juan de los Higos*, ni su *París ingenuo*, ni otras muchas obras delicadas y magníficas, ya tenía suficiente talento y una personalidad demasiado real para contentarse por mucho tiempo con aquel oficio de ayudante de molinero.

Me quedé, pues, solo, para moler mis historietas, á merced del viento, á ca-

pricho del tiempo, en medio de una existencia terriblemente agitada. Hubo intermitencias, paradas, roturas; luego me casé y llevé á mi mujer á Provenza para enseñarle mi molino. Nada había cambiado allí; ni el paisaje ni la acogida. La anciana nos estrechó á los dos cariñosamente contra su mantón de cuadros, y se hizo en aquella mesa de solteros un sitio para la novia. Ella se sentó á un lado en la plataforma del molino donde la tramontana, al ver á aquella muchacha parisién enemiga del sol y del viento, se divertía en arrugarla, en hacerla rodar, en envolverla como un torbellino como á la joven Tarentina de Chenier. Al regreso de aquel viaje, impresionado de nuevo por mi Provenza, empecé en el *Figaro* una nueva serie de *Cartas de mi molino*, *Los viejos*, *La sandalia*, *El elixir del tío Gaucher*, etc., escritas en Champrosay, en aquel estudio de Delacroix, del cual he hablado ya en mis libros *Jack* y *Roberto Helmont*.

El tomo fué publicado por la casa Hetzel en 1869; se vendió trabajosamente una edición de dos mil ejemplares, espe-

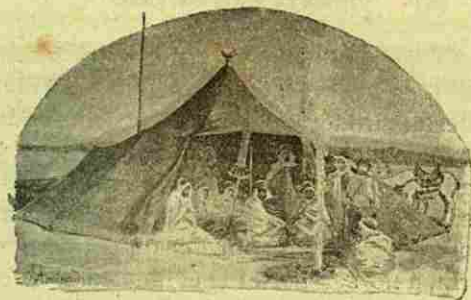
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES  
BIBLIOTECA CENTRAL DE FUNDACIONES  
"ALFONSO REYES"  
CALLE 10 DE MAYO, 1000, BUENOS AIRES

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Cada. 1025 MONTECARMEL, NUEVO LEÓN

rando, lo mismo que las otras obras primeras mías, que la moda de las novelas le proporcionase una buena venta y mayor publicidad. ¡Pero no importa! Así y todo, es ese mi libro preferido, no desde el punto de vista literario, sino porque me recuerda las mejores horas de mi juventud: carcajadas, embriagueces, caras amigas que no volveré á ver.

Hoy Mõntauban está desierto. La querida mamá murió; sus hijos, cada uno por su lado; el vino de Châteauneuf se agotó. Si volviese á ir por allí, no encontraría á nadie. Sólo los pinos, según me dicen, han crecido mucho; y sobre la orla

que forman sus copas, mi molino, con nuevas lonas, semejante á corbeta que navega á toda vela, mueve sus aspas como poeta vuelto á la realidad, como soñador vuelto á la vida.



#### MI PRIMER ESTRENO

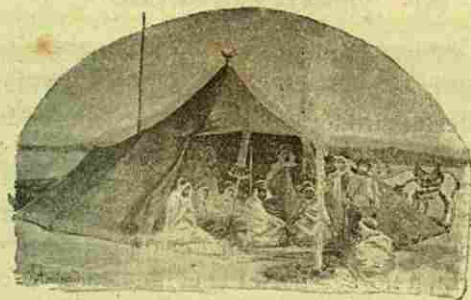
¡Oh! ¡Cuánto tiempo hace de eso! Estaba lejos, muy lejos de París, en plena alegría, en plena luz, al extremo de la Argelia, en el valle del Chelif, un día hermoso de Febrero de 1862.

Una llanura de treinta leguas de extensión, limitada á derecha é izquierda por una doble línea de montañas, transparentes en medio de la bruma color de oro y violetas, como la amatista. Lentiscos, palmeras enanas, torrentes secos, cuyo pedregoso lecho se ve bordeado de adelfas: de tarde en tarde una ca-

rando, lo mismo que las otras obras primeras mías, que la moda de las novelas le proporcionase una buena venta y mayor publicidad. ¡Pero no importa! Así y todo, es ese mi libro preferido, no desde el punto de vista literario, sino porque me recuerda las mejores horas de mi juventud: carcajadas, embriagueces, caras amigas que no volveré á ver.

Hoy Mõntauban está desierto. La querida mamá murió; sus hijos, cada uno por su lado; el vino de Châteauneuf se agotó. Si volviese á ir por allí, no encontraría á nadie. Sólo los pinos, según me dicen, han crecido mucho; y sobre la orla

que forman sus copas, mi molino, con nuevas lonas, semejante á corbeta que navega á toda vela, mueve sus aspas como poeta vuelto á la realidad, como soñador vuelto á la vida.



### MI PRIMER ESTRENO

¡Oh! ¡Cuánto tiempo hace de eso! Estaba lejos, muy lejos de París, en plena alegría, en plena luz, al extremo de la Argelia, en el valle del Chelif, un día hermoso de Febrero de 1862.

Una llanura de treinta leguas de extensión, limitada á derecha é izquierda por una doble línea de montañas, transparentes en medio de la bruma color de oro y violetas, como la amatista. Lentiscos, palmeras enanas, torrentes secos, cuyo pedregoso lecho se ve bordeado de adelfas: de tarde en tarde una ca-

ravana, un rancho, un pueblecillo árabe; allí, en lo alto, alguna ermita encalada, deslumbradora, parecida á enorme dado terminado en media naranja; y aquí y allá, en llanura bañada por un sol abrasador, movedizas manchas sombrías, que son rebaños, y que cualquiera tomaría, á no ser por el azul inmaculado del cielo, por grandes nubés en precipitada marcha.

Habíamos estado cazando toda la mañana; además, como el calor de aquella tarde era terrible, mi amigo el bajá Bualem había plantado la tienda de campaña. Uno de sus lados, levantado y sujeto por cuerdas atadas á unas estacas, formaba una marquesina; todo el horizonte entraba por aquella abertura. Delante de nosotros los caballos, trabados, estaban inmóviles y con la cabeza baja; los lebreles dormían tranquilamente hechos una rosca, tendidos boca abajo en la arena; rodeado de sus pucherillos, nuestro cafetero, preparando el moka sirviéndose de una pequeña hoguera de leña seca, de la que salía una columnilla de humo, y nosotros hacía-

mos cigarrillos sin decir una palabra, Bualem-Ben-Cherifa, sus amigos Si-Slimán, Sidi-Omar, el *agá* de los Atafes y yo, tendidos en los divanes, resguardados por la sombra de la tienda blanca, que parecía tostada por el sol y que lucía, sobrepuestas en la tela, la media luna simbólica y la huella de una mano ensangrentada, adornos obligados de toda morada árabe.

¡Fiesta deliciosa que no debía de haber concluído jamás! ¡Horas de deleite que todavía se destacan, y después de veinticuatro años, luminosas como el primer día, sobre el fondo ceniciento de la vida! Y véase cuán ilógica y perversa es nuestra pobre naturaleza humana: todavía hoy no puedo recordar aquella siesta pasada á la sombra de una tienda de campaña, sin pesar y sin nostalgia, y allí (tengo que confesarlo), allí echaba de menos á París.

¡Sí! Echaba de menos á París, aunque había tenido que abandonarlo precipitadamente porque mi salud se veía muy en peligro á consecuencia de las fatigas de cinco años de noviciado literario;

echaba de menos á París por las cosas queridas que en él dejaba, por sus nieblas y su gas, por sus periódicos, sus libros nuevos, por las discusiones en el café ó por la noche en el vestíbulo de los teatros; por esa deliciosa fiebre de arte y ese perpetuo entusiasmo que sólo veía



yo en aquel momento por sus lados agradables: lo echaba de menos, sobre todo, por la obra que tenía en el teatro—mi primer estreno—y de la cual habían co-

menzado los ensayos en el Odeon el mismo día que salí de París.

Ciertamente que el paisaje que contemplaba era hermoso y de una singularísima poesía; pero de buena gana habría cambiado la Argelia y el Atlas, Bualem y sus amigos, el azul del cielo, lo blanco de los marabuts y lo sonriente de las adelfas por la columnata del Odeon, y el corredorcillo por donde entran los artistas, y el gabinete de Constant el conserje, hombre de mucho

gusto; cuarto lleno de autógrafos de actores y de retratos de actrices en traje de teatro.

¡Claro está! ¡Como que me veía de repente en Argelia, haciendo la vida de



un gran señor de los tiempos heroicos, cuando podía estar pasando triunfante, con el ademán hipócritamente modesto del autor que va á estrenar por primera vez, por aquellos corredores que tantas veces había recorrido tembloroso y tímido! ¡Estaba entregado á la sociedad de personajes árabes, muy pintoresca

sin duda alguna, pero de conversación insuficiente, cuando el apuntador, los maquinistas, y el director, y el gerente, y toda la innumerable tribu de cómicas demasiado pintadas y de cómicos de rasurada barba, se ocupaban en mi obral. Respiraba el aroma penetrante y fresco de los bosques de naranjos agitados por la brisa, cuando sólo dependía de mí el deleitarme con ese olor á mohó y rosa encerrada largo tiempo, tan extrañamente agradable, que exhalan las paredes de los teatros! ¿Y el acto de leer la obra á los actores, la botella y el vaso de agua, el manuscrito iluminado por la luz del quinqué? ¿Y los ensayos, primero en el salón, delante de la chimenea, después en el escenario, el escenario con sus profundidades insondables, misterioso, atestado de trastos y delante de una sala desocupada, sonora como una cueva y que da frío al verla, con su gigantesca araña enfundada y sus palcos, y sus plateas, y sus butacas tapadas con fundas de tela gris? Luego vendría la noche del estreno, la fachada del teatro vertiendo sobre la plaza el alegre res-

plandor de su iluminación de gas, los carruajes que llegan, la muchedumbre que se aglomera delante del despacho de billetes, la impaciente espera en un café de enfrente, solo con un buen amigo, y la emoción profunda que siente el corazón, como si fuera un golpe dado en un timbre, cuando las siluetas, vestidas de frac, muy animadas, destacándose en los espejos del *foyer*, anuncian que cae el telón y que acaba de ser proclamado el nombre del autor entre aplausos ó gritos.

—Vamos, dice entonces el amigo, valor; ahora debemos enterarnos de lo que ha sucedido, dar las gracias á los actores, estrechar la mano de los compañeros que esperan impacientes en el saloncillo del café de Tabourey...

Ahí tenéis mi ensueño de toda aquella siesta á la sombra de una tienda de campaña, en medio del calor sofocante de un hermoso mes de invierno africano, mientras allá, á lo lejos, entre los rayos oblicuos de sol, un pozo—que ahora mismo era blanco—va volviéndose color de rosa, y mientras no se oía más ruido, en medio del profundo silencio de la llanu-

ra, que el retintín de una campanilla y las melancólicas voces de los pastores.

Mi sueño no era turbado por nada. Mis compañeros sabían, entre los cuatro hasta unas veinte palabras de francés; yo apenas podía decir dos palabras en árabe. El amigo que me había acompañado y que me servía ordinariamente de intérprete (un español tratante en granos, á quien conocí en Milianah), no estaba con nosotros, porque se había empeñado en seguir cazando; de modo que fumábamos nuestros cigarrillos en silencio y bebíamos sorbos de negro café moro en microscópicas tacitas colocadas en una especie de huevera de plata filigranada.

De pronto un gran estrépito: los perros ladran, los criados corren, un spahi larguirucho con albornoz colorado pára su caballo en firme á la puerta de la tienda:

—¿Sidi Daudi?

Era un telegrama de París que me seguía la pista de aduar en aduar desde que salimos de Milianah. Decía estas palabras: «Obra representada hoy, gran éxito. Rousseil y Tisserant admirables.»

Leí y releí aquel querido telegrama veinte veces, cien veces, como se hace con una carta amorosa. ¡Figuráos que era mi primer estreno!...

Viendo que mis manos temblaban de



emoción y que en mis ojos se retrataba la felicidad, los árabes me sonreían y hablaban entre sí. El más sabio de ellos llamó en su auxilio á toda la ciencia para decirme:

—¿Francia... noticias... familia?...

¡Cal no: no eran noticias de mi fa-



milia lo que hacía latir mi corazón tan deliciosamente!

Y no pudiendo habituarme á la idea de que no tenía á nadie á quien hacer participe de mi gozo, se me metió en la cabeza explicar con las cuatro palabras de árabe que yo sabía y las veinte palabras de francés que suponía que sabían ellos, lo que es un teatro y la importancia de una primera representación en París, al jefe de los Atafes, á Sidi-Omar, á Si-Sliman, á Bualem Ben-Cherifa. ¡Trabajo arduo, como se supondrá! Buscaba comparaciones, multiplicaba los gestos, blandía el papel azul del telegrama y decía:

¡Karagueuz! ¡Karagueuz! ¡Como si la enternecedora obra en un acto hecha para conmover los corazones y arrancar lágrimas de virtud, hubiera tenido relación alguna con las horribles contorsiones en que se complace el monstruoso polichinela turco; como si se pudiera, sin blasfemar, comparar el clásico Odeon con las clandestinas guaridas de la alta ciudad mora, en las cuales todas las noches, á pesar de las prohibiciones de la

policía, acuden los buenos musulmanes á deleitarse con el espectáculo de las lúbricas proezas de su héroe favorito!



Esos son los espejismos del África. En París me esperaba la desilusión. Porque regresé á París; regresé en seguida y antes de lo que la prudencia y los médi-

cos deseaban. Pero ¿qué me importaban la niebla y la nieve que iba á buscar? ¿Qué me importaba el tibio cielo azul que dejaba detrás?

Embarqué, desembarqué, pasé por Marsella como un rayo. Y ya me tenéis en un vagón tiritando con embriaguez. Llegué á París por la tarde, á eso de las seis, y ya era de noche. No comí. ¡Co- chero, al Odeon! ¡Oh juventud!

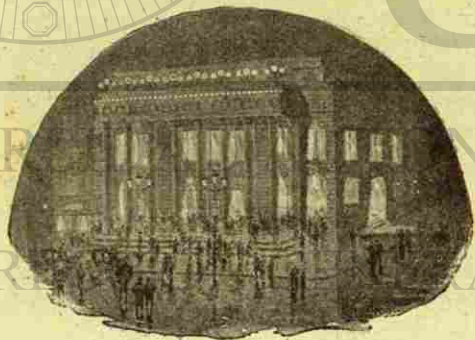
Iban á levantar el telón cuando me instalé en mi butaca. La sala presentaba un aspecto extraño; estábamos en vísperas de Carnaval; había baile de máscaras toda la noche en Bullier, y muchos estudiantes y *estudiantas* habían ido á pasar dos horas en el teatro, en traje de baile. Había trajes de fantasía, de locura, polichinelas, pierrots y *pierrotas*. —Difícil, muy difícil, decía yo para mis adentros, ha de ser hacer llorar á polichinelas.

Sin embargo, lloraron; lloraron tanto, que las lentejuelas de sus jorobas donde daba la luz, parecían otras tantas lágrimas brillantes. Tenía á mi derecha una *locura* que de emoción hacía sonar á

cada instante los cascabeles de su birrete; y á mi izquierda una *pierrette*, muchacha fresca y gorda, de corazón sensible, tan enternecida, que daba risa verla con dos lagrimones que salían de sus ojazos y corrían, abriendo surcos, por la harina que llevaba en la cara.

Decididamente el telegrama no me había engañado: mi obra en un acto tenía un éxito enorme. ¡Y yo, el autor, hubiera, sin embargo, querido verme á cien pies debajo de tierra! La pieza que aquellas buenas gentes aplaudían, á mí me parecía infame, odiosa. ¡Oh miseria! ¿Acaso era lo que había soñado, aquel hombre gordo?... Por supuesto que era yo injusto. Tisserant, Rousseil, ambos artistas de gran mérito, trabajaban todo lo bien que se puede trabajar, y su talento había contribuido grandemente á mi éxito. Pero la desilusión era demasiado fuerte; la diferencia demasiado grande entre lo que yo había creído escribir y lo que ahora aparecía con todas sus máculas visibles, puestas de manifiesto sin piedad, á la luz de la batería, y yo sufría realmente.

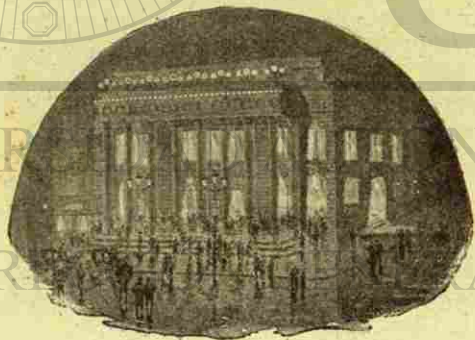
A pesar de la emoción, á pesar de los bravos, sentíame presa de un indecible sentimiento de vergüenza y de turbación. Bocanadas de calor, ardientes sonrojos, me subían á las mejillas. Parecía-me que todo aquel público de Carnaval me estaba embromando y debía conocerme. Sudando, sufriendo, loco, enmendaba los gestos y los ademanes á los actores. Hubiera querido hacerles andar más de prisa, hablar más de prisa, suprimir escenas para que mi suplicio terminase antes. ¡Qué satisfacción cuando cayó el telón y me escapé arrimado á las paredes, con el cuello del abrigo alzado, huyendo como un ladrón!



## ENRIQUE ROCHEFORT

En 1839 conocí á un buen muchacho, empleadillo en las oficinas del Ayuntamiento. Se llamaba Enrique Rochefort; pero este nombre entonces no decía nada. Rochefort hacía una vida modesta y muy arreglada, habitando con sus padres en la antigua calle de Deux-Boules, cerca de su oficina, en aquel bullicioso barrio de San Dionisio, invadido

A pesar de la emoción, á pesar de los bravos, sentíame presa de un indecible sentimiento de vergüenza y de turbación. Bocanadas de calor, ardientes sonrojos, me subían á las mejillas. Parecía-me que todo aquel público de Carnaval me estaba embromando y debía conocerme. Sudando, sufriendo, loco, enmendaba los gestos y los ademanes á los actores. Hubiera querido hacerles andar más de prisa, hablar más de prisa, suprimir escenas para que mi suplicio terminase antes. ¡Qué satisfacción cuando cayó el telón y me escapé arrimado á las paredes, con el cuello del abrigo alzado, huyendo como un ladrón!



## ENRIQUE ROCHEFORT

En 1839 conocí á un buen muchacho, empleadillo en las oficinas del Ayuntamiento. Se llamaba Enrique Rochefort; pero este nombre entonces no decía nada. Rochefort hacía una vida modesta y muy arreglada, habitando con sus padres en la antigua calle de Deux-Boules, cerca de su oficina, en aquel bullicioso barrio de San Dionisio, invadido

por el comercio y el artículo de París; con sus casas llenas de tiendas, cubiertas de arriba abajo de muestras y de letreros, de planchas con inscripciones colgadas en las puertas: *Plumas y flores, Joyas falsas, Perlas de imitación*; talleres en todos los pisos; un ruido continuo de trabajo, que desciende de las ventanas á la calle; camiones que se cargan; paquetes que se atan; dependientes que corren con la pluma detrás de la oreja; una obrera que pasa, con una anguarina; y, de trecho en trecho, algún magnífico hotel, transformado en almacenes ó depósito, cuyos blasones y esculturas llevan la imaginación á los tiempos pasados, y hacen pensar en lacayos enriquecidos, en financieros adinerados: en el conde de Horn, en el Regente, en Law, en Mississipi, en Système; en la época, en fin, en que por aquellas calles, hoy mercantiles y burguesas, subían y bajaban en una hora las más inverosímiles fortunas, al flujo y reflujo de la fiebre y del oro, que salía con impasibilidad de la marea, de esa estrecha hedionda hendidura, muy próxima, que se llama todavía la calle de Quincampoix.

Mi amigo Rochefort se parecía un poco á su calle, y despreciaba su pasado. Se sabía que era noble, hijo de un conde; pero él parecía ignorarlo, y se dejaba llamar Rochefort á secas. Aquella sencillez *yankee* no dejaba de impresionarme á mí, que hacía poco tiempo que había llegado de nuestras vanidosas provincias legitimistas del Mediodía.

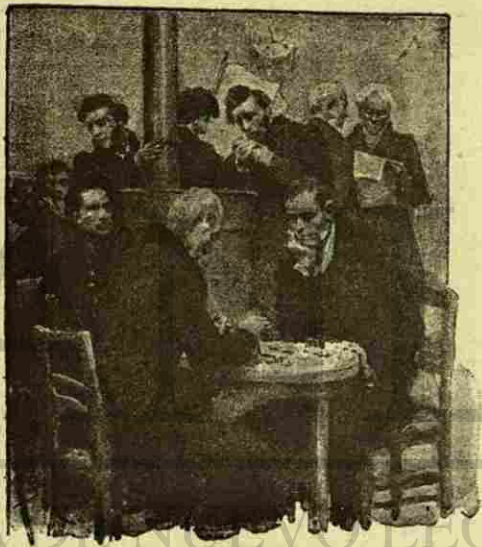
El Sr. de Rochefort, padre, pertenecía á aquella generación de jóvenes de 1830, cuyo porvenir y cuya carrera destruyó la revolución de Julio: generación particularmente amable y de ingenio, que conservaba algo así como un perfume del antiguo régimen en la atmósfera del reinado de Luis Felipe, enfurruñada con la realeza menor, sin estarlo, sin embargo, con Francia, partidaria de la rama mayor, pero que comprendía perfectamente que era imposible toda restauración, y, por lo tanto, que no había para qué echar sobre su realismo escéptico y desinteresado la menor sombra de fanatismo. Mientras unos se divertían en bombardear las Tullerías con tapones de botellas de Champagne, ó protestaban con-

tra la sencillez de las costumbres burguesas, bajando con estrépito, entre los gritos de las máscaras y el ruido de los cascabeles, por la legendaria Courtille, otros, menos salvajes ó más pobres, procuraban crearse, por medio del trabajo, los recursos que ya no podían esperar de los favores de la realeza.

Eso hizo el Sr. de Lauzanne, á quien veíamos por allí siempre sonriente y de buen humor, siempre saludable y fuerte, á pesar de su avanzada edad, siempre noble, á pesar de su oficio de zarzuelero y del apodo de tío Lauzanne que le había puesto la familiaridad cariñosa de sus cofrades; eso debió hacer el padre de Rochefort, muy metido, allá en sus tiempos, con la bulliciosa juventud legitimista, y amigo particular del ex guardia de Corps *Choca*.

Cuando llegaron los malos tiempos, el padre de Rochefort, lo mismo que Lauzanne, recordó el camino del teatro, tan frecuentado por él en persecución de aventuras, y volvió; pero entonces fué para vivir de él. Todo aficionado lleva dentro de sí á un autor, y es fácil reco-

rrer la distancia que separa al que aplaude obras y al que intenta escribirlas. El señor de Rochefort-Luçay, pues, escribió para el teatro, y se hizo zarzuelero.



Estos pormenores no huelgan, porque pueden servir para darnos idea de lo que fué la infancia de Rochefort. Infancia curiosa, característica, muy pari-

siense; que transcurrió entre el Instituto de segunda enseñanza y esa sociedad de la gente de teatro, más patriarcal de lo que se cree; esos cafés de autores y actores, adonde su padre le llevaba los domingos, y en los cuales se oyen, en vez de los brindis de orgía y de crápula con que sueñan los provincianos, el ruidillo seco de los dados, ó las fichas meneadas sobre el mármol de la mesa, por los jugadores de *jacquet* ó de dominó.

Rocheftort, pues, fué uno de esos colegiales, hijo de artista ó literato, cuyo tipo hemos conocido todos, iniciado desde la infancia en los secretos de bastidores, que llaman á los actores célebres por su nombre de pila, que están al corriente de las obras nuevas, que regalan á hurtadillas billetes de favor á su pasante para adquirir así el privilegio de lucubrar impunemente en el fondo de su pupitre, entre un lagarto prisionero y una pipa, un montón de obras dramáticas ó de otras obras que se dan los domingos, con el kepis echado á un lado y el corazón latiendo de un modo capaz de hacer saltar los botones de la levita de unifor-

mé, ó los buzones de los periódicos, que nunca están abiertos, ó á los burlones porteros de los teatros.

El porvenir de esos colegiales se conoce anticipadamente: á los veinte años ingresan en una administración cualquiera, en un Ministerio, ó en las oficinas municipales, y continúan haciendo literatura subterránea en el fondo del pupitre de empleado, como lo hacía en el del pupitre de colegial, ocultándose de sus jefes como se ocultaban de sus profesores. Rocheftort no escapó á la regla general. Después de haber tanteado la alta literatura, y de haber mandado infructuosamente á todos los concursos poéticos de Francia no sé cuántos sonetos y cuántas odas, cuando yo le conocí, empleaba la pluma y el papel del Ayuntamiento de París en escribir pequeñas revistas teatrales para el *Charivari*, que por entonces renovaba su redacción, y procuraba inyectarse una sangre más juvenil.

Aunque no podía yo adivinar lo que llegaría á ser Rocheftort, su fisonomía me interesó desde luego. Evidentemente

UNIVERSIDAD DE BURGOS  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO DE ROS"®  
Año. 1988 MONTEPELO, ESPAÑA

no era la de un cualquiera, para acomodarse mucho tiempo á la vida de empleado, arreglada por el ir y venir de las horas de oficina, como lo está el tic-tac desesperante de un reloj de cuco. Ya conocéis esa extraña cabeza, que era entonces, lo mismo que ha sido después; esos cabellos que parecen las llamaredas que se desprenden de una ponchera, sobre una frente demasiado espaciosa, á un mismo tiempo caja de jaquecas y depósito de entusiasmo; esos ojos, negros y brillantes, que relucen en la oscuridad; esa nariz, seca y recta; esa boca, de amarga expresión; en fin, toda esa cara, alargada por una perilla cortada en punta, que hace pensar en un D. Quijote escéptico, ó en un Mefistófeles que fuera de carácter dulce. Era muy delgado; usaba un demonio de frac negro, demasiado estrecho, y tenía la costumbre de llevar siempre las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Costumbre deplorable que le hacía parecer más delgado aún de lo que era, porque abultaba terriblemente las angulosidades de los codos y los extremos de los hombros.

Era generoso y buen compañero, capaz de los mayores sacrificios; y bajo cierta apariencia fría, nervioso y fácilmente irascible. Un día tuvo, á consecuencia de no sé qué artículo, un lance de honor con el director del periódico *Le Gaulois*. El *Gaulois* de entonces (porque el título de un periódico en Francia tiene más encarnaciones que Buda, y pasa por más manos que la prometida del rey de Garbe); el *Gaulois* de entonces era una de esas efímeras hojas de col como otras tantas que crecen entre los adoquines en las cercanías de los cafés de teatro y de las cervecerías donde se reúnen los escritores y artistas.

Su director, hombrecillo bajo, alegre, de ingenio, colorado y regordete, se llamaba Delvaille, si no recuerdo mal, y firmaba Delbrecht, sin duda porque le parecía más bonito ese apellido. Delvaille ó Delbrecht, como queráis, había provocado á Rochefort. Rochefort quería que el duelo fuese á pistola, no porque fuese tirador notable, sino porque alguna vez en las ferias había ganado algunos almendrados haciendo blan-



cos; por lo que toca á la espada, no recordaba haberla visto jamás, ni de cerca ni de lejos. Delvaille, en su cualidad de ofendido, tenía la elección de armas, y escogió la espada.

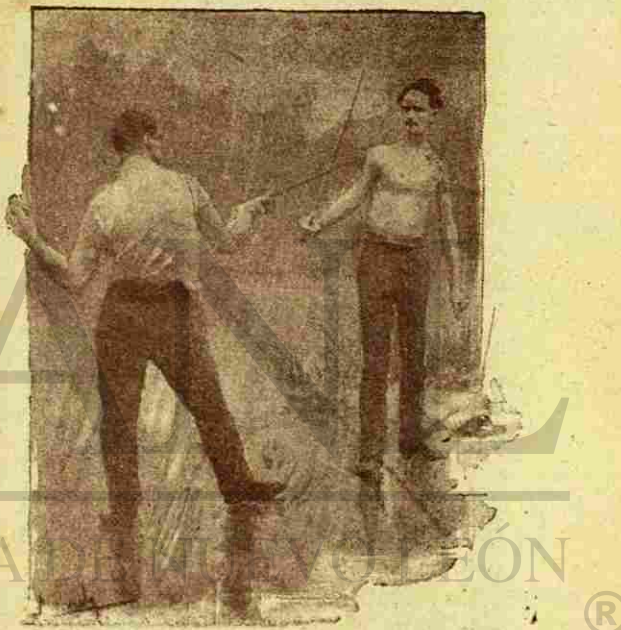
—Bueno, dijo Rochefort, me batiré á espada.

Se ensayó el duelo en casa de Pedro Veron. Rochefort se resignaba á que lo mataran, pero no podía consentir ponerse en ridículo. Veron llamó á su casa á un pobre diablo, sargento mayor de zuavos, inutilizado en Solferino, y muy experto en saludos, ademanes y otros buenos modales de moda en las salas de armas y en los cuartos de banderas:

—«Después de usted... No por cierto... Por ser obediente... Empiece usted, caballero.»

Al cabo de diez minutos de esgrima, Rochefort podía brillar por su graciosa actitud con el más bigotudo Ramée. Los dos paladines tuvieron el encuentro al otro día, entre París y Versalles, en ese delicioso bosque de Chaville, que tanto conocemos por ir allí los domingos á entretener el tiempo menos belicosamente.

Caía aquella mañana una lluvia menuda y fría, que hacía burbujillas en el estanque y velaba con ligera neblina el



círculo verde formado por las colinas, la pendiente de un sembrado y los rojizos desprendimientos de un arenal. Los

combatientes se quitaron la camisa, á pesar de la lluvia; y, á no haber sido por la gravedad de las circunstancias, cualquiera se hubiese echado á reir, al ver frente á frente aquel hombrecillo regordete y blanco, en camiseta de franela de rayas azules, poniéndose en guardia correctísimamente como en una sala de armas, y á Rochefort, larguirucho, seco, amarillo, amojamado y tan lleno de huesos, que era cosa de dudar si en todo su cuerpo habría sitio donde clavarle la espada.

Desgraciadamente había olvidado durante la noche todas las lecciones del sargento mayor; cogía la espada como si fuese un cirio, y atacaba como un toro, quedándose siempre descubierto. Al primer asalto recibió una estocada, que resbaló por la cadera. ¡La espada le había tocado, pero muy poco! Aquel fué su primer lance.

No asombraré á nadie si digo que ya en aquella época Rochefort tenía ingenio; pero era una especie de ingenio hacia adentro, de esencia particular, que consistía, sobre todo, en palabras cor-

tantes, largo tiempo rumiadas, en asociaciones de ideas asombrosas por lo imprevistas, en burlas monumentales, en bromas frías y feroces, en fin, que dejaba escapar por entre sus dientes siempre apretados, con la voz de Cham y con la silenciosa sonrisa de Bas-de-Cuir. Desgraciadamente aquel talento permanecía helado y era inútil. Todo aquello era bueno para dicho entre cuatro amigos y reir un poco; pero escribirlo, imprimirlo, emprender á través de la literatura tan atrevidas cabriolas, era cosa que parecía imposible de hacer. Rochefort no se conocía; como sucede siempre, una casualidad, un accidente imprevisto vino á que se revelara á sí mismo. Tenía por amigo, por compañero inseparable, un fantoche bastante singular, cuyo nombre provocará de seguro la sonrisa en aquellas personas de mi edad que recuerden haberlo conocido. Le llamaban León Rossignol. Verdadero tipo de padre septuagenario, puede decirse que había nacido viejo. Largo y amarillo, parecía una lagartija escurriéndose en una cueva; á los dieciocho años tomaba rapé con ver-

dadero frenesí, tosía, escupía y se apoyaba con ademán digno en los bastones de su papá. Amasado con elementos difíciles de conciliar, ó bien porque hubiese en él algo de loco, aquel pobre muchacho—que por lo demás era un buen chico—tenía ¡cosa asombrosa! un miedo horrible á los golpes y un amor desenfrenado á las querellas. Insolente y coarde como Panurgo, era hombre capaz de provocar sin motivo á un carabinero que pasara por la calle, pero dispuesto, si el carabinero tomaba la cosa por donde quemaba, á hincarse de rodillas y pedir perdón con tales exageraciones de humildad, que verdaderamente no se sabía si enfadarse ó si echarse á reír. En una palabra, era un niño grande, endeble y enfermizo, á quien Rochefort quería precisamente por su carácter burlón y por sus picardías, al cual salvó en más de una ocasión de las graves consecuencias que hubieran podido tener para sus costillas algunas bromas demasiado atrevidas. Rossignol estaba empleado, lo mismo que Rochefort, en las oficinas del Ayuntamiento. Allí se hallaba colgado,

en el último piso, debajo de las guardi-llas, en un despacho perdido al final de un laberinto de escaleras estrechas y de corredores, y allí, encargado del material, distribuía con la mayor gravedad, y con arreglo á los pedidos que se le hacían, papel, plumas, lápices, raspadores, gomas, hilo para coser expedientes, baldique para atarlos, tintas azules, tintas encarnadas, arenilla, calendarios, y qué sé yo cuántas más cosas inútiles, de que les gusta rodearse á los desocupados plumíferos de la Administración, y que son como las flores de la burocracia. Rossignol, naturalmente, tenía sus ambiciones literarias también. Poner su nombre al pie de cualquier cosa impresa era su sueño dorado, y nos divertíamos Pedro Veron, Rochefort y yo en garrapatear-le articulejos y en improvisarle versos: versos que él llevaba en seguida, y lleno de orgullo, al *Tintamarre*. ¡Singulares efectos de la irresponsabilidad! Rochefort resultaba cohibido por la imitación y por las convenciones cuando escribía para firmarlo él, y era originalísimo, tenía un estilo muy personal, cuando fir-

maba lo que escribía con el nombre de Rossignol. Entonces era libre, no se sentía cohibido por la mirada de la Academia, que él creía que le seguía sobre el papel, censurando las contorsiones poco académicas de su pensamiento y de su estilo, y daba gusto ver esparcirse aquel talento, frío, muy nervioso, admirable de audacia y de familiaridad, con una manera propia y muy personal de sentir las cosas de la vida parisiense, y de aprovecharlas para toda clase de trabajos satíricos, combinados con gran paciencia y mala intención, dichos con la seriedad de un clown entre dos muecas, y sin hacer más que guiñar el ojo cuando terminaba el párrafo.

—Pero esto es muy bonito, nuevo, original, se te parece: ¿por qué no has de escribir así cuando escribes por tu cuenta?

—Tal vez tenéis razón; preciso será que procure hacerlo.

La aptitud de Rochefort estaba descubierta; no faltaba más que cultivarla.

Se ha dicho que todo aquello era copia de Arnal, ó que Rochefort no ha-

bía hecho más que trasladar á los párrafos de sus artículos los diálogos de Duvert y de Lauzanne.

No negamos la influencia de estos autores. Evidentemente algunos puntos de



vista, algunas formas de dicción, corte, procedimientos, giros—convertidos en fórmula—dados á la frase y al pensamiento, que durante las interminables partidas de dominó del boulevard del Temple habían impresionado su cerebro de colegial, le fueron útiles des-

pués. Pero esas son imitaciones inconscientes, á las cuales no escapa nadie. No está prohibido en literatura recoger un arma enmohecida; lo importante es saber afilarla y afirmar la empuñadura cuando se va á esgrimir.

Rochefort hizo sus primeras armas en el *Nain Jaune*, dirigido por Aureliano Scholl. ¿Quién no conoce á Scholl? A poco que hayáis frecuentado, durante estos últimos treinta años, los boulevares parisienses ó sus anexos, habréis visto seguramente, ora delante del pabellón de Tortoni, ora bajo los tilos de Baden ó las palmeras de Monte-Carlo, aquella fisonomía eminentemente parisiense y del boulevard. Por el acento siempre alegre, el tono claro, lo brillante y cortado del estilo, Scholl—en medio de París, invadido por el *patois* de los oradores del Parlamento y el estúpido galimatías de los *reporters*—ha sido uno de los últimos, y hasta podría decirse el último de los pequeños periodistas. El pequeño periodista es un periodista que se cree obligado á ser al mismo tiempo un escritor; el gran periodista prescinde de esto.

Como otros muchos en estos últimos tiempos de turbulencia, Scholl, poco á poco, sin hacerlo á mal hacer, se ha ido metiendo en las contiendas políticas. Ahora está en lo más rudo de la batalla, y da gusto ver á ese nieto de Rivarol convertido en republicano, dirigiendo contra los enemigos de la República las flechas de oro frotadas con un poco de veneno en la punta, sacadas del arsenal reaccionario de las *Actos de los Apóstoles*. Pero en la época del *Nain Jaune* la política dormía, y ni Scholl ni Rochefort tampoco pensaban en la República. Contentábase con ser uno de los más amables escépticos y uno de los más ingeniosos burlones de París. Muy amigo de *pintarla*, como buen bordelés, opinaba—lo cual en aquellos tiempos de santa bohemia no dejaba de tener cierto humillo de paradoja—opinaba que el literato se halla en el deber de pagar al zapatero, y que se puede tener talento é ingenio con guantes nuevos y camisa limpia.

Consecuente con sus principios, usaba todo lo que llevaban los elegantes, hasta el monóculo incrustado en el ojo, que to-

davía usa ahora; almorzaba en Bignon y daba á los parisienses el espectáculo, verdaderamente nuevo, de un simple cronista que compartía diariamente los huevos al plato y la chuleta, con el duque de Grammont-Caderousse, que era el rey de los gomosos de aquel tiempo. El *Nain Jaune* fué el único competidor serio con que tropezara Villemessant. Admirablemente servido por sus muchas relaciones, Scholl había logrado en pocos meses que su periódico fuera el órgano oficial de la alta sociedad y de los Casinos, el árbitro de las elegancias parisienses; pero al cabo de un año se cansó porque servía para mejores cosas; era demasiado escritor, demasiado periodista para seguir siendo empresario.

En el *Nain Jaune* los éxitos de Rochefort fueron rápidos; en el *Figaro*, que se apresuró á llevárselo á su redacción, fueron más ruidosos todavía. Los parisienses, que tienen siempre ciertas aficiones de fronda y que desde hace tiempo han perdido la costumbre de la independencia, se complacían leyendo esos folletos, en los cuales se hablaba de tú

en voz alta con tono burlón, á todo género de cosas oficiales y solemnes, de las cuales los más osados apenas si se atrevían á burlarse en voz baja.

Rochefort se lanzó; tuvo lances de honor, más afortunados que el del estanque de Chaville; jugó fuerte, vivió á lo grande, llenó á París con el estruendo de su nombre y siguió siendo, á pesar de todo, á pesar de la embriaguez del triunfo de una noche ó de una hora, el Rochefort que yo había conocido en el Ayuntamiento, siempre servicial y bondadoso, siempre modesto, siempre ocupándose del artículo que había de publicar, temeroso de no tener ya qué decir, de haber agotado la vena y de no poder seguir escribiendo.

Villemessant, despótico con todos sus redactores, tenía por ése una especie de temerosa admiración. La verdad es que el tal Rochefort era hombre de extrañas terquedades y de singulares caprichos. Ya he relatado en otro sitio el efecto de su artículo sobre el teatro del señor de Saint-Remy, y la manera familiar, propia de un pilluelo, de ajustarle las cuentas

á aquel pobre volumen presidencial y ducal que todos los Dangeau, todos los Julio Lecomte de la crónica, adornaban con sus *bombos*.

París se asombró ante aquella audacia. Morny, impresionado, apeloó contra ella. Con candidez de autor maltratado y extraña en un hombre de talento, envió sus obras dramáticas á Jouvin, contando con que Jouvin tendría mejor gusto que Rochefort y publicaría en el *Figaro* un artículo ded esagravios.

Jouvin aceptó el libro, pero no escribió el artículo, y el pobre Duque tuvo que conservar en el estómago la amargura que le había hecho tragar la prosa de Rochefort. Entonces ocurrió una cosa extravagante, inverosímil á primera vista, y muy humana sin embargo. Morny, aquel Morny adulado, poderoso, se enamoró súbitamente del hombre que no había temido burlarse de él, y le tomó un cariño... rencoroso. Habría querido verlo, conocerlo, tener explicaciones con él en un rincón como si fuesen dos amigos queridos. Esforzábanse sus cortesanos en demostrar que Rochefort no tenía ni

talento ni estilo, y que su juicio no era de peso. Los aduladores (un semiemperador los tiene siempre) recorrían las calles coleccionando zarzuelillas, pecadillos cometidos por Rochefort cuando jovenzuelo; las analizaban y sostenían con mil argumentos de fuerza, que las obras del señor de Saint-Remy valían mucho más. Atribuyeron á Rochefort crímenes imaginarios. Un Prudhomme fanático llegó un día corriendo, con la lengua fuera, rojo de indignación, con los ojos saltándosele de sus órbitas:—¿Sabéis que Rochefort, el famoso Rochefort que se las echa de tan rígido, ha sido ¡se acaba de descubrir! ha sido colegial con beca gratuita del Imperio?—¡Ahí es nada! Se necesitaba tener el alma muy negra para, habiendo sido becario del Imperio á los ocho años de edad, encontrar malas á los treinta las obras teatrales del señor Duque! ¡Un paso más y le piden cuenta á Rochefort de las opiniones políticas de su nodriza! Vanos esfuerzos, revelaciones inútiles. Morny, parecido á los amantes desdeñados, se empeñaba cada vez más en que Rochefort lo quisiera. El ca-

pricho se convertía en manía, en obsesión; obsesión tanto mayor cuanto que Rochefort ponía cierta cómica coquetería en no querer conocer al Duque. Paréceme estar viendo todavía la noche del estreno de *La bella Elena*, á Morny deteniendo á Villemessant en un pasillo:

—¡Lo que es esta vez me va usted á presentar á Rochefort!

—¡Señor Duque!... ¡Sí, señor Duque!... Hablando de ello estábamos hace un momento.

Y Villemessant echaba á correr en busca de Rochefort; pero Rochefort había desaparecido.

Entonces surgió la idea de inventar una combinación, de maquinar una especie de complot para que se encontraran el Duque y Rochefort. Sabíase que éste era gran aficionado á antigüedades (¿no era el autor de los *Pequeños misterios del Hotel de Ventas*?) é inteligente aficionado á cuadros.

El Duque poseía una galería muy curiosa. Llevarían á Rochefort á que visitara la galería; el Duque estaría allí como por casualidad, y se haría la pre-

sentación. Se fijó el día; un amigo se encarga de llevar á Rochefort; el Duque espera en la galería; espera una hora, dos horas á solas con sus Rembrandt y sus Hobbema, y tampoco aquella vez acudió el deseado monstruo.

Mientras vivió el Duque (sin duda efecto de pura casualidad, porque no creo que aquella amistad, tan poco correspondida, llegara hasta proteger al ingrato folletinista contra los rayos de la justicia); mientras el Duque vivió, Rochefort fué muy poco molestado. Pero en cuanto desapareció Morny, comenzaron las persecuciones.

Rochefort, aguijoneado, aumentó su insolencia y su audacia. Las multas menudearon como granizo, y tras las multas vino la prisión. Pronto tomó la previa censura cartas en el asunto. La censura, con su palacio para catar principios, opinó que todo lo que escribía Rochefort tenía sabor político. La vida del *Figaro* se vió amenazada y Rochefort tuvo que salir de la redacción. Entonces fundó *La Lanterne*, desenmascaró sus baterías é izó bandera de corsario, y en-



tonces también fué Villemessant, Villemessant el conservador, el Villemessant de los revenques y látigos, quien fletó aquel brulote, aquel buque incendiario.

La censura y Villemessant prestaron en aquellas circunstancias un servicio especial á los principios conservadores y al Imperio.

Sabida es la historia de *La Linterna*, su éxito extraordinario; aquel papelillo color de fuego estaba en manos de todo el mundo; las aceras, los coches de punto, los vagones, todos llevaban faroles rojos; el Gobierno estaba loco; entonces vino el escándalo, el proceso, la supresión, y—resultado previsto é inevitable—Rocheftort fué diputado por París.

Hasta en ese cargo siguió Rocheftort siendo el mismo; llevó á los escaños de la Cámara y á la tribuna la familiaridad insultante de sus escritos, y hasta el momento final se resistió á tratar al Imperio como á serio enemigo.

¿No recordáis aquel escándalo? Un orador ministerial, hablando alto con el desdén que un hombre de Parlamento puede sentir hacia un simple periodista,

había pronunciado la palabra *ridículo*, aludiendo á él. Pálido, con los dientes apretados, Rocheftort se levanta de su



asiento, y abofeteando al orador por encima de la cabeza de los asistentes: «Yo habré podido ser ridículo alguna vez; pero nadie me ha visto nunca por ahí en

traje de sacamuelas, con un águila en el hombro y un pedazo de tocino en el sombrero.»

Schneider presidía aquella sesión. No se me olvidará el espanto que se retrató en su cara mofletuda. Y figurándome en aquel mismo sitio la fina cabeza y la cara con bigotes, irónica y fría del duque de Morny, me dije: «Qué lástima que no esté allí: al fin hubiera satisfecho su capricho de conocer á Rochefort.»

Luego no he vuelto á ver á Rochefort más que dos veces: la primera en el entierro de Víctor Noir, conducido en un carruaje, desvanecido, rendido por una lucha de dos horas sostenida al lado de Delescluze, contra una turba enloquecida de doscientos mil hombres desarmados, que con niños y mujeres querían á la fuerza llevar el cadáver otra vez á París, donde los esperaban á cañonazos, es decir, ir á que los asesinasen. Luego otra vez, durante la guerra, en el toletole de la batalla de Buzenval, entre el ruido producido por los batallones, el sordo estruendo de los cañonazos de los

fuertes, el rodar de los carros de las ambulancias, en medio de la fiebre, del humo, de los Obispos á caballo, que parecían máscaras, de los animosos burgueses que iban á que les matasen, llenos de confianza en los planes del general Trochu, en medio de lo heroico, en medio de lo grotesco, en medio de ese drama inolvidable, amasado como los de Shakespeare, con lo sublime y lo cómico, que se llama el sitio de París... En el camino del monte Valerien; frío, barro, árboles deshojados, temblando tristemente bajo un cielo nebuloso. Mi amigo pasaba en carruaje, como siempre pálido y verdoso como siempre, como en aquellos remotos tiempos en que estaba en las oficinas municipales, metido en una levita demasiado estrecha y abrochada hasta el cuello.

Le grité: «¡Adiós, Rochefort!» Y no le he vuelto á ver más (1).

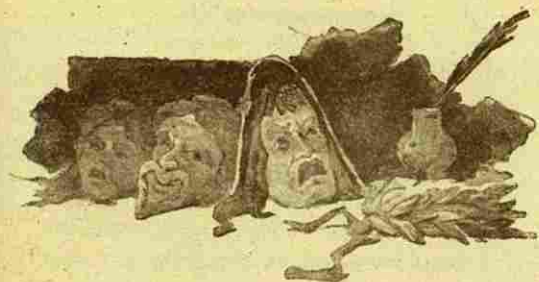
(1) Este retrato de Rochefort fué publicado en Rusia en el *Nouvel Temps*, año 1879.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE



ENRIQUE MONNIER

Me veo en aquella guardilla que habitaba cuando joven, en invierno, con la escarcha en los cristales de la ventana y una chimenea á la prusiana, sin lumbre. Sentado delante de una mesita de madera blanca, trabajo, escribo versos, con las piernas envueltas en una manta de viaje.

Llaman. «¡Adelante!» Y en el hueco de la puerta surge una aparición bastante fantástica. Figuráos una barriga, un cuello de camisa, una cara de burgués, cara

coloradota y afeitada, nariz romana, y gafas en ella. El personaje me saluda ceremoniosamente, y dice:—«Soy Enrique Monnier.»

¡Enrique Monnier, una gloria entonces! A un mismo tiempo actor, escritor, dibujante: la gente lo señalaba al pasar por la calle, y el señor de Balzac, el gran observador, lo estimaba mucho por sus aptitudes de observación; observación singular, preciso es decirlo, y que no se parece á la observación de todo el mundo. Muchos escritores, en efecto, han adquirido rentas y fama burlándose de los defectos ó de las debilidades ajenas. Monnier, en cambio, no ha ido muy lejos para buscar su modelo: se ha puesto delante del espejo, se ha oído pensar y hablar, y encontrándose enormemente ridículo, ha concebido esa cruel encarnación, esa prodigiosa sátira del burgués francés que se llama Prudhomme.

Porque Monnier es José Prudhomme, y José Prudhomme es Monnier. Todo les es común, desde los botines blancos hasta la corbata de treinta y seis vueltas alrededor del cuello. El mismo aire de

pavo real hinchado, el mismo aire de risible solemnidad, la misma mirada dominadora y redonda sostenida en el círculo de oro de sus gafas, los mismos extravagantes apotegmas pronunciados con voz hueca: «¡Si pudiera yo salir de mi pellejo siquiera una ó dos horas, dijo Fantasio á su amigo Spark, si pudiera yo ser ese señor que pasa!» Monnier, que no tenía más que muy lejano parecido con Fantasio, no ha querido ser jamás el señor que pasa; poseyendo en mayor grado que nadie la singular facultad de desdoblarse, salta de su pellejo algunas veces para divertirse consigo mismo y para reirse de su propia facha; pero pronto se reintegraba á su querida piel, á la preciosa envoltura, y aquel implacable ironista, aquel cruel burlón, aquel Atila de la estupidez burguesa, se volvía á encontrar en la vida privada el burgués más cándidamente astuto del mundo.

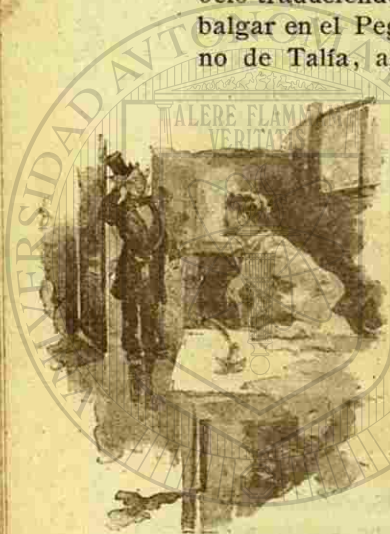
Entre otras preocupaciones, dignas verdaderamente de José Prudhomme, Enrique Monnier estaba poseído de una idea fija, común, por lo demás, á todos los magistrados de provincias que hacían

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CALLE 3625 MONTERREY, NUEVO LEÓN

coplas por afición, y á todos los coroneles retirados que matan sus ratos de ocio traduciendo á Horacio: querían cabalgar en el Pegaso, calzarse el coturno de Talía, agacharse, aun á riesgo de que se le rompieran los tirantes, para recoger en la palma de la mano un poco del agua purísima de Hipocrene; soñaba con las palmas verdes de la Academia con triunfos académicos; con obras suyas, representadas en el Teatro Francés. Ya— ¿no lo recuerda nadie?— ya había estrenado en el Odeon una obra en tres actos y en verso:

Inada menos! como dicen los carteles: *Pintores y burgueses*, con la colaboración de un joven, viajante de comercio si no estoy equivocado, y muy experto en el arte de hacer versos.

No está mal estrenar en el Odeon; pero ¡en el Francés! ¡la casa de Molière!



Y durante veinte años, Enrique Monnier anduvo rondando la ilustre casa; anduvo del café de la Regencia al café de Minerva, frecuentando todos los sitios que frecuentaban los socios del Teatro Francés, siempre digna y correctamente vestido, afeitado á diario, como un noble antiguo, y con el aspecto satisfecho de sí mismo de un personaje de comedia.

El bueno del hombre había leído mis versos; contaba conmigo para que le ayudase á realizar su sueño; y para proponerme que trabajásemos juntos, se había echado al cuerpo los numerosísimos y empinados escalones de mi cuartucho de la calle de Tournon. Ya supondréis que aquello me halagó, y que acepté la oferta con alegría.

Al día siguiente fui á su casa. Vivía en la calle de Ventadour, en una casa anti-



gua, de apariencia muy burguesa, en un pisito de aspecto muy característico, que delataba á un tiempo mismo al autor económico, minucioso y arreglado, y al solterón. Todo allí brillaba de limpio, así los muebles como los cristales. Delante de cada asiento, alfombrillas redondas con un ribete de paño colorado, cuidadosamente cortado á picos. Cuatro escupidores, uno en cada rincón. Encima de la chimenea había dos tazas, en cada una de las cuales veíase un poco de tabaco muy seco. Monnier tomaba rapé, pero no ofrecía á los amigos.

La habitación, á primera vista, me produjo una impresión de avaricia. ¡He sabido después que aquellas apariencias parsimoniosas escondían en el fondo una vida muy dura! Monnier no tenía fortuna: sólo alguna que otra vez, una representación, un articulejo, la venta de algún dibujo, aumentaban—no mucho por cierto—sus flacas rentas. Había adquirido poco á poco la costumbre de comer fuera de casa. Le invitaban con frecuencia y de buen grado. Él pagaba su escote contando, ó, mejor dicho, representando

á los postres historietas que hacían reír. Unas veces era un diálogo escandaloso, con imitación de las dos voces; otras se trataba de su personaje favorito, el señor Prudhomme, paseando su abdomen y su imperturbable solemnidad á través de las más escabrosas aventuras.

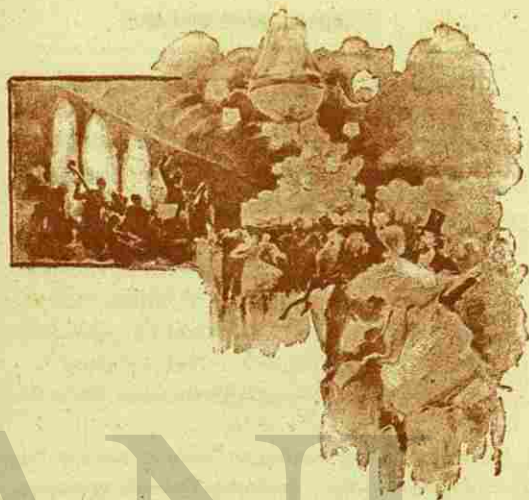
Todo esto lo contaba sin reírse nunca, porque el burgués que había dentro de Enrique Monnier se sublevaba secretamente contra aquel papel de bufón. Y luego tenía exigencias despóticas: un sueñecito de un cuarto de hora, después de la comida, fuese donde fuese; y envidias, rabietas, arrebatos de loro viejo cuando le quitan su hueso, si por casualidad llegaba cualquiera que le quitase la palabra en la mesa y quisiera eclipsarlo.

En un tiempo quisieron sacarle una pensión: para él hubiera sido una fortuna; pero en esas circunstancias, sus alegrías después de comer perjudicaron al pobre hombre. Malassis había publicado un resumen de aquellas alegrías en Bélgica; pasó un ejemplar la frontera, el pudor ministerial se declaró ofendido

con algunos cuentos, y voló la prometida pensión.

Tal es el hombre doble—*homo duplex*— que me hacía el honor de querer asociar su literatura á la mía. Fantaseador como yo era á los veinte años, me habría podido entender tal vez con el bufón; pero, desgraciadamente, era el burgués Prudhomme, y sólo el burgués Prudhomme, quien pretendía colaborar conmigo, y después de algunas entrevistas, no volví por su casa.

Sin duda, Enrique Monnier no me echó de menos, y de mi primer sueño de gloria no me queda más que el recuerdo de aquel viejecillo cómico, en su casita limpia y pobre, fumando poquito á poco algunas pequeñas pipadas, y sentado en el sillón de cuero, donde lo encontraron muerto una mañana, hace cosa de quince años.



## CÓMO ACABÓ UN BORRACHÍN

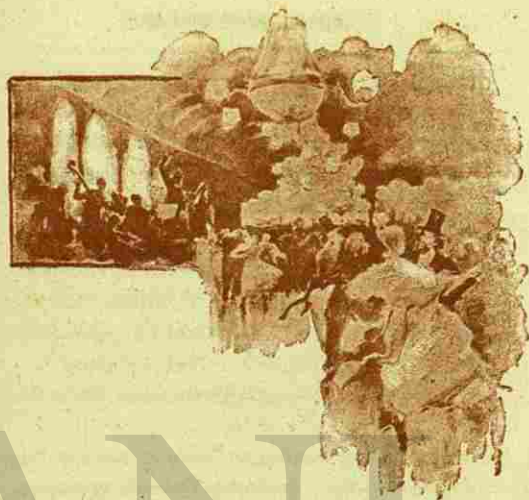
Y LA BOHEMIA DE MURGER

Tendría yo dieciocho años cuando conocí á un personaje bastante singular, que ahora, á distancia, se me aparece como la viviente encarnación de un mundo aparte, de lenguaje especial, de costumbres extrañas, mundo que hoy ha desaparecido y casi está olvidado; pero

con algunos cuentos, y voló la prometida pensión.

Tal es el hombre doble—*homo duplex*— que me hacía el honor de querer asociar su literatura á la mía. Fantaseador como yo era á los veinte años, me habría podido entender tal vez con el bufón; pero, desgraciadamente, era el burgués Prudhomme, y sólo el burgués Prudhomme, quien pretendía colaborar conmigo, y después de algunas entrevistas, no volví por su casa.

Sin duda, Enrique Monnier no me echó de menos, y de mi primer sueño de gloria no me queda más que el recuerdo de aquel viejecillo cómico, en su casita limpia y pobre, fumando poquito á poco algunas pequeñas pipadas, y sentado en el sillón de cuero, donde lo encontraron muerto una mañana, hace cosa de quince años.



## CÓMO ACABÓ UN BORRACHÍN

Y LA BOHEMIA DE MURGER

Tendría yo dieciocho años cuando conocí á un personaje bastante singular, que ahora, á distancia, se me aparece como la viviente encarnación de un mundo aparte, de lenguaje especial, de costumbres extrañas, mundo que hoy ha desaparecido y casi está olvidado; pero



que tuvo grande importancia durante algún tiempo en el París del Imperio. Me refiero á esa partida gitana, soldados irregulares del arte, sublevados de la filosofía y de las letras, fantaseadores de todas las fantasías, que acampaba frente al Louvre y al Instituto, y á la cual partida Enrique Murger, embelleciendo y poetizando un poco su recuerdo, ha celebrado con el nombre de «Bohemia.»

Designaremos al personaje con el nombre de Desroches. Le había yo conocido en un baile del barrio Latino, con unos amigos, cierta noche de verano. Volví muy tarde á casa—mi cuartito de la calle de Tournon—y dormía como un lirón al día siguiente por la mañana, cuando se presentó á los pies de mi cama un caballero, de frac negro, frac estrecho y de ese negro raro que sólo solían procurarse los polizontes y los enterradores.

—Vengo de parte del Sr. Desroches.

—¿El Sr. Desroches? ¿Qué Sr. Desroches? dije yo frotándome los ojos, porque mis recuerdos aquella mañana se obstinaban en despertar mucho más tarde que mi persona.

—El Sr. Desroches, del *Figaro*; han pasado ustedes la noche juntos; está en la prevención y reclama á usted como fiador.

—El Sr. Desroches... ¡ah, sí!... perfectamente. Bueno, pues si me reclama como fiador... ¡que lo suelten!

—Usted perdone, pero hay que pagar una peseta y cincuenta céntimos.

—¡Seis reales!... ¿Por qué?

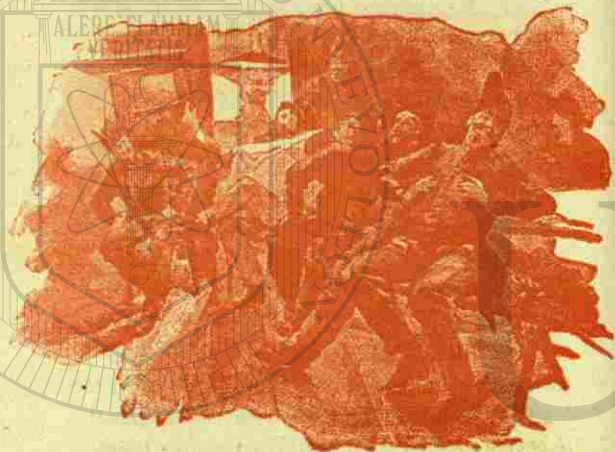
—Es la costumbre.

Di los treinta *perros*. El del frac negro se marchó y yo me quedé sentado en la cama, medio dormido y sin darme bien cuenta de las aventuras extrañas á consecuencia de las cuales me encontraba yo obligado—nuevo hermano de la Merced—á rescatar, mediante una peseta y cincuenta céntimos, á un redactor del *Figaro*, no de las garras de los turcos, sino de las de la policía.

Mis reflexiones no duraron mucho. Cinco minutos después, Desroches, libertado de sus cadenas, se presentaba, sonriendo, en mi cuarto:

—Mil perdones, querido colega; de todo ello tienen la culpa *Las uvas mos-*

cateles... sí, *Las uvas moscateles*, mi primer artículo publicado ayer por el *Figaro*. ¡Malditas uvas moscateles! Ya comprenderá usted que al cobrar... como era el primer dinero que cobraba... se



me subió á la cabeza... Cuando nos separamos de usted correteamos todo el barrio... al fin... se turban mis recuerdos... pero tengo la sensación vaga de un puntapié recibido en cierta parte... Luego me encontré, sin saber cómo, en la prelación... ¡una noche deliciosa! Primero

me metieron en un sótano... un agujero negro que huele mal...; pero hice reír á los señores agentes... y tuvieron la bondad de llevarme con ellos al cuerpo de guardia... charlamos... jugamos á las



cartas... me hicieron que les leyera *Las uvas moscateles*... ¡qué éxito!... ¡Qué buen gusto tienen los guardias municipales!...

¡Juzgad de mi asombro y del efecto producido en mi cándida y provinciana juventud por la revelación de esas extravagantes costumbres literarias! Y el colega que de tal suerte me contaba sus aventuras, era un hombrecillo rechon-

cho, cepillado, afeitado, que demostraba modales muy corteses, y cuyos botines blancos y levita de corte burgués hacían el más perfecto contraste con los endiablados gestos y las muecas de su cara de borrachín. Me asombraba y me asustaba; y como evidentemente lo conocía él, se complacía en exagerar, en obsequio mío, el cinismo de sus paradojas.

—Me es usted simpático, me dijo al despedirse; vaya usted á verme el domingo que viene por la tarde... Vivo en un rinconcillo delicioso, cerca del castillo de las Nieblas, en los terreros, por la parte que mira á Saint-Ouen, ya sabrá usted, la viña de Gerardo de Nerval... Lo presentaré á usted á mi mujer, que vale la pena... Precisamente acabo de recibir un barril de vino bueno; bebémos en tazas, como hacen los comerciantes ricos en Bercy, y dormiremos en la cueva... Además, un amigo mío, un dominico exclaustroado, irá á leerme un drama en cinco actos. Lo oirá usted; asunto magnífico; allí se viola á todo el mundo. Está convenido. La viña de Gerardo de Nerval; no olvide usted las señas.

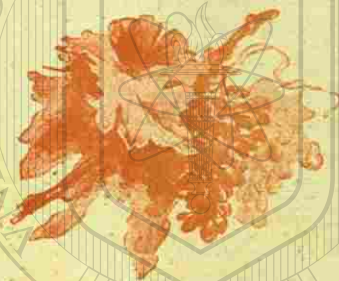
Todo lo que me había prometido Desroches se verificó. Bebimos vino de lo lindo, y por la noche el supuesto dominico nos leyó el drama. Dominico ó no, era un bretón alto, buen mozo, soberbio, de anchos hombros, cortados para vestir el hábito, con algo de predicador en la redondez de la voz, en el ademán y en el gesto. Luego ha sabido hacerse un nombre en la literatura.

Su drama no me asombró. Pero hay que advertir que después de pasar una tarde en la viña de Gerardo de Nerval, en lo que Desroches llamaba su casa, no es fácil asombrarse por nada.

Antes de subir á los terreros quise yo volver á leer las páginas exquisitas que Gerard, el amante de *Silvia*, consagra en sus *Paseos y recuerdos* á la descripción de aquella pendiente septentrional de Montmartre, pedazo de campo encerrado en París, y por lo mismo más precioso y querido.

«Quédannos unos cuantos ribazos cerrados por espesos vallados verdes, decorados por los espinos, con sus florecillas color de violeta... Hay en ellos moli-

nos, ventorrillos y tabernas, elíseos campestres y callejuelas silenciosas... Hay hasta una viña, la última del célebre puro de Montmartre, que competía en tiempo de los romanos con el vino de Argenteuil y de Suresnes. Todos los años ese humilde ribazo pierde una fila de sus



cepas, que van á parar á lo hondo de una cantera. Hace diez años lo hubiera podido adquirir al precio de diez mil francos... y hubiera hecho en la viña un edificio muy ligero, un hotelito imitando los edificios de Pompeya, con

una cisterna y una *cella*...»

En el lugar de aquel ensueño griego de un poeta, era donde vivía mi amigo Desroches. Allí—¡oh espantosa antítesis!—á la luz de la luna, bajo un cenador cubierto de saúcos en flor, donde se oía el ruido producido por el vuelo de las abejas, me presentó á un monstruo andrógino en traje de carretero: blusa azul, calzones de pana, gorra con rayas

encarnadas echada á la oreja, y el látigo metido en la correa de la cintura.

—¡El Sr. Alfonso Daudet... La señora de Desroches!



Porque aquel monstruo era realmente su mujer, su legítima esposa, siempre vestida en aquel traje que le agradaba, y que en verdad sentaba á las mil maravillas á su cara y á su voz. Fumaba, escupía, juraba, tenía todos los vicios del

hombre, dirigía su casa á latigazos, empezando por su marido, que estaba completamente domado, y siguiendo por dos chicas flacuchas... ¡sus hijas! de aspecto extraño y hombruno, cuyos trece y quince años, maduros prematuramente, y ya en sazón, prometían que se parecerían á su señora madre cuando tuviesen los cuarenta que ésta contaba. Verdaderamente valía la pena de conocer aquella casa...

Desroches era, sin embargo, hijo de un rico comerciante de París, fabricante de joyas si no me equivoco. Su padre le había echado varias veces su maldición y le pasaba un reducido sueldo. No escasean en Francia ejemplos de esos locos de atar, especie de azotes de Dios que se presentan de pronto en las familias para turbar la tranquilidad del hogar y para hacer circular más que de prisa las monedas de oro ahorradas durante mucho tiempo; en una palabra, para castigar á la burguesía en su propio egoísmo.

He conocido más de un pato de esos, encubados por gallinas, que apenas ha

podido comer solo, se ha marchado á la laguna. La laguna, el pantano mejor dicho, en la literatura, son las letras, la profesión abierta á todo el mundo sin títulos ni diplomas.

Desroches, al salir del colegio, se había metido en el arte, en todas las artes. Había empezado por la pintura, y el paso por los estudios de aquel cínico muchacho, frío, regular, abrochado, que conservaba aún, en medio de las más desenfrenadas francachelas y calaveradas, el sello indeleble, la marca de fábrica del burgués, fué desde entonces legendario. La pintura no quiso de él, y entonces Desroches la emprendió con la literatura. Acababa de escribir *Las uvas moscateles*—tal vez inspirado por su viña—¡cien líneas en artículo! En vano procuró después hacer otro; jamás volvió á estar en vena, y llegó á los cuarenta años, y sus obras completas se compusieron de *Las uvas moscateles*.

La conversación, las salidas de tono del amigo Desroches me divertían; pero su casa no me gustaba. No volveré nunca á Montmartre, pero sí pasaba el río

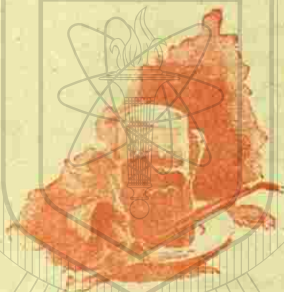
algunas noches para ir á verlo al café de la calle de los Mártires.

El cafetín de los Mártires, tan tranquilo ahora, en el cual juegan á las damas los tenderos de la calle, representaba entonces una potencia en literatura. El cafetín daba diplomas; se era célebre

por el cafetín, y en medio del gran silencio del Imperio, París volvía la cabeza al ruido que metían allí todas las noches ochenta ó cien muchachos, mientras fumaban sus pipas y bebían sus jarros de cerveza. Se les llamaba

bohemitos y no se enfadaban. El *Figaro*, el de entonces, periódico no político que se publicaba una vez por semana, era casi siempre el que les servía de tribuna.

Había que ver el cafetín—y decimos el cafetín á secas, como los romanos decían la ciudad cuando hablaban de Roma—había que ver el cafetín á eso de las once de la noche, ensordecido por la batahola



de todas aquellas voces y envuelto en el humo de todas aquellas pipas.

¡Murger peroraba en la mesa del centro! Murger, el Homero de aquel mundo descubierto por él, y el cual ha sido sonrosado y poetizado por la fantasía.



Condecorado y ya célebre, cuando publicaba sus novelas en la *Revista de Ambos Mundos*, no dejaba de asistir al cafetín para refrescarse, como él decía, y también para recibir los homenajes de aquellos buenos muchachos que él había descrito. Me lo enseñaron: una cabeza aplastada y triste, los ojos enrojecidos,

la barba rala, indicios de la mediana sangre parisiense.

Vivía en Marlotte, cerca del bosque de Fontainebleau; siempre con la escopeta al hombro, haciendo como que iba de caza, pero en rigor corriendo en busca de la salud, más que en busca de las perdices y los conejos.

Su residencia en el pueblo había llevado allí toda una colonia parisiense, hombres y mujeres, flores de betún y de café que producían un efecto singular debajo de las vetustas encinas de Fontainebleau; Marlotte se resiente todavía de aquellas visitas.

Diez años después de la muerte de Murger—que murió, como es sabido, en el hospital Dubois—estuve allí con unos amigos en casa de la tía Antony, una taberna célebre. Un hombre del campo, viejo, bebía allí á nuestro lado; un campesino como los de Balzac, negro y curtido. Una vieja harapienta fué á buscarlo, con la cabeza cubierta con un pañuelo encarnado. Le llamó tragón, borracho; él quiso hacer que se la llevaran presa.

—Su mujer de usted no tiene el genio suave, dijo uno cuando la vieja se hubo marchado.

—No es mi mujer, es mi querida, contestó el campesino.

¡Pero había que oír el tono con que lo dijo! Evidentemente aquel viejo conocía á Murger y á sus amigos, y hacía la vida de bohemio á su manera.

Pero volvamos al cafetín. A medida que mis ojos iban acostumbrándose al picorcillo del humo, veía ir yo saliendo por la derecha y por la izquierda, en la densa niebla que nos rodeaba, una porción de cabezas famosas.

Cada hombre tenía su mesa, que venía á ser el núcleo, el centro de toda una legión de admiradores.

Pedro Dupont, viejo de cuarenta y cinco años, grueso y encorvado, con sus hermosos ojos de buey de labor, apenas visible bajo sus pesados párpados, trataba, con los codos apoyados en la mesa, de cantar alguna de aquellas canciones políticas ó rústicas de hermoso ritmo y palpitantes de los bellísimos ensueños del 48, en las cuales resonaban los mil

ruidos de los oficios de la Cruz Roja, embalsamados por los mil perfumes de los valles lioneses. Ya no tenía voz; destruída por el alcohol, parecía un ronquido.

«¡Necesitas el campo, pobre Pedro!» le decía Gustavo Mathieu, el autor de *Los*



*Buenos Vinos, de El Gallo galo y de Las Golondrinas.*

De buena cepa de burgués auvernés, éste había navegado en su juventud y conservaba de sus viajes una gran afición á los aires puros y á los vastos horizontes. Los encontraba alrededor de su casita de Bois-le-Roi, y no asistía al cafetín más que para pasar por él, encorvado, sonriente, con aspecto de Enrique IV, y en todo tiempo con un ramito de flores del campo en el ojal.

Dupont ha muerto en Lyon, en aquella

negra ciudad industrial bastante pobremente.

Sano y seco como un sarmiento, le ha



sobrevivido mucho tiempo Mathieu. Hace muy pocos años que, después de una corta enfermedad, sus amigos le condujeron al cementerio de Bois-le-Roi; cementerio separado por una simple valla



de los campos, verdadero cementerio de poeta, donde se descansa sobre las rosas y á la sombra de las encinas.

El primer día que vi á Gustavo Mathieu, un muchachote alto, colorado, flaco, con aspecto marcial que envidiaría un capitán, estaba á su lado, imitando la voz, copiando sus gestos, Fernando Desnoyers, un original que escribió *Brazo Negro*, pantomima en verso. Al otro lado de la mesa discutía uno con Dupont; era Reyer, nervioso, rabioso, que tomaba notas de los aires improvisados por el poeta; Reyer, el futuro autor de *La estatua*, de *Sigurd* y de otras obras bellísimas.

¡Cuántos recuerdos evoca en mí el nombre sólo del cafetín! ¡Cuántas fisonomías vi allí por primera vez envueltas por el humo y al reflejo de los vasos de cerveza!

Citemos algunos al azar, entre los muchísimos que han desaparecido y entre los pocos que sobreviven. Ahí tenéis á Monselet, prosista delicado, buen poeta; sonriente, gordinflón, con el pelo rizado, el señor de Cupidon parece un galan-

teador abate del antiguo régimen; sin querer se busca sobre sus hombros la esclavinilla corta, flotando al aire como un par de alas.

Champfleury, por entonces jefe de escuela, padre del realismo, el cual confundía en el mismo furioso amor la música de Wagner, las porcelanas antiguas y la pantomima.

Al fin las porcelanas pudieron más: Champfleury ha visto colmados sus deseos, porque es hoy conservador del Museo cerámico de Sèvres.

Allí estaba Castagnary, con chaleco de grandes solapas, á lo Robespierre, cortado del terciopelo de un sillón viejo. Primer pasante en casa de un procurador, se había escapado del bufete para venir á recitar los *Castigos*, de Víctor Hugo, con todo el sabor de fruta prohibida. Lo rodean, lo aclaman, pero se va en busca de Courbet; necesita á Courbet; necesita hablar con Courbet sobre su *Filosofía del arte en el Salón de 1857*. Sin renunciar al arte y sin dejar de escribir con elegante estilo páginas notables sobre nuestros Salones anuales, aquel mu-

chacho simpático, siempre con su burlesca sonrisa en los labios, medio ocultos por sus bigotes caídos, se ha ido metiendo poco á poco en la política. Concejal, luego director del *Siècle*, hoy consejero de Estado, ya no recita versos, ni lleva chalecos de terciopelo grana.

Allí estaba Carlos Baudelaire, un gran poeta atormentado en el arte por la necesidad de lo inexplorado, y en filosofía por el terror de lo desconocido. Víctor Hugo ha dicho de él que ha inventado un estremecimiento nuevo. Y, en efecto, ha hecho hablar como él al alma de las cosas; nadie ha traído de más lejos esas flores del mal, resplandecientes y extrañas como flores tropicales que crecen hinchadas de veneno en las misteriosas profundidades del alma humana. Pacienzudo y delicado artista, muy preocupado de la frase y del vocablo, Baudelaire, por una cruel ironía de la suerte, ha muerto afásico, conservando toda su inteligencia, como lo expresaba dolorosamente las quejas de sus negros ojos, pero sin encontrar ya para traducir sus pensamientos, sino el mismo juramento

confuso, repetido mecánicamente. Correcto y frío, de ingenio que cortaba como el acero inglés, de una cortesía paradójica, en el cafetín asombraba á sus compañeros bebiendo licores ingleses en compañía de Constantino Guys, el dibujante, ó del editor Malassis.

Aquel era un editor como no los hay; hombre de talento y literato, gastaba á lo príncipe una bonita fortuna, editando las obras de gentes que le agradaban. También ha muerto; murió sonriendo, casi sin dinero, pero sin quejarse. Y me siento emocionado siempre que me acuerdo de aquella cabeza trapacera y pálida, alargada por las dos puntas de una barba roja que le daba aspecto de Mefistófeles del tiempo de los Valois.

Alfonso Duchesne y Delvau se me aparecen también en un rincón del cafetín. ¡Otros dos! ¡Destino extraño en esa generación agostada en flor, en la cual nadie pasa de los cuarenta años! Delvau, parisiense, enamorado de París, lo admiraba por sus flores, amaba hasta sus defectos; cuyos libritos, muy cuidados y llenos de hechos pequeños y de observa-

ciones pintorescas, han llegado á ser el regalo de las gentes de buen gusto y la alegría de los bibliófilos. Alfonso Duchesne, famoso entonces por su gran disputa con Francisco Sarcey, el cual, enarbolando el pabellón de los Arreglados enfrente de la bandera de los Bohemios, acababa de hacer sus primeras armas en literatura, publicando un artículo de batalla, titulado *Los melancólicos de café*.

En el cafetín era donde Alfonso Duchesne y Delvau escribían sus *Cartas de Junius*, las cuales eran llevadas á la redacción del *Figaro* todas las semanas por un emisario misterioso, y que traían vuelto el juicio á todo París. Villemessant ya no juraba más que por aquel *Junius* misterioso. Evidentemente era un personaje. Todo lo indicaba así: el corte de las cartas, el tono burlón y caballeresco, cierto perfume de nobleza y de barrio aristocrático. Así es que hubo verdadero furor cuando cayó la máscara y cuando se supo que aquellas páginas aristocráticas estaban escritas á vuela pluma por dos bohemios llenos de nece-

sidad en la mesa de una taberna. ¡Pobre Delvau! ¡Pobre Duchesne! Villemessant no les perdonó nunca.

Prescindo de muchos, porque se necesitaría todo un libro para ir describiendo el cafetín mesa por mesa.

Allí había también la mesa de los pensadores: esos no dicen nada, no escriben; piensan. Se les admira, se dice de ellos que son profundos como pozos, y el hecho es que bien podía creerse que lo eran, al verlos tragar jarro tras jarro de cerveza.

Cráneos desnudos, barbas en cascada, olor á tabaco fuerte, á sopa de coles y á filosofía.

Más allá blusas, boinas, gritos de animales, cargas, palabras de doble sentido: son artistas, escultores, pintores. En medio de ellos una cabeza fina y suave, Alejandro Leclerc, algunos de cuyos admirables frescos, que cubrían las paredes del ventorrillo del Molino de Piedra, en Chatillon, destruyeron los prusianos.

A ése se le encontró un día ahorcado; se había ahorcado él mismo en medio de las tumbas, en el patio alto del cementerio del Père-Lachaise, en el sitio mismo

desde el cual Balzac enseña á Rastignac la inmensidad de París. En mis recuerdos del cafetín de los Bohemios, Alejandro Leclerc aparece siempre ri-



sueño y cantando canciones de Picardía; y aquellos aires de su país natal, aquellas coplas rústicas esparcían en torno de la mesa donde él se sentaba, por aquella atmósfera saturada de taba-

co, no sé qué penetrante poesía de los trigos y de los llanos.

Se me olvidaba hablar de las mujeres, porque también había allí mujeres, anti-



guas modelos de pintor, hermosas hembras, un poco ajadas.

Cabezas singulares y nombres extraños, apodos que huelen á malos sitios, partículas pretenciosas. Titina de Barancy y Luisa Navajazo. Tipos irregulares, extrañamente afinados, que habían pasado de mano en mano, y que de cada

uno de sus amantes habían conservado cierto tinte de erudición artística.

Ellas tenían opiniones sobre todas las cosas, y se declaraban según el amante del día, realistas ó románticas, católicas ó ateas. Aquello era conmovedor y ridículo al mismo tiempo.

Muy pocas nuevas, jovencillas á quienes había admitido en su seno el terrible arcópagó; la mayor parte de ellas envejecidas en aquella vida, habían conquistado por rigurosa antigüedad cierta autoridad indiscutible. Luego había las viudas, las antiguas queridas de autores ó de artistas conocidos, dispuestas á educar á cualquier principiante recién llegado de su pueblo. Un conjunto revuelto donde se fumaban cigarrillos que arrojaban pequeñas espirales azuladas de humo en medio de la densa niebla producida por las pipas y por los alientos.

Los jarros de cerveza ruedan, los mozos corren, las discusiones se agrían; hay gritos, brazos que se levantan, melenas que se sacuden, y en el centro, gritando por dos, gesticulando por cuatro, de pie encima de una mesa, moviéndose

como si nadara por un mar de cabezas, Desroches, que guía y domina con su voz de saltimbanqui, la batahola de aquella feria. Estaba muy bien de aquel modo, con aspecto inspirado, con la camisa abierta, la corbata suelta, flotante, hecho un verdadero bastardo del sobrino de Rameau.

Todas las noches iba á aturdirse, á emborracharse de palabras y de cerveza, á buscar colaboradores, á hablar de proyectos sobre libros, á engañarse á sí mismo y á olvidar que su casa le era odiosa, que era imposible trabajar sentado, y que ya no sería capaz de volver á escribir *Las uvas moscateles*. Cierta que había allí, en aquel cafetín, espíritus nobles y serias preocupaciones. Y á veces, un hermoso verso, una paradoja elocuente refrescaba la atmósfera como corriente de aire puro que disipase el humo de las pipas. Pero si había algunos hombres de talento, en cambio, ¡cuántos Desroches! Si había algunos instantes de viveza, en cambio, ¡cuántas horas tristes y perdidas!

Luego, ¡qué tristeza al día siguiente;

qué despertar más amargo en el descomunal de la náusea; qué disgusto de aquella vida que, sin embargo, no tenía una fuerza para dejar! ¡Ahí tenéis á Desroches; ya no ríe, queda en suspenso la mueca que estaba haciendo, acaba de pensar en sus hijos que van creciendo, en su mujer que envejece, y que cada vez se encanalla más, en el látigo, en la gorra, en la blusa, en el traje de carretero, que parecía original en otro tiempo—una noche de baile de máscaras fué la primera que se lo puso,—pero que le parece nauseabundo ahora!

Cuando le acometían esas negras ideas, Desroches desaparecía, se iba á un pueblo, y se llevaba á su extraña familia.

Vendedor de relojes, cómico en Odesa, alguacil en Bruselas, compadre de un escamoteador, ¿cuántos extraños oficios no ha tenido? Luego volvía cansado, disgustado hasta de eso mismo.

Un día, en el bosque de Bolonia, quiso ahorcarse, pero lo descolgaron unos guardias. En el cafetín le dieron broma, y él mismo hablaba de su aventura con una sonrisilla falsa. Algún tiempo des-

pués, decidido á concluir, se precipitó en una de esas espantosas canteras, abismos de calcáreo y de greda que hay en las cercanías de las fortificaciones de París. Allí pasó la noche, reventado y con los brazos y las piernas rotos.

Aún vivía cuando lo sacaron de la cantera.

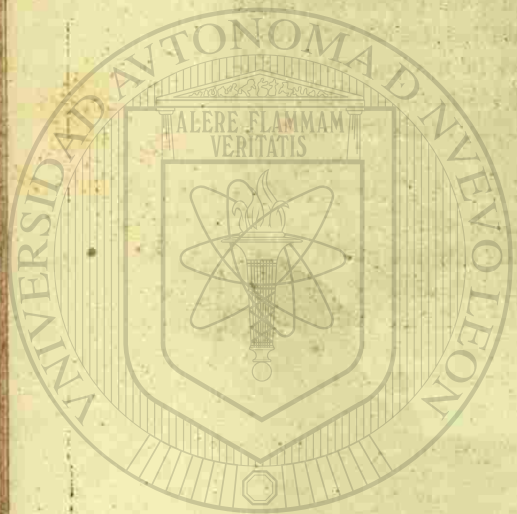
«Vaya, ahora van á decir que soy el hombre que marra siempre.»

Esas fueron sus últimas palabras. Tuvo sesenta días de agonía, y luego murió. No le olvidaré jamás.



35

UNIVERSIDAD DE NUEVOS LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTEPEREZ, MEXICO



## HISTORIA DE MIS LIBROS

JACK

Tengo delante de mí, encima de la mesa donde escribo esto, una fotografía de Nadar, el retrato de un muchacho de dieciocho a veinte años; dulce fisonomía enfermiza, de rasgos indecisos, con ojos de niño juguetones y claros, la vivacidad de los cuales contrasta con el hundimiento de una boca blanda, ajada como

si no tuviese dientes: una boca de hombre pobre que ha sufrido mucho. Es Raúl D... el *Jack* de mi libro, tal como lo conocí á fines de 1868, tal como lo veía entrar en la casita que habitaba en Champrosay, siempre tiritando, con la espalda encorvada, con las manos á cada instante sobre el escuálido pecho, dentro del cual sonaba siempre la tos como si sonara dentro de una cueva.

Éramos vecinos por los bosques de Sénart. Ya enfermo, distraído por la horrible vida de obrero que le había impuesto el capricho de un amante de su madre, había ido á descansar en el campo, en un caserón abandonado y ruinoso, donde vivía como Robinson, con un saco de patatas y un crédito para pan en casa del panadero de Soisy. Ni un céntimo, ni siquiera un cuarto para poder tomar el tren de París. Cuando se aburría demasiado de no ver á su madre, andaba las seis leguas largas á pie, y volvía rendido, medio muerto; porque adoraba á aquella madre, hablaba de ella con extraordinaria ternura, con admiración, con un respeto de mestizo hacia la mujer

blanca, considerada como un ser superior. «¡Mamá es abadesa!» me dijo un día, y con tono tan convencido, que no osé preguntarle de qué convento era. Pero algunas frases por ese estilo me habían permitido juzgar qué clase de mujer era aquella loca, aquella ambiciosa de títulos nobiliarios, que consentía que su hijo fuese un trabajador. ¿No había tenido la avilantez de decirle que era hijo del marqués de P... título muy conocido en tiempo del Imperio? Y la idea de ser hijo de un noble divertía al pobre muchacho y sazónaba con un grano de vanidad su desesperación y la pobre comida ordinaria del bodegón. Después, olvidando su confesión primera, le asignó por padre á un jefe de artillería, sin que se pudiera saber cuál de las dos cosas era mentira, ó si hablaba sinceramente, al capricho de su vanidad y de su memoria demasiado llena de recuerdos. En mi libro ese pormenor característico ha desagradado á muchos lectores; tomado de la vida real, parecía, sin embargo, una exageración de psicólogo que seguramente no la habría inventado.



¡Pues bien! Hasta eso se lo perdonaba Raúl á su madre; y jamás me hizo más confidencias acerca de sus rencores, que una triste sonrisa que parecía pedir perdón para la loca. «¿Qué quiere usted? Ella es así.»

Es preciso advertir también que el pueblo ignora muchas delicadezas, muchas susceptibilidades morales; y Raúl pertenecía á esa clase social á la cual lo habían lanzado á los once años después de haber pasado unos cuantos meses en un magnífico colegio de Auteuil. De aquel ensayo de educación burguesa le habían quedado algunas nociones vagas, nombres de autores, títulos de libros, y una gran afición al estudio; afición que jamás había podido satisfacer. Ahora que el médico le prohibía el trabajo manual y que yo le abría mi biblioteca de par en par, se entregaba á la lectura como sediento, como hambriento que repara sus fuerzas. Se iba cargado de libracos para leerlos por las noches, largas noches de fiebre y de tos, que pasaba tiritando en aquel caserón medio á oscuras y echándose en la cama toda la ropa que tenía.

Pero sobre todo, le gustaba leer en mi casa en el hueco de la ventana del cuarto donde yo trabajaba, por la cual se veía el campo y el Sena.

«Aquí comprendo mejor lo que leo,» me decía.

Algunas veces le ayudaba á que comprendiese; porque por una especie de superstición, de ambición de su espíritu, se engolfaba en lecturas difíciles, en las obras de Montaigne, de La-Bruyère. Una novela de Balzac ó de Dickens le divertía demasiado, pero no le daba el orgullo de leer un libro clásico, lentamente descifrado. En los descansos le hacía yo hablar sobre su vida y sobre los medios obreros, de los cuales tenía una percepción finísima, muy por encima de su edad y de su oficio. Veía el lado doloroso ó cómico de las cosas, la grandeza de ciertos espectáculos de la vida de fábrica y de taller. Así, por ejemplo, el lanzamiento de la máquina que relato en *Jack* es uno de sus recuerdos de aprendiz. ®

Lo que más me interesaba era el despetar, el afinamiento de aquella inteligencia, como si tuviese lejanos recuer-

dos que volvían á su memoria, excitada por los libros y por nuestras conversaciones. Se verificaba un cambio hasta en su ser físico, impulsado por el esfuerzo intelectual.

Desgraciadamente, las cosas de la vida iban á separarnos. Y cuando yo me volví á París para pasar el invierno, Raúl cogía de nuevo sus herramientas y volvía á los talleres del ferrocarril de Lyon. Lo vi otras dos ó tres veces en seis meses; cada vez más flaco y más variado, desesperado al ver que decididamente era demasiado débil para su oficio.

«Pues entonces déjelo usted, y ya buscaremos otra cosa.»

Pero él quería seguir luchando todavía, por miedo de afligir á su madre, ofendido en su orgullo de hombre. Y yo no me atrevía á insistir, creyendo que su mal no era tan hondo, y, sobre todo, temiendo hacer un vago, un perdido de aquel pobre maquinista, bautizado con un nombre de personaje de novela.

Pasó tiempo. Un día recibí una esquela escrita con mano temblorosa: «Enfermo en la Caridad, sala de San Juan

de Dios.» Allí me lo encontré, acostado en una camilla, porque como el invierno, que ya iba de vencida, había sido tan crudo, ya no quedaban camas disponibles en la sala reservada á los tícos. En cuanto la muerte dejase un hueco, lo ocuparía Raúl. Me pareció muy enfermo, con los ojos hundidos, la voz bronca, y sobre todo, la imaginación impresionada por las tristezas que le rodeaban, aquellas quejas y lamentos, aquellas toses desgarradoras, el rezo de la Hermana de la Caridad á la caída de la tarde, y el capellán, en zapatillas encarnadas, ayudando á bien morir á desesperados agonizantes.

Tenía miedo de morir allí. Yo me esforcé por tranquilizarle, asombrándome de que su madre no hubiera hecho que lo asistiesen en su casa. «Es que yo no he querido,» me dijo la pobre víctima... «Ellos prosperan, están edificando de nuevo, y yo les hubiera estorbado;» y como para contestar al reproche que le hacían mis ojos, añadió: «¡Oh, mamá es muy buena!... Me escribe, viene á verme.» Tengo el convencimiento de que

mentía; su miseria, lo desnudo de su colcha hospiciaria, sin el menor recuerdo alrededor, sin una naranja siquiera, olfa al abandono. Se me ocurrió, al verlo tan solo, tan desgraciado, hacerle escribir lo que veía, lo que sufría allí, convencido de que su espíritu se impresionaría más altamente de ese modo. Y luego... ¡quién sabe! Aquello pudiera ser un recurso para aquel ser altivo, al cual era muy difícil hacerle aceptar dinero alguno. En cuanto se lo dije, el enfermo se incorporó, agarrándose á las dos palomillas de madera colgadas á la cabecera de su lecho.

—¿De veras? ¿Es de verdad? ¿Cree usted que puedo escribir?

—Lo sé positivamente.

Y la verdad es que en los cuatro artículos que Raúl me envió desde el hospital, apenas he tenido que tocar diez palabras. El estilo era sencillo y sincero, de un realismo conmovedor, que cuadraba á las mil maravillas al título que los encabezaba: *La vida en el hospital*. Los que hayan leído aquellas columnas en un efímero periódico de Medicina, el *Dia-*

*rio de Enghien*, no habrán supuesto ciertamente que estaban escritas sobre un tablado, y gracias á un esfuerzo hecho en medio de los sudores de una fiebre. ¡Y qué contento el pobre muchacho cuando le llevé el dinero que habían dado por sus artículos! No quería creerlo; daba vueltas y más vueltas entre sus dedos á las monedas de oro, én tanto que los enfermos de las camas próximas estiraban el cuello para ver de dónde procedía aquel ruido de oro, completamente desusado. Desde aquel día el estudio que él hacía embelleció á sus ojos el hospital. Salió de allí algún tiempo después, gracias á un esfuerzo de sus pocos años, pero los practicantes que lo cuidaban me dijeron que se hallaba en un estado gravísimo. Su herida subsistía, pronta á abrirse de nuevo, incurable, sobre todo si aquel infeliz volvía á emprender el rudo trabajo de su oficio entre el hierro y las máquinas. Recordé yo entonces que cuando tenía su misma edad y en una crisis para mi salud bastante grave, una temporada de algunos meses en Argelia me hizo muchísimo bien. Me dirigí

al gobernador de Argel, á quien conocía yo un poco, y le pedí un destino para Raúl. El Sr. Le Myre de Vilers, hoy representante de Francia en Madagascar, no se acordará, sin duda, de esto; pero yo no olvidaré nunca con cuánta amabilidad y con cuánta prontitud—que le daba más mérito al favor,—contestó á mi carta ofreciéndome para mi amigo una plaza de mil quinientos francos en las oficinas del Catastro; cinco horas de trabajo diario, trabajo sin fatiga, en el más bello país del mundo, y con un paisaje de verdor y de agua siempre delante de los ojos.

Fué una verdadera alegría para Raúl aquel viaje, y la idea de que no volvería al taller, que ya no tendría las manos tiznadas, y que podría ganar el pan sin matarse. La familia con la cual vivo está compuesta de seres bondadosos de excelente corazón, á quienes había sabido conquistar aquel muchacho; todos ellos se ofrecieron á satisfacer á escote los gastos del viaje. «Yo pago el viaje,» dijo la abuela. Otro se encargó de la ropa blanca, otro de los trajes, porque era

preciso dejar la blusa y los calzones azules en la fábrica. Raúl lo aceptaba todo, porque viéndose con un empleo tenía la seguridad de devolver todo aquel dinero. ¡Ahí es nada! Mil quinientos francos al año. Y además escribiría y me mandaría á mí los artículos. Tenía otros muchos proyectos de felicidad que me confió la noche de nuestra despedida; se llevaría á su madre, le haría que viviese á su lado honradamente y con dignidad. Demasiado la habían poseído otros hasta entonces; ahora le tocaba á él. Bien arreglado, con su ropa nueva, sus ojos brillantes y expresivos, su fisonomía que había recobrado su expresión inteligente y su belleza varonil, no parecía, mientras que hablaba de aquellos proyectos, el desheredado, el miserable; parecía un compañero mío, uno de los enhiestos despidiéndose—para no volver á vernos.

Desde Argel me escribía con frecuencia:

«Sueño... sueño... Se me figura que estoy en el cielo.»

Vivía en un barrio separado del mar por un bosque de naranjos, muy cerca

de un pintor amigo mío, á quien yo lo había recomendado también, lo mismo que á Carlos Jourdan, que no tardó en abrir de par en par las puertas de su casa hospitalaria, en Montriant, al pobre desterrado. La oficina le ocupaba poco tiempo, y le dejaba alguno para seguir instruyéndose, observando un plan de lecturas que yo le había puesto. Pero habíamos acudido demasiado tarde para arrancarlo á su desgracia. Había sufrido tanto y en tan temprana edad, que las heridas de su infancia se agrandaban cuanto más hombre iba siendo. «Acabo de estar muy malo, me decía Raúl en una carta de 17 de Junio de 1870; pero gracias á un enérgico tratamiento ya estoy de pie, aunque débil, muy débil, y adelantando muy poco á poco.

»Durante los quince días de convalecencia que acabo de pasar sin salir á la calle, mi imaginación ha dado muchos paseos con usted por el bosque, y hemos charlado mucho. Mi cabeza estaba demasiado débil para leer, y estaba yo soñando, solo y triste, cuando el bueno y gigantesco Carlos Jourdan vino á bus-

carme con su *borriquillo*, y me ha traído á una casa que me sería queridísima sino existiese Champrosay. En Montriant el aire es tan puro, las vistas tan hermosas, el silencio tan profundo, que me siento renacer. Y Jourdan, ¡qué muchacho tan lleno de corazón y de juventud! Su gabinete está adornado con una gran biblioteca, donde paso todo el día hojeando tomos, como me pasaba en la de usted. Además, me dicta sus artículos para *El Siglo* y para *La Historia*. Esta mañana hemos reventado á las Diputaciones generales...» El tono de aquella carta era bastante alegre, pero se ve en ella un cansancio verdadero, y hacía el final los rasgos de la letra disminuyen, la tinta cambia; evidentemente la ha tenido que escribir en varias veces.

Luego llegó la guerra y el sitio de París. No volví á oír hablar de él, y lo olvidé.

¿Quién de nosotros ha pensado, durante aquellos cinco meses, en nadie ni en nada que no fuera la patria?

En cuanto se levantó el sitio, entre el inmenso montón de cartas que invadió

mi mesa, había una de un médico de Argel anunciándome que Raúl estaba muy grave y pedía noticias de su madre; sería una obra de caridad dárselas. ¿Por qué aquella madre siguió, á pesar de mi aviso, sin dar señales de vida á su hijo? Jamás lo he sabido. El 9 de Febrero recibía de Carlos Jourdan esta carta, llena de indignación: «Señora, su hijo de usted está en el hospital. Se muere. Pide noticias de su madre. En nombre de la compasión, envíe usted unos cuantos renglones escritos por su mano á ese hijo á quien ya no volverá usted á ver jamás.»

Y poco tiempo después recibía yo la triste noticia:

«Raúl ha muerto en el hospital civil de Argel el 13 de Febrero último, después de larga y dolorosa agonía. Hasta el último momento estuvo pidiendo la caricia que su madre le ha negado.

—»Sufro mucho, me decía; estoy seguro que una carta de mi madre calmaría mis sufrimientos...

»La carta no llegó, porque no la escri-

bieron. Crea usted que esa mujer ha sido cruel é infame para su hijo.

»Raúl adoraba á su madre, y, sin embargo, en su lecho de muerte ha formulado un juicio terrible acerca de ella:

—»Ya no puedo estimarla ni como madre ni como mujer; pero mi corazón, próximo á dejar de latir, está lleno de su recuerdo: le perdono el mal que me ha hecho.

»Raúl me ha hablado muchísimo de usted antes de morir. En medio de su triste vida de sufrimientos y de privaciones, él mismo se asombraba de encontrar un recuerdo dulce y sonriente.

—»Dígale usted que en el momento de morir, él y su queridísima esposa son los únicos seres que siento perder.

»Me había hecho muy amigo del pobre enfermo, que nos había usted recomendado. Vivo en una gran casa de campo, inundada de sol y de flores; quise que allí tuviera su residencia; pero el pobre y simpático muchacho temía siempre ser importuno. En estos últimos tiempos le rogué que se viniera á casa para que lo cuidásemos. No quiso, y entró en el hos-

pital con el pretexto de que lo cuidarían mejor. La verdad es que el pobre muchacho veía próximo su fin y no quería dar á su amigo el triste espectáculo de su muerte...»

Eso es lo que me ha proporcionado la existencia. Durante mucho tiempo no vi en esa historia más que una de tantas tristezas ajenas que se cruzan con nuestras propias tristezas.

Había ocurrido todo demasiado cerca de mi mirada de novelista; el estudio humano se perdía en mi emoción personal.

Un día en Champrosay, sentado con Gustavo Droz en el tronco de un árbol cortado, en medio de la melancolía que hay en los bosques las tardes de otoño, le conté la miserable vida de Raúl, á pocos pasos del caserón de ladrillos encarnados, donde pasó muchas horas de enfermedad, de amargura y de abandono.

—¡Qué bonito asunto para un libro! me dijo Droz muy conmovido.

Desde aquel mismo día dejé á un lado el *Nabab*, que estaba haciendo, y empecé á seguir esa nueva pista con ese apresuramiento, esa fiebre, ese estremecimiento en las puntas de los dedos que me acomete siempre al principio y al final de mis libros. Comparando la historia de Raúl con la novela *Jack*, es fácil distinguir lo verdadero de lo inventado, ó por lo menos—porque yo invento poco—lo que he tomado de otra parte. Raúl no ha vivido en Indret ni ha sido fogonero. Sin embargo, me contó muchas veces que siendo aprendiz en el Havre, la proximidad del mar, el aura pasajera, llena de los cantares de los marineros, los martillazos del astillero donde carenaban, le daban ganas de embarcarse, de acompañar en una de sus excursiones alrededor del mundo á alguna de aquellas máquinas formidables que construía la casa Mazeline.

Todo el episodio de Indret es imaginario. Necesitaba yo un gran centro manufacturero donde se trabajase el hierro, y vacilaba entre Creuzot é Indret. Me decidí por éste á causa de su vida flu-

vial, el Loira y el puerto de Saint-Nazaire. Entonces hice un viaje y muchas excursiones durante el verano de 1874. Llevando allí á mi *Jack*, quise saber en qué atmósfera y con qué seres lo haría vivir. He pasado muchos ratos en la isla de Indret y he recorrido aquellos inmensos talleres á las horas de trabajo y en los momentos de descanso. He visto la casa de los Roudic, con su jardinillo; he remontado y bajado el Loira, desde Saint-Nazaire á Nantes, en una barca que ca-beceaba y parecía tan borracha como el viejo remero que la tripulaba, el cual estaba asombrado de que no hubiese yo preferido tomar el ferrocarril del Bajo-Indret al vapor de Paimbœuf.

Y el puerto, los transatlánticos, los departamentos de las calderas, visitados detenidamente, me dieron las notas verdaderas de mi estudio.

En esas excursiones iba casi siempre acompañado de mi mujer y de mi chiquillo—entonces no tenía yo más que un hijo—mi monísimo niño, con alborotados tirabuzones, que paseaba por aquellos sitios su ingenio asombro. Cuando la

expedición era demasiado incómoda, la madre y el niño me esperaban en una



posada de Pirinac, verdadera posada bretona, blanca y cuadrada como un dado, á orillas del inmenso Océano, con sus desahogados dormitorios, con sus rús-



ticas camas, con un armario empotrado en la pared y blanqueado con cal, la chimenea guarnecida de esponjas y de mariscos, como en casa de los Roudic, con dos pequeñas ventanas (que se cerraban con esa barra transversal que se usa en todo el país), una que caía á la inmensidad del mar, otra que daba vista á unos jardines, y desde la cual se distinguía además un pedazo de iglesia, y de cementerio lleno de cruces negras, apretadas y caídas al suelo, como si el balanceo de las olas vecinas y el viento del mar, sacudieran hasta las tumbas de aquel pueblo marítimo.

Debajo de nosotros estaba la sala, donde había bastante ruido los domingos por la tarde, en la cual cantaban aires antiguos del país, el eco de los cuales se encuentra en mi libro.

Algunas veces, cuando el sargento Mangin, que era todo un buen mozo, se encontraba allí—así, el sargento Mangin, porque no ha variado ni en nombre ni en grado—el posadero permitía que quitaran los bancos y que echasen un baile al *son de las bocas*, es decir, con

acompañamiento de música tarareada. Allí acudían, con sus mujeres, pescadores, marineros que eran amigos nuestros y que nos llevaban en sus lanchas á almorzar á la isla Dumet, ó bien mar adentro en cualquier roca. Sabían que el alta mar no asustaba ni á mi parisiencillo ni á su mamá; y uno de ellos, antiguo ballenero, nos decía que al ver siempre al señor, la señora y el niño viajando juntos, se le venían á la memoria—salvo el respeto debido,—tres cetáceos del mar del Norte que navegaban siempre en conserva: el padre, la madre y el ballenato.

En todas nuestras excursiones no se hablaba más que de *Jack*. De tal manera vivíamos con él, que hoy mismo, al pensar en aquel rincón de Bretaña, me parece que el pobre Raúl hizo el viaje con nosotros.

A mi regreso á París no empecé á trabajar en seguida. Faltaba á mis notas la vida del obrero parisiense. No sabía de ella más que lo que el vulgo cuenta de miserias, de borracheras, de batallas; pues ¿y la fábrica, la tienda de vinos, los

ventorrillos de las orillas del lago Saint-Mandé, donde fotografié la boda de Belisario, el polvo de los terreros de Chaumont, donde me he pasado tardes enteras los domingos, bebiendo cerveza fuerte y viendo remontar cometas á los chicos?

El hospital, que tiene un papel tan extenso y tan importante en la vida del pueblo, ese ya lo conocía; le había hecho detenidas visitas durante la enfermedad de Raúl, sin contar los informes que me había proporcionado.

Pero como los Goncourt habían descrito á fondo y de una manera definitiva los hospitales en *Sor Filomena*, no era cosa de hacerlo yo de nuevo, después de haberlo hecho ellos. Por eso apenas he tratado del asunto en algún que otro pasaje.

Lo que sobre todo me sirvió para pintar en la tercera parte de *Jack* la gente del pueblo de los barrios, fueron mis recuerdos del sitio y de la Guardia Nacional, el batallón de obreros, con el cual he recorrido durante cuatro meses París y las afueras, durmiendo sobre los carcomidos maderos de las barracas, so-

bre la paja de los vagones para animales, todo lo cual me ha enseñado á amar el pueblo hasta en sus vicios, hijos de la miseria y de la ignorancia. El Belisario de mi libro—que en realidad se llamaba Offehmer—estaba conmigo en la *sexta* del batallón 89, y me parece estar viéndolo todavía con sus pies grandísimos y disformes, rompiendo la alineación por lo mucho que salían sus botas al frente, y siempre el último de todos, por la interminable calle de Charenton.

El libro de Dionisio Poulot, *Lo sublime*, al cual ha hecho popular después la novela de Zola, me ha prestado también muy buen servicio; me ha proporcionado una porción de expresiones típicas, de ese lenguaje especial en ciertos oficios, así como he encontrado en el *Manual Roret* y en las *Grandes fábricas* de Turgan los pormenores técnicos del interior de los talleres, nuevos para mí. Ahí tenéis el cañamazo de mi novela, la preparación, todo lo lenta posible, pero cuidada y concienzuda, de donde saca el escritor la inventiva, el estilo, el verdadero prestigio de la obra. ¡Y pensar que

hay gentes que le preguntan á uno, á los dos días de publicar un libro: «¿Cuándo vemos la próxima novela? ¡Vamos, perezoso...!»

Los desheredados de la fortuna y el medio en que viven me han costado mucho menos trabajo y menos observación. No he tenido más que mirar atrás, á cuando yo tenia veinticinco años. El Dargenton, aficionado á ejercer de pontífice, existe tal como yo lo he pintado, con su frente desmesurada, sus crisis imaginarias, su egoísmo ciego y feroz de Buda impotente. Ni una de sus *crueles palabras* es invención: las he tomado de sus labios á medida que de ellos brotaban; y su fe y su genio son tales, que si se ha visto retratado de cuerpo entero en mi libro, solemne, hurano y siniestro como alguacil de pueblo, habrá sonreído desdeñosamente, diciendo: «¡Envidias!...»

De Labassindre se ven diez ejemplares en un café muy conocido del boulevard, que durante el verano es punto de cita de los cómicos sin contrata. Hirsch es un tipo menos vulgar: yo veía diaria-

mente hace veinte años á ese desheredado de la medicina, andando por esas calles como un loco, sucio, desarrapado, con un frasco de amoniaco asomando por el bolsillo del chaleco, rabioso por encontrar alguien á quien matar, á pesar de no tener título.

Tenia siempre entre manos alguna víctima, en la cual estudiaba los efectos de extraños y peligrosos medicamentos; luego, falto de enfermos, se cuidó á sí mismo y murió en el hospital de Burdeos á consecuencia de su medicina.

El mulato Moronval también ha vivido; colaboró en la *Revista Colonial*, y después de 1870 fué diputado por algún tiempo. Cuando lo conocí habitaba una casita con jardín en Batignolles, y vivía á costa de media docena de negritos expedidos desde Taití, mezcla de discípulos y de criados, á quienes les mandaba limpiar las botas é ir á la compra, al mismo tiempo que les explicaba el *Épitome*. ®

En resumen: he conservado del drama viviente y real el personaje principal, los grandes rasgos de su vida y su dolo-

rosa muerte. La madre, á quien no he conocido, la retrato tal como la he adivinado á través de los relatos de su hijo. También es real y verdadero el excelente doctor Rivals, un héroe, un santo, que desde hace treinta años anda por los caminos que son familiares á Jack y á su novelador.

Por miedo á afligirlo, á ofender su extraordinaria modestia, no me atrevo á dar aquí su nombre: nombre bendecido por todo un pueblo de campesinos, desde hace dos generaciones; que me perdona por haber mezclado en la fábula de mi libro su noble, franca y abierta vida, un drama siniestro con el cual nada tenía que ver (1).

Se me olvidaban otros dos testigos de la gran miseria de Raúl; la mujer del guarda, que todavía vive en la humilde caseta del bosque, donde el pobre muchacho encontró en más de una ocasión un sitio á la lumbre y un plato á la mesa, y la vieja Salé, á la cual he dejado

(1) Hoy ha muerto ya: se llamaba el doctor Rouffy, y su busto puede verse sobre un pedestal en la bonita plaza del pueblo de Draveil.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES  
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS  
 MONTEVIDEO, URUGUAY

su verdadero nombre, campesina, cara de murciélago, espanto del muchacho abandonado, con la cual soñaba en sus noches de pesadilla en el hospital.

Una de mis debilidades es dejar á veces sus nombres verdaderos á mis modelos, imaginarme que el hombre transformado hace perder algo de su integridad á creaciones que casi siempre son reminiscencias de la vida, fantasmas que me fatigan, que me persiguen, y que sólo se calman cuando los fijo en mi obra con la mayor semejanza posible.

\*\*\*

Hechos todos estos preparativos, con mis personajes en pie, mis capítulos planeados, puse manos á la obra. Empecé en aquel vasto cuarto de trabajo, con dos ventanas muy anchas y muy altas, del palacio Lamoignon. Leed las primeras páginas del capítulo titulado *Jack en familia*, y tendréis el horizonte de casas de obreros, de techumbres de cinc, de altas chimeneas de fábricas consolidadas por robusto cordaje de hierro, las

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO REYES"  
 4040. 1625 MONTERREY, MEXICO

cuales veían mis ojos cuando se levantaban del papel, á través de los cristales chorreando y de la bruma de los días de París.

Por la noche, todas las ventanas cerradas se iluminaban en todos los pisos de aquellas elevadas fachadas, y de ellas se destacaban enérgicas siluetas en actitud de estar inclinadas sobre su trabajo á las altas horas de la noche, sobre todo en los días próximos al de Año Nuevo; porque aquel barrio de fabricantes de muñecos y juguetes es el que surte de novedades en esos días las barracas y los escaparates de las tiendas. Pero las mejores páginas fueron escritas también en Champrosay, adonde nos veían llegar las primeras lilas, con ánimo de pasar una temporada de verano, que á veces se prolongaba hasta las primeras nieves.

Las casas de París, aun las mejor guardadas, aun las más cerradas, resultan demasiado abiertas á las distracciones y á lo imprevisto.

Unas veces es el amigo que os hace partícipe de su preocupación ó de su

alegría; el periódico de la mañana que os lleva noticias de sensación; otras es el impertinente incorregible que fuerza la consigná, ó la batahola de la vida en la sociedad, las comidas, los estrenos, á los cuales el observador, el pintor de costumbres no puede ni tiene derecho á sustraerse.

En el campo, el espacio es anchuroso, el aire libre, el tiempo largo, y pudiendo disponer á su antojo de su persona y de sus horas, el escritor tiene la seguridad de esa independencia, la tranquilizadora sensación de que está solo con sus ideas. Es como una borrachera de pensamiento y de trabajo, borrachera que no he sentido nunca tanto como mientras escribí el *Jack*. Aquellos tiempos de loca producción me han dejado recuerdos deliciosos. Antes de amanecer estaba ya instalado delante de mi mesa de madera blanca, á dos pasos de mi cama, en mi cuarto de vestir. Escribía á la luz de un quinqué, junto á una ventana bañada por el rocío, que me recordaba los años de miseria que pasé al principio de mi carrera. Animalejos nocturnos andaban

por el techo arañando las tejas, un buho maullaba, los bueyes daban resoplidos en un establo vecino; y sin mirar el despertador, que repetía su tic-tac eterno, allí mismo, delante de mi pluma; sin levantar los ojos para contemplar las pálidas tintas de la aurora, sabía la hora que era por el canto de los gallos, por el movimiento de una granja vecina, donde se oía ruido de zuecos, las herraduras de las bestias, voces enronquecidas en el fresquillo del amanecer, y cacareo, y piidos, y fuertes sacudimientos de alas. Luego oía en la carretera los pasos soñolientos de los trabajadores que pasaban en bandadas; y un rato después, un grupó de chiquillos que se dirigía á la escuela, que estaba á una legua de allí, y hacían el mismo ruido que una banda de perdices fugitivas.

Lo que más me excitaba, lo que caldeaba aquella desatentada tarea, es que en el mes de Junio, y mucho antes de que hubiese concluido el libro, el *Moniteur*, de Pablo Dalloz, empezó á publicarlo. Yo tengo la costumbre, que puede parecer en contradicción con mi método

tan lento y concienzudo de trabajo, de entregar á los periódicos los primeros capítulos que concluyo. Gano con eso el verme obligado á separarme de mi obra, sin ceder á ese deseo tiránico de perfección que obliga á los artistas á empezar de nuevo diez veces, veinte, ciento, la misma figura. Y sé que de ese modo se agotan, se consumen estérilmente durante años enteros, trabajando en la misma obra, paralizan sus cualidades reales y llegan á producir lo que yo llamo *literatura de sordo*, cuyas bellezas, cuyas delicadezas no puede comprender nadie más que ellos mismos.

Gano también con esto la costumbre de fustigar mi natural indolencia, esta holgazanería de raza, refractaria á los prolongados esfuerzos de atención, de reflexión, y este doble ser que hay en mí de una horrible facultad analítica y crítica. Una vez en el agua, hay que nadar, y por eso me tiro á ella resueltamente. Pero ¡qué fiebre! ¡cuántas ansiedades y qué miedo á ponerse malo, y qué angustia al sentirse aguijoneado por ese folletín que traga tantas cuartillas!

*Jack* estuvo terminado hacia fines de Octubre. Había tardado cerca de un año en escribirlo; es, con mucho, el más largo y el más rápidamente escrito de todos mis libros. Así es que me dejó una fatiga, de la cual tuve que ir á reponerme con mis dos queridos compañeros de todos los viajes, bajo el saludable sol del Mediterráneo y entre las violetas de Bordighera. Allí tuve días de verdadera convalecencia cerebral con los silencios, las absortas contemplaciones de la naturaleza, ese delicioso aspirar el aire puro y vivificador que siguen á una grave enfermedad.

A mi regreso, *Jack* fué publicado por el editor Dentu, en dos grandes tomos, que no tuvieron el éxito de librería ni la venta que obtuvo *Fromont*. Dos tomos son muy largos y muy caros para nuestras costumbres francesas.

—Demasiado papel, hijo mío, me decía con su bondadosa sonrisa el gran Flaubert, á quien está dedicado el libro.

Me criticaban también el haberme encarnizado demasiado en la descripción de los sufrimientos de aquel pobre már-

tir. Jorge Sand me escribía diciendo que había sentido tan acongojado el corazón después de su lectura, «que había estado tres días sin poder trabajar.»

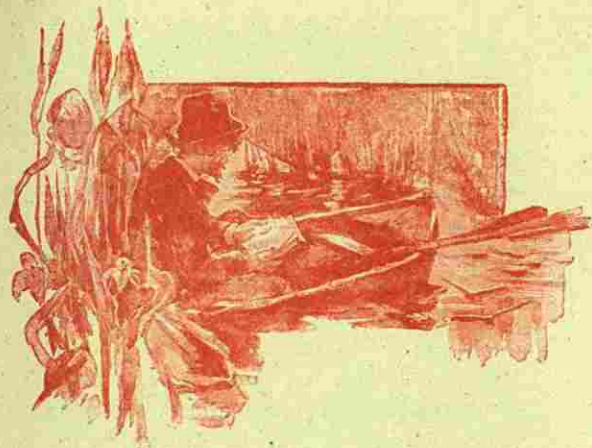
Y, en efecto: era menester que la emoción fuese muy viva para alterar así las costumbres de aquella trabajadora valerosa é imperturbable.

¡Es verdad! ¡Libro cruel, libro amargo, libro lúgubre! Pero ¿qué es comparado con la *existencia real* que acabo de relatar?





DIRECCIÓN GENERAL DE



### LA ISLA DE LOS GORRIONES

(ENCUENTRO EN EL SENA)

En aquella época no padecía yo todavía de reuma, y durante seis meses del año trabajaba en mi lancha, Era á diez leguas río arriba de París, en un precioso recodo del Sena, un Sena de provincia, campestre y nuevo, invadido de cañas, de iris, de nenúfares; un Sena que arrastraba manojos de hierbajos y raíces, en los cuales se posaban, se dejaban ir



con la corriente, los pajarillos fatigados de volar. A una y otra orilla, sembrados de trigo y viñedos; aquí y allá salpicadas, algunas islillas llenas de verdura, la *isla de los empedradores*, la *isla de los gorriones*, muy pequeñita, verdadero ramo de juncos y de plantas acuáticas, la cual había yo convertido en mi punto de escala predilecto. Empujaba mi canoa entre los juncos, y cuando había cesado el cimbrearse de las cañas, formaban éstas una pared cerrada detrás de mí, un puertecillo de agua clarísima, resguardado por la sombra de un sauce, que me servía de gabinete de trabajo, con dos remos cruzados por pupitre.

Me agradaba aquel olor á río, el ruido producido por los insectos rozando con las cañas, el murmullo de las hojas agitadas por el viento, toda aquella agitación misteriosa, infinita, que el silencio del hombre despierta en la naturaleza. ¡Qué feliz le hace á uno ese silencio! ¡Cómo tranquiliza! Mi isla estaba más poblada que París. Oía yo cazarse sobre las hierbas, perseguirse los pájaros, y sacudir las alas, mojadas en el río. No

les daba cuidado mi presencia, ó me tomaban por un arbusto. Las monjitas de manto negro se me paseaban por la nariz, y las golondrinas venían á ver hasta debajo de los remos.

Un día, al entrar en mi isla, veo invadida mi soledad por una barba rubia y un sombrero de paja. El intruso no pesca; se encuentra tendido en la lancha y con los remos cruzados como los míos. El también trabaja; trabaja en mi casa... En el primer momento los dos hicimos el mismo gesto. Sin embargo, nos saludamos. No había más remedio; la sombra del sauce era pequeña, y nuestras dos lanchas se estaban tocando. Como no parecía dispuesto á marcharse, yo me instalé sin decir palabra; pero aquel sombrero y aquella barba tan cerca de mí me impedían trabajar. Probablemente yo le estorbaba también. Su inacción nos hizo hablar.

Mi canoa se llamaba la *Arlesiana*, y el nombre de Jorge Bizet nos hizo entrar en relaciones en seguida. ®

—¿Conoce usted á Bizet! ¿Sería usted por casualidad artista?

La barba sonrió, y contestó modestamente:

—Me ocupo de la música.

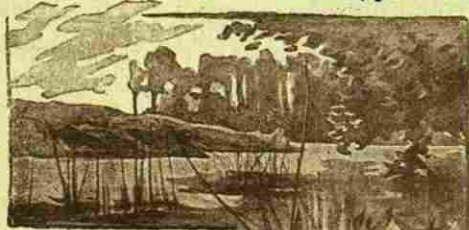
Por lo general, los hombres de letras tienen horror á la música. Bien sabida es la opinión de Gautier sobre «el más desagradable de todos los ruidos.» Le-



conte de Lisle y Banville tienen la misma. En cuanto abren un piano, Goucourt encoge la nariz; Zola recuerda vagamente haber tocado algún instrumento allá en su juventud; no sabe ya cuál era. El

bueno de Flaubert tenía sus pretensiones de gran músico; pero era por agradar á Tourguénef, quien, en el fondo, no gustaba de más música que la que hacían en casa de las Viardot. A mí me agradan todas, todas, la sabia y la ingenua, la de Beethoven, Glück y Chopin, Massenet y Saint-Saëns, una tarantela, el *Fausto* de Gounod, y el de Berlioz, las canciones populares, los organillos ambulantes, el tamboril y hasta las campanas. Música que hace bailar, música que

hace soñar, todas me hablan, todas me producen una sensación. La melopea wagneriana se apodera de mí, me arroja, me hipnotiza, como el mar, y los con-



ciertos de unos gitanos me dejaron sin ver la Exposición.

Cada vez que aquellos condenados violines me cogían al pasar, no podía seguir adelante. Tenía que quedarme allí oyéndolos hasta la noche, delante de una copa de vino de Hungría, con la garganta apretada, los ojos como los de un loco y el cuerpo todo sacudido al compás de los nerviosos acordes de aquella música.



Aquel músico, caído en mi isla como llovido del cielo, se captó mi simpatía. Se llamaba León Pillaut. Talento, ideas, buen cerebro; pronto congeniamos. Precedentes, poco más ó menos, de las mismas cosas, nuestras paradojas hacían causa común. Desde aquel día mi isla fué tan suya como mía; y como su lanchita, un bote sin quilla, se columpiaba horrorosamente, tomó la costumbre de venir á hablar de música á la mía.

Su libro, *Instrumentos y músicos*, que le ha valido ser nombrado profesor del Conservatorio, le bullía ya en la cabeza, y me lo contaba. Ese libro lo hemos visto los dos juntos.

Encuentro la intimidad de nuestra charla entre sus renglones, como veía burbujear el Sena entre mis cañas. Pillaut me decía cosas absolutamente nuevas sobre el arte. Músico de talento, educado en el campo, su finísimo oído ha retenido y anotado todas las sonoridades de la naturaleza; oye como ve un paisajista. Para él cada ruido de alas tiene su estremecimiento particular. El zumbido confuso de los insectos, el roce de las

hojas otoñales al caer de los árboles, el rodar del agua de los arroyuelos sobre los guijarros, el viento, la lluvia, las voces lejanas, los trenes en marcha, las ruedas de los carros, toda esa vida campestre la encontraréis en su libro. Y otras muchas cosas también, críticas ingeniosas, una agradable erudición de fantaseador, la biografía poética de la orquesta y de todos los instrumentos, desde la viola hasta la trompa, está hecha allí por primera vez. Hablábamos de eso á la sombra de nuestro sauce, ó en algún ventorrillo de la orilla del río, bebiendo vino blanco, comiendo una sardina arenque, entre canteros y gente de mar; hablábamos dándole al remo, correteando el Sena y lo imprevisto de los riachuelos afluentes á él.

¡Oh! ¡Aquellos paseos nuestros por el Orge, bonito riachuelo, onduloso, negro de sombra, lleno de hierbas olorosas, como un riachuelo de Oceanía! Bogábamos sin rumbo fijo. Algunas veces pasábamos por delante del jardín de una casa lujosa, donde se veía la cola de un pavo real blanco y señoras vestidas de blan-

co también. Un cuadro de Nittis. En el fondo, el castillo medioeval, escondido en la sombra de opulentos árboles, y animado por sonoros trinos y por el gorjeo de las aves de lujo.

Más allá volvíamos á encontrar las flores silvestres de nuestra isla, las ramas, los sauces temblones y retorcidos, ó bien algún viejo molino, tan alto como una fortaleza, con su puentecillo lleno de verdura, sus grandes paredes agujereadas de una manera irregular y el techo cargado de palomas, con su continua agitación de aquellas alas que parecían estar puestas en movimiento por la maquinaria del molino... ¡Y aquel regreso dejándose llevar por la corriente y cantando aires de la tierra!... Gritos de pavor real se oían en los ya desiertos jardines; en medio de un prado se veía el carretoncillo del pastor que se ocupaba en recoger su rebaño para encerrarlo. Asustábamos al martin pescador, el pájaro azul de los ríos pequeños; nos agachábamos á la entrada del Orge para poder pasar por el arco del puente, y de pronto se nos aparecía el Sena, que envuelto en

las brumas del crepúsculo, nos daba la impresión de alta mar.

Entre tantas deliciosas excursiones me ha quedado una en la memoria: un almuerzo de otoño en una posada á la orilla del agua.

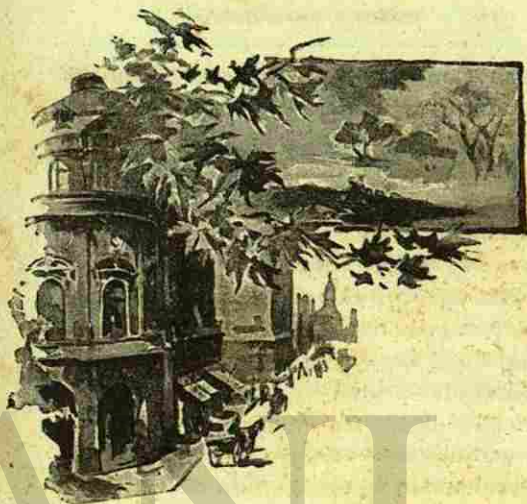
Me parece estar viendo todavía aquella fresca mañana, el Sena agitado, triste, el campo magnífico por el silencio, y el grisecillo que á través de la niebla nos obligaba á levantarnos los cuellos de los abrigo...

La posada estaba un poco más arriba de la esclusa del Coudray, una antigua parada de diligencias, adonde van á celebrar el domingo los señores de Corbeil, pero la cual no es frecuentada en la temporada de mal tiempo más que por la gente de la esclusa y los tripulantes de los lanchones y de los remolcadores. En aquel momento humeaba el guisado. ¡Dios mío! ¡Qué rico olor á coles desde que se arrimaba uno á la puerta! «Caballeros, que tiene carne. ¿No quieren ustedes su parte?»

Era exquisita aquella carne servida en un plato ordinario de barro, en un co-

medorcillo empapelado al estilo burgués.

Cuando acabamos de comer y encendimos las pipas, nos pusimos á hablar de Mozart. Fuera, en la terraza de la posada, veía yo por entre los deshojados árboles, un columpio, un juego de bolos, los blancos de un tiro de ballesta, con el aspecto triste que tienen los sitios de recreo cuando están abandonados. «¡Holal Aquí hay un clavicordio,» dijo mi compañero levantando la funda de una mesa cargada de platos. Teclea el instrumento, le arranca unas cuantas notas cascadas, temblonas, y hasta la caída de la tarde nos embriagamos con Mozart.



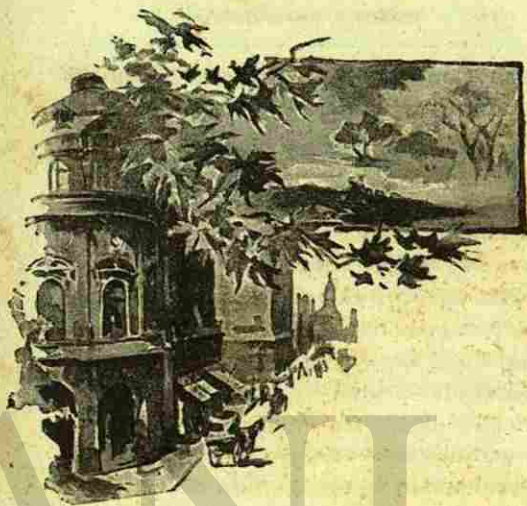
FROMONT, MENOR, Y RISLER, MAYOR

La primera idea de *Fromont, menor*, se me ocurrió en un ensayo general de *La Arlesiana*, en el teatro del Vaudeville.

Sobre el fondo de una magnífica decoración de Camargue, que los mecheros de gas hacían brillar asombrosamente, iba la pastoral desenvolviendo sus esce-<sup>®</sup>

medorcillo empapelado al estilo burgués.

Cuando acabamos de comer y encendimos las pipas, nos pusimos á hablar de Mozart. Fuera, en la terraza de la posada, veía yo por entre los deshojados árboles, un columpio, un juego de bolos, los blancos de un tiro de ballesta, con el aspecto triste que tienen los sitios de recreo cuando están abandonados. «¡Holal Aquí hay un clavicordio,» dijo mi compañero levantando la funda de una mesa cargada de platos. Teclea el instrumento, le arranca unas cuantas notas cascadas, temblonas, y hasta la caída de la tarde nos embriagamos con Mozart.



FROMONT, MENOR, Y RISLER, MAYOR

La primera idea de *Fromont, menor*, se me ocurrió en un ensayo general de *La Arlesiana*, en el teatro del Vaudeville.

Sobre el fondo de una magnífica decoración de Camargue, que los mecheros de gas hacían brillar asombrosamente, iba la pastoral desenvolviendo sus esce-

nas, lentas y rimadas con acompañamiento de deliciosa música de Bizet, compuesta de reminiscencias de Nochebuena y de marchas antiguas. A la vista de aquella obra llena de pasión, que á mí me deleitaba como buen meridional, pero la cual consideraba yo con demasiado sabor local, con demasiada sencillez en la acción, temía que los parisenses no transigirían muchas noches con oír hablar de las cigarras, de las muchachas de Arlés, del mistral, de mi molino, y que era hora de interesarles con una obra más á propósito para ellos, más en relación con su vida diaria y que se agitate en su propia atmósfera; y como entonces vivía yo en el Marais, tuve la idea de colocar un drama en medio de la actividad obrera de aquel barrio comercial.

La asociación me pareció un asunto tentador; como hijo de industrial, conocía yo el engranaje de esa colaboración comercial en la cual intereses semejantes acoplan, en virtud de una necesidad de todos los momentos, y á veces mantiene unidos durante muchos años á se-

res de diversos temperamentos y de diferente educación. Conocía las envidias de una casa á otra, la agria rivalidad de las mujeres, en quienes subsisten las castas y luchan todavía más que en el hombre, y todas las molestias y mortificaciones de la vida en común.

En Nimes, en Lyon, en París, tenía cuantos modelos quisiera, todos en mi propia familia, y me puse á pensar en la obra teatral cuyo nudo debía ser el honor de la firma, de la razón social.

Desgraciadamente, hasta para el teatro se necesita la pasión. El adulterio con sus mentiras, sus emociones, sus peligros, solicita toda la atención del público, y por eso el interés de aquel estudio mío se halla concentrado en Sidonia y sus aventuras, cuando el verdadero asunto de mi obra debía ser la asociación comercial; pero me propongo intentarlo de nuevo algún día.

Como todo el mundo sabe, *La Arlesiana* fracasó. Era una insensatez creer que en pleno boulevard, en aquel rincón coquetón de la Calzada de Antin, al paso de las modas, del capricho, del torbelli

no siempre variado de Todo-París, tuviese interés para nadie aquel drama de amor que se desarrollaba en el corral de una casa de labor, en una llanura de Camargue, embalsamando los graneros llenos y el espliego en flor. Fué una caída tremenda, á pesar de la música más bonita del mundo, los trajes de seda y terciopelo y las ricas decoraciones de ópera cómica.

Salí del teatro acobardado, descorazonado, llevándome aún en los oídos las estúpidas carcajadas provocadas por escenas tristes, sin ánimos para defenderme en los periódicos, en los cuales atacaban los críticos aquel género desprovisto de sorpresas, aquella pintura en tres cuadros de costumbres y de aventuras, la verdad de las cuales sólo yo conocía, y resolví no volver á escribir nada para el teatro, amontonando crónicas y revistas hostiles, como para hacer con ellas un parapeto á mi voluntad. Creí que *Fromont*, que ya estaba preparado, meditado, casi á punto, podía ser transformado en novela. Entonces debí cambiar el armazón de la intriga, resta-

blecer el orden y la gradación de los sentimientos; pero no hay nada tan difícil como el trastorno de un trabajo cuyos trozos se asocian, se acoplan, se completan formando mosaico; no hay nada tan cruel como ese aborto voluntario de nuestras concepciones cuando el espíritu las ha llevado dentro de sí durante mucho tiempo, dolorosas y vivas. Y como los elementos del drama—me refiero siempre al drama tal como yo lo había comprendido y como fué puesto en escena después—me sirvieron para la novela, resultó que la fábula de *Fromont, menor*, es un poco convencional y romántica, con tipos y medios ambientes verdaderos, copiados del natural.

¡Del natural!

Jamás tuve otro sistema de trabajo. Así como los pintores conservan cuidadosamente álbums de croquis, de siluetas, de actitudes, un perfil, el movimiento de un brazo observado en lo vivo, así yo colecciono desde hace treinta años una porción de cuadernitos en los cuales figuran las observaciones, los pensamientos, ocupando sólo un renglón, lo



suficiente para acordarse de un gesto, una entonación, desarrollados, agrandados á su tiempo para la armonía de una obra importante.

En París, viajando, en el campo, esos cuadernos han ido llenándose sin advertirlo, sin pensar siquiera en el trabajo

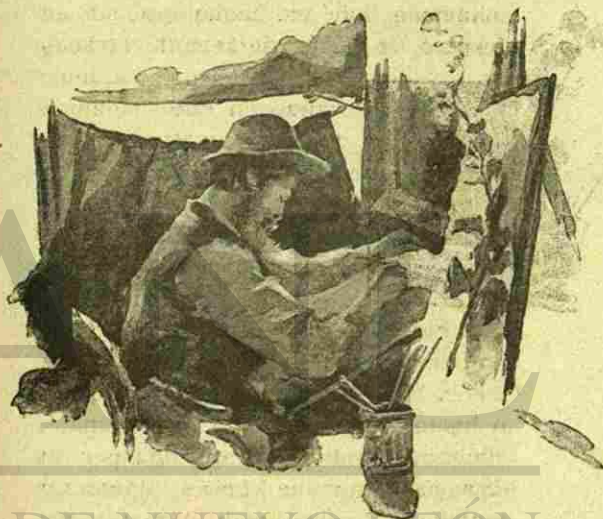


futuro que se iba aglomerando en ellos; nombres propios hay allí que no he podido variar luego, porque les encontraba una fisonomía, la huella y el parecido de las gentes que los llevan. Algunos libros

míos han producido escándalo y han sido llamados novelas *con clave*; es más, hasta se han publicado las claves con listas de nombres pertenecientes á personajes célebres, sin reflexionar que en mis otras obras había habido figuras verdaderas también, pero desconocidas, pero perdidas entre la muchedumbre, donde nadie hubiera pensado buscarlas.

—¿No es esa la verdadera manera de escribir la novela, es decir, la historia de gentes que no tendrán jamás historia?

Todos los personajes de *Fromont* han vivido ó viven todavía. Con el viejo Gardinois he disgustado á persona á quien quiero con toda mi alma; pero no he po-



didido suprimir ese tipo de viejo egoísta y terrible, de rico improvisado, implacable, que á veces, desde la terraza de su parque, envolviendo con su mirada ávida los inmensos edificios de la granja y

el castillo, los bosques y las cascadas, decía á sus hijos allí reunidos: «Lo que me consuela al morir es que ninguno de vosotros será bastante rico para conservar él solo todo esto.» El cajero Planus se llamaba Schérer. Lo he conocido en una casa de banca de la calle de Londres, meneando la cabeza delante de su caja llena, murmurando con su acento tudesco, con cierta dulzura tragi-cómica: «Se fué, se fué mucho dinero, mucho dinero; pero no va mal esto.»

Sidonia también existe, y la modesta casa de sus padres y la caja de diamantes de la señora Chèbe en un rincón de la cómoda, único lujo que durante mucho tiempo hubo en la pobre casa de los Chèbe. Sinó que la verdadera Sidonia no era tan negra como yo la he pintado. Intrigante, ambiciosa, aturdida por su improvisada fortuna, ebria de placeres y de trajes extravagantes, pero incapaz del adulterio á domicilio, imaginado sobre todo, rodeado por escenas de efecto. La señora de Gardinois luce todavía sus sortijas allá en un pueblo de provincias; pero no leerá jamás este libro, porque

no lee nunca, porque tiene siempre los dedos ocupados.

Risler es un recuerdo de la infancia. Aquel rubio alto, dibujante de fábrica, trabajaba en casa de mi padre. De alsaciano que era, lo he naturalizado en Suiza para no mezclar á mi libro el patriotismo sentimental, medio de conseguir fácilmente aplausos.

Delobelle ha vivido á mi lado, y diez veces me ha dicho: «No tengo derecho á renunciar al teatro.» En él, para completarlo hasta hacerlo un tipo, he resumido todo lo que sabía acerca de los cómicos, sobre sus manías, su dificultad para hacer pie en la vida real al salir de la escena, para conservar una individualidad á pesar de tantos cambios y disfraces. Aquí tengo, entre unas antiguas notas hojeadas para escribir esto, una «Bendición del mar» relatada por un actor, que es lo más extraordinario del mundo. No la transcribo porque desespero de poder reproducir los rugidos y los movimientos de ojos, su ternura, la entonación, los temblores, las actitudes académicas que acompañaron aquel singular relato, oído

en el saloncillo del antiguo teatro del Vaudeville.

Y también me encuentro en otro cuaderno de croquis la asombrosa actitud de otro Delobelle delante de su casa incendiada por los prusianos, traduciendo un sentimiento de pesar en sus gestos cómicos; porque ésa es la especialidad de esa raza, que hace un estudio especial para interpretar la vida, para comprenderlo todo en falso y conservar en los ojos la óptica convenida, sin sombra, de las tablas.

Delobelle, pues, estaba muy estudiado por mí, pero no había completado ese estudio con el de la familia cuando asistí por aquella época al entierro de la hija de un gran actor; allí vi, en un patio de la calle de Bondy, la gente de teatro toda reunida, y todo lo que más tarde anoté á la muerte de la pequeña Desideria, las entradas típicas de sus invitados, sus apretones de mano, variados según los trajes de sus papeles, la lágrima arrancada del párpado y mirada en la punta del guante.

En seguida se me ocurrió la idea de dar

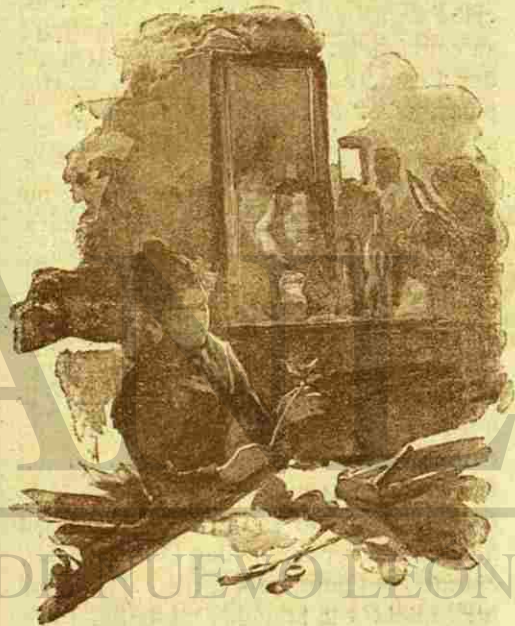
una hija á Delobelle, y quise hacer á aquella niña como si hubiese heredado una chispa de la extravagancia del padre, transformando la exasperación artística en dulce sentimentalismo de mujer y de enferma. En razón de esa enfermedad misma, y como contraste, le atribuí un oficio de lujo, de fantasía. Primero hice de ella una modista de muñecas, para que aquella infeliz, aquella desgraciada, pudiese contentar al menos sus gustos delicados y elegantes, vestir sus ensueños, ya que ella no podía vestirse, con retazos de seda y de galón dorado. El oficio era bien adecuado á ese barrio de Marais, siempre bullicioso y trabajador, cuyas ennegrecidas casas de cinco pisos, antiguos hoteles blasonados, encierran el placer de París en preparación, y tienen entre el polvo de sus guardillas y de sus escaleras empinadas, partículas de oro fino y de maderas preciosas. Entrad en aquellos corredores estrechos; subid aquellas tristes escaleras; por las entreabiertas puertas de cada piso veréis, en torno de una luz y de un poco de lumbre, mujeres y niñas traba-

jando. Un poco de latón, un poco de cola, papel dorado, terciopelo, y es bastante, á pesar de la miseria y del frío, para fabricar con la punta de los dedos, casi sin herramientas, sólo con habilidad é ingenio, esos objetos menudos, *bonitos* y *bien hechos*, como dicen los comerciantes ambulantes al ofrecerlos; pierrots, bailarinas, mariposas que mueven las alas, maravillas por cuatro *perros*, juguetes para pobres, fabricados por pobres, y en los cuales se marca el gusto delicado de este admirable pueblo.

Contando mi libro en voz alta, como es mi manía cuando estoy construyéndolo interiormente, hablé un día á Andrés Gill, el dibujante-pintor que era todo un artista, de aquella hija de Delobelle, tal como me disponía á describirla; me advertió que en una novela de Dickens, que yo no conocía, *El amigo común*, lucía exactamente la misma ficción de una joven enfermiza, modista de muñecas,



escrita con esa ternura profunda de los humildes, esa hechicería del gran novelista inglés. Fué una ocasión aquella



para recordar que muchas veces me había comparado á Dickens, allá en tiempo lejano, cuando yo aún no había leído

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CALLE DE LA UNIÓN, 1625 MONTECARMEN, NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CALLE DE LA UNIÓN, 1625 MONTECARMEN, NUEVO LEÓN

nada suyo, y mucho antes de que un amigo mío, á su regreso de Inglaterra, me dijese las simpatías de David Copperfield hacia *Poca-Cosa*. Un autor que escribe según ven sus ojos y según piensa su conciencia, no tiene nada que responder á esto, como no sea que hay ciertos parentescos de espíritu, de los cuales no se es responsable, y que el día de la gran fabricación de los hombres y de los novelistas, la naturaleza, sin duda distraída, pudo muy bien mezclar las pastas. Yo siento en mi corazón el amor de Dickens á los pobres, á los desgraciados, á la infancia mezclada en las miserias de las grandes poblaciones; he tenido, como él, una terrible entrada en la vida y la obligación de ganarme el pan antes de cumplir dieciséis años; supongo que en eso estriba nuestro parecido. A pesar de todo, fué para mí una gran contrariedad aquella conversación con Gill, y renunciando á mi muñequera, traté de buscar otro oficio á la hija de Delobelle. Pero esas cosas no se inventan; y ¿dónde ir á encontrar una profesión tan poéticamente quimérica como la de vestir muñecas,

y que permitiese hacer lo que yo había pensado: un tipo de gracia exquisita en la miseria, de sueño sonriente bajo las ennegrecidas vigas de una guardilla, de dedos capaces de dar cuerpo á las ilusiones del deseo? ¡Ah! ¡Cuántas cosas sombrías registré aquel año, cuántas escaleras oscuras, con pasamanos de cuerda, subí, en busca de mi ideal, entre el número infinito de pequeñas industrias! Al fin, cuando ya desesperaba, mi terquedad obtuvo su recompensa.

Un día, en la calle del Temple, en uno de esos cuadros que hay en las puertas de algunas casas, en las cuales se inscriben, para comodidad de los parroquianos, todas las industrias que hay en los pisos del edificio, leí este letrero dorado que me deslumbró:



Esa costumbre mía de que acabo de hablar, esa costumbre de relatar en voz alta mis libros mientras los estoy pensando, es un procedimiento de trabajo como otro cualquiera. Explicando mi obra á los demás, dilucido mi asunto, me pénéetro de él, ensayo ante mis oyentes los pasajes que han de llamar la atención, y estas conversaciones me proporcionan sorpresas y descubrimientos que conservo, gracias á mi buena memoria. ¡Desgraciado del que viene á visitarme y me interrumpe en medio de mi fiebre creadora! Continúo implacablemente delante de él hablando en vez de escribir, retocando bien ó mal, pero de un modo ininteligible para él, las diferentes partes de mi novela; y á pesar del fastidio, á pesar de la distracción visible de mis ojos, que tratan de huir una improvisación abundante, edifico un capítulo y lo desarrollo de palabra. En París, en mi



gabinete de trabajo, en mis paseos por el campo ó embarcado, he llegado á fastidiar á muchos compañeros y amigos que no podían sospechar su muda colaboración. Pero mi mujer es la que más ha soportado estas molestias del trabajo hablado, del asunto torcido y retorcido veinte veces seguidas: «¿Qué pensarías haciendo morir á Sidonia?... ¿Si dejase vivir á Risler?... ¿Qué debe decir Delobelle, ó Francisco, ó Clara en esta circunstancia?»

Y esto desde por la mañana hasta la noche, en todos los momentos, en las comidas, en el coche, en el teatro, al regreso de una reunión, en una de esas carreras de coche de alquiler que cruzan por entre el silencio y el sueño de París.



¡Ah! ¡Pobres mujeres de los artistas! Es verdad que la mía es tan artista á su vez, que ha tomado gran parte en todo cuanto yo he escrito. No hay ni una página que ella no haya repasado, retocado, sobre la cual no haya echado un poquillo del polvo de sus alas azul y oro. ¡Y es tan modesta, tan sencilla, tan poco mujer de letras! Había yo dicho esto un día dando testimonio de su cariñosa infatigable colaboración en la dedicatoria del *Nabab*; mi mujer no consintió que se publicara aquella dedicatoria, y la conservé solamente en una docena de ejemplares para los amigos, muy pocos, y que ahora recomiendo á los aficionados.

Ya he dicho mi procedimiento para trabajar. Cuando todas mis notas están tomadas y los capítulos ordenados y separados, y los personajes vivos y en pie en mi espíritu, empiezo á escribir de prisa y en borrador.

Apunto las ideas y los acontecimientos, sin tomarme tiempo para una redacción, no ya completa, sino ni siquiera correcta, porque el asunto me asedia, me aguijonea, y se desborda en porme-

nores y caracteres. Cuando he llenado una cuartilla, se la doy á mi colaborador, vuelvo á verla yo después, y por fin la copio con gran satisfacción. Satisfacción de colegial que acaba su tarea, retocando algunas frases, completando, afinando; ese es el mejor periodo del trabajo. Así fué hecho *Fromont*, en uno de los más antiguos hoteles del Marais, donde tenía yo un gabinete de trabajo, cuyas ventanas anchas, altas, magnificas, permitían ver desde dentro lo verde del jardín. Pero al otro lado de aquella zona de calma y de gorjeos de pájaros estaba la vida obrera de los barrios, las columnas de humo que salen de las altas chimeneas de las fábricas, el rodar de los camiones, y aún me parece estar oyendo sobre el empedrado de un patio cercano los vaivenes de un carretón de comercio que en la época de los regalos de Pascua, arrastra tambores y más tambores para los niños, hasta lassiete de la noche, cuando ya estaba muy oscuro. Nada tan sano ni tan bueno como trabajar en la atmósfera misma del asunto, en el medio en el cual siente uno moverse á los

personajes. La entrada y salida de los talleres, las campanas de las fábricas, pasaban por mis cuartillas á horas fijas. No tenía yo que hacer ni el menor esfuerzo para encontrar el color y el ambiente, porque ellos me invadían por todas partes. Todo el barrio me ayudaba, me animaba, trabajaba conmigo. En los dos extremos de la inmensa habitación, mi mesa grande y la mesita de mi mujer, y corriendo, pasando las copias de uno á otra, mi hijo mayor, pipiolo hoy, y entonces un chicuelo de espesos bucles rubios que cafan sobre su delantal manchado con la tinta de sus primeros *palo-tes*. Es uno de los mejores recuerdos que tengo de mi vida de escritor.

A veces necesitaba un detalle más lejano, una nota tomada en un sitio determinado; entonces toda la familia se ponía en marcha para ir en busca de la impresión.

La comida de Risler y de Segismundo después de la ruina, la hice con mi mujer y mi hijo en el Palais-Royal, á la hora de la música, cuando las sillas de paja en semicírculo y la actitud de las gentes

que escuchan hasta la caída del agua en el polvo de un día caluroso que llega á su fin, tienen una melancolía especial: el vacío y lo provinciano de París en verano. Me sentí impregnado de ella; y pensando en mi asunto, vivamente emocionado por aquella vulgar música de regimiento, me la figuraba acompañando con los instrumentos á la sordina la triste conversación de mis dos pobres personajes. La muerte de Risler necesitó una expedición todavía más larga; tenía yo en la memoria la casita del editor Poulet-Malassis, allá abajo, cerca de las fortificaciones, y allí había yo instalado á Planus, enfrente de aquellos montecillos poblados de flores amarillas, y pisoteadas y arrancadas por los que van á pasear por allá los domingos.

Era necesario ver de nuevo el paisaje, seguir la pista de Risler desde la puerta de su casa hasta la viga negra donde debía de ahorcarse, próxima á ese cuartel desde donde se descubre á París como se le ve desde las afueras; masa ahumada de cúpulas, campanarios, y techos con perspectivas de un gran puerto de



mar, en que las chimeneas fuesen mástiles de buques fondeados. Así obtuve todos los cuadros de mis capítulos. Ya no tenía más que escribir, y en aquellas



condiciones, con el drama, por decirlo así, imaginado, ilustrado por mis recuerdos y paseos, el trabajo estaba medio hecho.

*Fromont, menor, y Risler, mayor*, fué publicado en folletín por *Le Bien Public*,

y durante su publicación sentí por primera vez en torno de una obra mía verdadero interés de la muchedumbre. Clara y Desideria tenían amigos; censurábanme por la muerte de Risler y por las cartas que interceptó la cojita. La vida



no tiene nada mejor que ese nacer de la popularidad, que esa primera comunicación del lector con el autor.

El libro estaba destinado al editor Charpentier, instalado entonces en el muelle del Louvre, en un piso alegre y lleno de sol, casa deliciosa que se había convertido en predilecto punto de reunión para los hombres de letras. Al sa-

lir de su casa, después de una velada en el mes de Mayo, tuve á la vista del Sena, medio alumbrado por los faroles del muelle, entre las filas de puestos de flores, preparados para el mercado del día siguiente, tuve, repito, la visión de la muerte de Desideria Delobelle.

Aquel éxito de librería me asombró. Aceptado hasta entonces en un pequeño grupo artístico, no había pensado jamás en que mis obras fueran muy populares, y recuerdo mi alegre sorpresa cuando me anunciaron que se iba á hacer una segunda edición á los pocos días de puesto el libro á la venta, precisamente cuando iba yo temblando á enterarme del resultado que daba.

Pronto se sucedieron las tiradas de nuevas ediciones, luego llegaron peticiones de permiso para traducirlo en Italia, en Alemania, en España, en Suecia, en Dinamarca; también lo solicitaron de Inglaterra, pero un poco tarde. Es ese el país donde más difícilmente he penetrado, y eso que con mi gusto por las cosas íntimas parecía que había de gustar allí más que en los demás países.

Un detalle para concluir.

En aquel tiempo teníamos en casa de Gustavo Flaubert unas reuniones los domingos, las cuales fueron poco á poco haciendo de su grupito de escritores unidos por el respeto y la afición á la literatura, un grupo de verdaderos amigos. Era en la calle de Murillo, en una serie de pequeñas habitaciones que daban á un jardín muy cuidado y á las ruinas, aún no completas, del parque de Monceau.

Dentro, un silencio de hotel particular, con vistas á un parque, y una libertad de conversación artística que me ha proporcionado ratos deliciosos. Siempre cuatro de nosotros, algunas veces cinco, cuando Tourguéneff no tenía el ataque de gota, nos reuníamos una vez al mes á celebrar una comida, que llamábamos *banquete de los autores silbados*, y durante la cual se maldecía de la indiferencia de nuestra época para la literatura, y lo refractario que es el público á toda revelación nueva. El hecho es que ninguno de nosotros tenía la fortuna de agradar á ese público terrible.

Flaubert experimentaba la melancolía de los éxitos pasados, saboreados hasta las heces, hasta las censuras de la crítica y del público, que le hablaban siempre de su primer libro, haciendo de *Madame Bovary* un obstáculo glorioso para *Salammbô* y para la *Educación sentimental*; Goncourt parecía cansado, descorazonado por un gran esfuerzo, del cual se aprovechaba toda una nueva generación de novelistas, y los cuales lo dejarían á él—al menos así lo pensaba—á él, al investigador, casi desconocido.

De pronto yo era el único que sentía venir hacia sí la moda de muchos miles de ejemplares, y aquello me tenía confuso y como avergonzado delante de escritores de valer. Todos los domingos, cuando llegaba, me preguntaban:

—¿Y las ediciones? ¿Cuántas van?

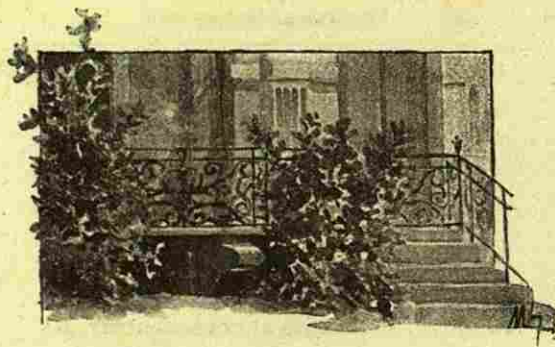
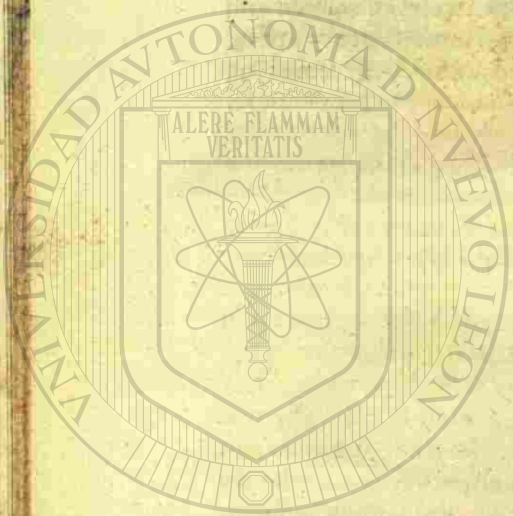
Cada día era necesario empezar nuevas tiradas; verdaderamente ya no sabía dónde meterme yo y mi éxito.

—Nosotros no venderemos así jamás, decía Zola sin envidia, pero con un poco de tristeza.

Hace doce años de esto. Hoy sus nove-

las se imprimen por cientos de ediciones: las de Goncourt andan de mano en mano, y me echo á reír yo solo cuando recuerdo aquella nota triste y resignada: «¡Nosotros no venderemos así jamás!»





#### TOURGUENEFF

Esto era hace diez ó doce años en casa de Gustavo Flaubert, en la calle de Murillo. Habitaciones pequeñas, amuebladas á la argelina, con vistas al parque de Monceau, el jardín aristocrático y correcto que daba á las ventanas persianas de verdes enredaderas. Nos reuníamos allí todos los domingos cinco ó seis, siempre los mismos, en una exquisita intimidad. <sup>®</sup>

Un domingo que, como de costumbre,

llegué yo para ver al viejo maestro y á los amigos, Flaubert me cogió en la puerta, y me dijo:

—¿No conoce usted á Tourgueneff? Está ahí.

Y sin esperar mi respuesta me empujó hacia el salón. Del diván donde estaba tendido, un anciano alto, de barba como la nieve, se levantó al verme entrar, desensortijando sobre el montón de cojines los anillos de su cuerpo de boa, con ojos asombrados, enormes.

Nosotros los franceses vivimos en una ignorancia extraordinaria de toda la literatura extranjera. Nuestro espíritu es tan comodón como nuestros miembros, y por miedo á los viajes ni leemos ni colonizamos tan pronto como se nos saca de nuestro país. Por casualidad conocía yo á fondo las obras de Tourgueneff. Había leído con gran emoción las *Memorias de un señor ruso*, y aquel libro, encontrado por casualidad, me llevó á la intimidad de los otros. Estábamos ligados, sin conocernos, por el amor á los trigos, á los bosques, á la naturaleza, y una comprensión gemela por la envoltura.

En general, los que escriben no tienen más que ojos, y se contentan con pintar. Tourgueneff tiene además olfato y oídos. Todos sus sentidos tienen las puertas abiertas unos sobre otros. Está lleno de perfumes del campo, de ruidos del agua, de limpideces del cielo, y se deja mecer, sin prejuicio de escuela, por la orquesta de sus sensaciones.

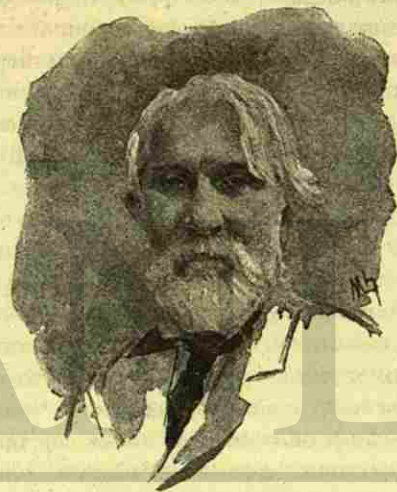
Esa música no llega á todos los oídos. Los hijos de las ciudades, ensordecidos desde la infancia por el mugido de las grandes capitales, no la percibirán jamás; no oirán las voces que hablan en el silencio de los bosques, cuando la naturaleza se cree sola y el hombre que calla se hace olvidar. ¿Os acordáis de la caída de los remos en el fondo de una canoa, que habéis oído alguna vez en un lago de Fenimore Cooper? La barca está á veinte leguas, no se la ve; pero los bosques se agrandan por ese ruido lejano sobre el agua que duerme, y hemos sentido el estremecimiento de la soledad. ®

Las estepas de Rusia han despertado los sentidos y el corazón de Tourgueneff. Se hace uno bueno escuchando la

naturaleza, y los que la aman no dejan por ello de interesarse por las cosas de los hombres. De ahí esa dulzura compasiva, triste como una canción de *moujik*, que palpita en el fondo de los libros del novelista eslavo. Es el suspiro humano de que habla la canción criolla. Y ese suspiro, repetido sin cesar, hace de las *Memorias de un señor ruso* como otra *Casa del tío Tom*, menos la declamación y los gritos. Yo sabía todo eso cuando encontré á Tourgueneff. Hacía ya tiempo que lo tenía en los tronos de mi olimpo, sobre un sillón de ébano, en el rango de mis dioses. Pero lejos de sospechar su presencia en París, no se me había ocurrido nunca preguntarme si vivía ó estaba muerto. Calcúlese mi asombro cuando me lo encontré de pronto frente á frente, en una casa de París, en un tercer piso con vistas al parque de Monceau.

Yo le conté alegremente la cosa y le expresé mi admiración. Le dije que había leído sus libros en los bosques de Sénart. Allí había encontrado su alma, y los dulces recuerdos del paisaje y de sus libros estaban tan reunidos en mi memo-

ria, que ni una sola noticia suya ha quedado en mi pensamiento que no esté envuelto en los ramajes de un matorral, ya ajado por los vientos del otoño.



Tourgueneff no volvía de su asombro. —¿Conque me ha leído usted?

Y me dió una porción de pormenores sobre lo poco que se vendían sus libros y la oscuridad de su nombre en Francia. Hetzel lo editaba como por caridad. Su

popularidad no había pasado la frontera. Le dolía vivir desconocido en un país que tanto quería, y lo confesaba tristemente, pero sin rencor. Al contrario, nuestros desastres de 1870 le habían hecho tomar más cariño á Francia. Ya no podía vivir en otra parte. Antes de la guerra pasaba los veranos en Baden; ahora ya no volverá allí, y se contentará con pasarlo en Bougival y en las orillas del Sena.

Precisamente aquel domingo no había nadie en casa de Flaubert, y nuestra conversación se prolongó. Interrogué al escritor sobre su método de trabajo, y me asombraba que no hiciera él mismo sus traducciones, porque hablaba en francés muy correcto, con cierta lentitud á causa de la sutileza de su espíritu.

Me confesó que la Academia y su Diccionario lo dejaban frío. Hojeaba, temblando, aquel Diccionario formidable, como si fuese un Código donde estuviesen formuladas la ley de las palabras y los castigos que debían imponerse á los atrevimientos. De sus excursiones por el Diccionario sacaba la concien-

cia llena de escrúpulos literarios que mataban su vena.

Recuerdo que en una noticia que estaba escribiendo entonces, no había querido exponerse á hablar de unos *pálidos ojos* por miedo á los académicos y á su definición del vocablo.

No era la primera vez que tropezaba yo con esas inquietudes; las había encontrado ya en mi amigo Mistral, también fascinado por la cúpula del Instituto, el monumento macarrónico que decora en forma de medallón las cubiertas de los libros de Didot.

A propósito de esto dije á Tourgueneff lo que me bullía en el pensamiento, á saber: que el francés no es una lengua muerta y que no debe escribirse con un diccionario de expresiones definitivas é inalterables. Yo no me preocupo de esto. Hay que admitir todo. El río arrastra en su corriente escorias; dejadlo correr, que él depurará todo. Después dijo que iba á buscar á las *señoras* que estaban en el concierto de Padeloup, y bajé con él. Me entusiasmó oírle decir que le gustaba la música. En Francia los hom-

bres de letras, en general, la abominan; la pintura lo ha invadido todo. Teófil Gauthier, Saint-Victor, Hugo, Banville, Goncourt, Zola, Leconte de Lisle, todos son musicóforos. Que yo sepa, soy el primero que ha confesado públicamente mi crasa ignorancia de los colores y mi afición á las notas; eso se explica por mi temperamento meridional y mi falta de vista; un sentido se ha desarrollado á expensas del otro. En Tourgueneff el gusto musical era una educación parisiense. Lo había adquirido en el medio ambiente en que vivía.

Ese medio era una intimidad de treinta años con la señora Viardot; Viardot, la gran cantante, Viardot-García, la hermana de la Malibran.

Aislado y soltero, Tourgueneff habitaba hacía muchos años en el hotel de la familia, calle de Douai, núm. 50. Las señoras de quienes me hablara en casa de Flaubert, eran la Viardot y sus hijas, á las cuales quería Tourgueneff como si fueran suyas. En aquella casa hospitalaria fué á visitarlo.

El hotel estaba amueblado con refina-

do lujo, gusto artístico y aficiones al *confort*. Al pasar por el entresuelo, vi por una puerta abierta una galería de cuadros. Voces frescas de muchachas, llegaban hasta mí á través de los tapices.

Alternaban con la apasionada voz de contralto del *Orfeo*, la cual llenaba la



escalera y subía hasta donde yo estaba.

- Arriba, en el tercer piso, un pequeño departamento, cerrado, guatado, lleno de cosas preciosas.

Tourgueneff había tomado de sus amigos sus aficiones artísticas: la música, de la mujer; la pintura, del marido.

Hallábase echado en un sofá.



Me senté á su lado, y reanudamos la conversación del día anterior.

Le habían llamado la atención mis observaciones, y prometió llevar el domingo siguiente á casa de Flaubert una novela que se traduciría delante de él. Luego me habló de un libro que quería hacer, *Las tierras vírgenes*, una pintura sombría de las nuevas capas que se agitan en las profundidades de Rusia, la historia de esos pobres *simplificados* á quienes una triste equivocación pone en manos del pueblo. El pueblo, como no les comprende, se harta y los rechaza.

Y mientras él me hablaba, pensaba yo que, en efecto, Rusia es una tierra virgen, blanda todavía, donde toda huella, por ligera que sea, se marca; una tierra virgen, donde todo es nuevo, y está por hacer y por explorar. En nuestro país, al contrario, ya no hay camino desierto ni sendero por donde no hayan repasado las muchedumbres; y hablando sólo de la novela, la sombra de Balzac está al término de todas sus avenidas.

Desde aquel día nuestras relaciones se estrecharon. De todos los momentos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES  
BIBLIOTECA CENTRAL DE CIENCIAS EXACTAS Y NATURALES  
"ALFONSO REYES"  
CALLE 1625 BORDABERRI, BUENOS AIRES

que hemos pensado juntos, tengo el recuerdo de una tarde de primavera, de un domingo de la calle de Murillo que he guardado en la memoria, único luminoso. Se hablaba de Goethe, y Tourgueneff nos había dicho: «Ustedes no lo conocen.» Al domingo siguiente nos llevó *Prometeo* y *El sátiro*, ese cuento volteriano, revolucionario, impío, agrandado y convertido en poema dramático.

El parque de Monceau nos enviaba sus gritos de niños, su espléndido sol, la frescura de sus plantas recién regadas, y nosotros cuatro, Goncourt, Zola, Flaubert y yo, impresionados por aquella grandiosa improvisación, escuchábamos al genio traducido por el genio. Aquel hombre que temblaba con la pluma en la mano, tenía, cuando estaba de pie, todas las audacias del poeta; no era una traducción mentira que petrifica: Goethe vivía y nos hablaba.

A menudo venía Tourgueneff á buscarme al Marais, en el antiguo hotel del tiempo de Enrique II, donde vivía yo entonces. Divertíale el extraño espectáculo de aquel patio de honor, de aque-

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CALLE 1625 BORDABERRI, BUENOS AIRES

lla regia mansión almenada, toda llena y ocupada por las pequeñas industrias del negocio parisiense, fabricantes de trompos, de agua de Seltz y de perdigones. Un día que entraba, del brazo de Flaubert, mi chiquillo me dijo en voz baja: «Papá, esos son muy gigantes.»

¡Oh! sí, gigantes, buenos gigantes, grandes cerebros, hermosos corazones, proporcionados á su envoltura colosal. Había un lazo, una afinidad de cándida bondad entre aquellos dos caracteres geniales. Los había casado Jorge Sand. Flaubert, hablador, criticón, quijote, con voz de trompeta, la poderosa ironía de su observación, su aspecto de normando del tiempo de la conquista, era la mitad viril de aquel matrimonio de almas; pero ¿quién en ese otro coloso con cejas que parecían de estopa, con inmensos omoplatos, habría adivinado la mujer, esa mujer de agudezas y delicadezas que Tourgueneff ha pintado en sus libros, esa Rusia, nerviosa, lánguida, apasionada, adormecida como una oriental, trágica como una fuerza en revolución? Prueba de que es verdad que en la gran fábrica

humana las almas se equivocan á veces de envoltura, y salen almas de hombre en cuerpos femeniles, almas de mujeres en corpanchones de cíclopes.

En aquella época se tuvo la idea de una reunión mensual, donde se vieran los amigos alrededor de una buena mesa; aquello se llamó «banquete Flaubert, ó el banquete de los autores silbados.» Flaubert asistía por el fracaso de su *Candidato*; Zola, por su *Boton de Rosa*; Goncourt, por su *Enriqueta Marechal*, yo, por mi *Arlesiana*. Girardin quiso entrar en nuestro grupo; pero como no era literato, se le eliminó. Tourgueneff nos dió su palabra de honor de que lo habían silbado en Rusia, y como estaba muy lejos, no fuimos á averiguarlo.

Nada tan delicioso como esas comidas donde se habla con libertad, con los codos encima de la mesa. Como gentes de experiencia, éramos glotonos. Había tantas glotonerías como temperamentos, tantos guisos como provincias. ®

A Flaubert le hacían falta mantecas de Normandía y patos de Rouen, estofados; Edmundo de Goncourt, refinado,

exótico, reclamaba confituras de gengibre; Zola, mariscos; Tourgueneff saboreaba su caviar.

¡Ah! No era fácil darnos de comer, y las fondas de París deben acordarse de nosotros. Variábamos á menudo. Unas veces íbamos á casa de Adolfo y Pelé, á espaldas de la Ópera; otras á la plaza de la Ópera Cómica, á casa de Voisin, cuyas bodegas satisfacían todas las exigencias y reconciliaban los apetitos.

Nos sentábamos á la mesa á las siete, y á las dos no habíamos concluído todavía. Flaubert y Zola comían en mangas de camisa; Tourgueneff se estiraba en el diván; despedíamos á los camareros—precaución inútil, porque los bramidos de Flaubert se oían en toda la casa—y hablábamos de literatura. Siempre teníamos alguno de los libros nuestros que acababan de ser publicados. *La tentación de San Antonio* y *Los tres cuentos*, de Flaubert; *Elisa*, de Goncourt; *El abate Mouret*, de Zola; Tourgueneff llevaba *Las reliquias vivientes* y *Las tierras vírgenes*; yo, *Fromont, Jack*. Hablábamos con el corazón en la mano,

sin complicidades de admiración mutua.

Tengo á la vista una carta de Tourgueneff, escrita con letra grande, clara, antigua, letra de manuscrito, que transcribo íntegra porque da el tono de la sinceridad de nuestras relaciones.



«Lunes 24 Mayo 77.

»Mi querido amigo: Si no he hablado á usted hasta ahora de su libro, es porque quería hacerlo extensamente, y no contentarme con cuatro frases de cajón. Deje todo eso para cuando nos veamos, que espero sea pronto, porque Flaubert debe regresar un día de éstos ya, y nuestras comidas empezarán otra vez.

»Me limito á decir una cosa: el *Nabab* es libro más notable y el más desigual que ha hecho usted. Si *Fromont y Risler* puede ser representado por una línea recta así —, el *Nabab* debe ser figurado de este modo: ~~~, y á las cúspides de estos ziszás no puede llegar más que un talento de primer orden.

»Le pido perdón por expresarme tan geométricamente.

»He tenido un largo y fortísimo ataque de gota; hasta ayer no he salido de casa, y tengo las rodillas y las piernas de un hombre de noventa años. Me temo que soy yo lo que los ingleses llaman un *confirmed invalid*.

»Mis afectos á la señora Daudet, y le estrecha cordialmente la mano su afectísimo

IVAN TOURGUENEFF.»

Quando acabábamos con los libros y las preocupaciones del día, la conversación se ensanchaba, se acudía á las tesis, á las ideas siempre presentes: se hablaba del amor y de la muerte.

El ruso, tendido en el diván, callaba siempre.

—¿Qué dice usted, Tourgueneff?

—¡Oh! Yo no pienso nunca en la muerte. En nuestro país nadie se la figura bien; eso allí está siempre lejano... envuelto entre las brumas eslavas...

La frase decía mucho sobre el carácter de su raza y sobre su propio genio. La bruma eslava flota sobre todas sus obras, y hasta su misma conversación parecía envuelta entre brumas.

Todo cuanto nos decía empezaba á decirlo trabajosamente, de una manera indecisa; luego, de pronto, la nube se disipaba, conservaba un rayo de luz que era una palabra decisiva.

Nos describía su Rusia; no la Rusia de Beresina, histórica y de pura convención, sino una Rusia de verano, de trigos, de flores, la Rusia Menor llena de hierbas que florecían y de rumores de abeja. Así es que como es menester alojarse en algún sitio, hacer encajar en un paisaje conocido las historias exóticas que se nos cuentan; la vida rusa se me ha aparecido á través de sus relatos como una vida

feudal en una posesión argelina rodeada de *gourbis*.

Tourgueneff nos hablaba del campesino ruso, de su profundo alcoholismo, del abotagamiento de su conciencia, de su ignorancia de la libertad. O bien relataba una página más fresca, un idilio en un rinconcillo, recuerdo de alguna campesina encontrada en una excursión venatoria, y de la cual había estado enamorado.

—¿Qué quieres que te regale? le preguntaba siempre.

Y la hermosa joven, ruborizándose, respondía:

—Tráeme una pastilla de jabón para que me perfume las manos y me las puedas besar como las besas á las señoras.

Después de hablar de amores y de la muerte, charlábamos de las enfermedades, de la esclavitud del cuerpo, que arrastramos como su cadena el presidario. ¡Tristes confesiones de hombres que han pasado ya de los cuarenta años! Yo, que aún no me sentía mortificado por el reuma, me burlaba de mis amigos, de aquel pobre Tourgueneff, atormentado

por la gota, el cual venía cojeando á nuestras comidas. Después lo he pagado bien.

¡Ah! La muerte, de la cual tanto hablamos, llegó al fin. Nos arrebató á Flaubert. Él era el alma de nuestra reunión, el lazo que nos unía. Cuando él hubo desaparecido, la vida cambió y ya no nos vimos más que de tarde en tarde, porque ninguno de nosotros se sentía con valor para reanudar las reuniones que el duelo había interrumpido.

Al cabo de algunos meses Tourgueneff trató de reunirnos. El sitio de Flaubert debía ser respetado en nuestra mesa; pero como faltaran su vozarrón y sus ruidosas carcajadas, nuestros banquetes no volvieron á ser lo que habían sido.

Luego me encontré al novelista ruso en una velada en casa de Mad. Adam. Había llevado al gran duque Constantino, el cual se hallaba de paso en París, y deseaba conocer algunas celebridades del día, una galería Tussaud de carne y hueso. Tourgueneff estaba triste y enfermo. ¡Pícara gota! Lo tenía imposibilitado durante semanas enteras y pedía á los amigos que lo visitasen.

Hace dos meses le vi por última vez. Siempre estaba la casa llena de flores, siempre se oían allí las frescas voces de las muchachas al pasar por el entresuelo, y siempre se encontraba á mi amigo allá arriba sentado en el mismo diván; pero ¡qué débil y cuán cambiado! Una angina al pecho le tenía abatido, y aún sufría á consecuencia de la dolorosa extracción de un kisto. Como no había tomado cloroformo, pudo contarme la operación con una perfecta lucidez de recuerdo. Al principio experimentó la sensación circular de mondar una fruta; después el dolor agudísimo de cortar la carne. Y añadió:

—Estoy analizando mi sufrimiento para relatároslo en la primer comida que tengamos, suponiendo que os ha de interesar á todos.

Como aún podía andar un poco, bajó la escalera para acompañarme hasta la puerta de la calle. Cuando llegamos abajo entramos en la galería de cuadros y me enseñó las obras de los pintores rusos: un «Alto de cosacos», un sembrado de trigo, paisajes de Rusia, pero de laRu-

sia que nos había descrito él. Allí estaba el anciano Viardot, un poco enfermo. Al lado suyo cantaba García, y Tourgueneff, rodeado de las dos artes que tanto le entusiasmaban, sonreía al despedirme.

Un mes después supe que Viardot había muerto y que Tourgueneff estaba agonizando. No pude creerlo. Debe de haber para las inteligencias privilegiadas una prórroga de vida hasta que hayan dicho todo lo que tenían que decir. El tiempo y el clima en Bougival nos devolvería á Tourgueneff; pero ya no habrá más comidas de aquellas en que tanto gozaba.

¡Ah! ¡El banquete de Flaubert! El otro lo volvimos á celebrar; pero ya no éramos más que tres (1).

\*\*\*

Estando corrigiendo las pruebas de este artículo, publicado hace algunos años, me traen un libro de *Recuerdos*, en el que Tourgueneff, desde su tumba,

(1) Escrito en 1880 para el *Century Magazine*, de Nueva York.

me trata cual no digan dueñas. Como escritor estoy por debajo de todos; como hombre no hay ninguno que valga menos. Y mis amigos lo saben, y dicen por ahí cosas que obligan á taparse los oídos...¿De qué amigos habla Tourgueneff, y cómo siguen siendo amigos míos conociéndome tan bien? A él mismo, á aquel buen eslavo, ¿quién le obligaba á ponerme tan buena cara?

Me parece todavía estar viéndolo en mi casa, sentado á mi mesa, cariñoso, amable, besando á mis hijos. Tengo cartas tuyas, cordiales, expresivas. ¡Y ahora veo lo que se ocultaba bajo aquella sonrisa bondadosa!... ¡Dios mío, qué cosa más extraña es la vida, y qué expresiva es esta bonita palabra griega: EIRONEIA!



## ÍNDICE

	Páginas.
La llegada.....	1
Villemessant.....	25
Mi primer frac.....	47
Historia de mis libros: <i>El Poca-Cosa</i> .....	69
Los salones literarios.....	95
El tamborilero.....	123
Historia de mis libros: <i>Tartarin de Tarascon</i> .....	151
Historia de mis libros: cartas desde mi molino.....	171
Mi primer estreno.....	193
Enrique Rochefort.....	207
Enrique Monnier.....	237
Cómo acabó un borrachín, y la bohemia de Murger.....	245
Historia de mis libros (Jack).....	275
La Isla de los Gorriones (encuentro en el Sena).....	309
<i>Fromont, menor, y Risler, mayor</i> .....	319
Tourgueneff.....	347

me trata cual no digan dueñas. Como escritor estoy por debajo de todos; como hombre no hay ninguno que valga menos. Y mis amigos lo saben, y dicen por ahí cosas que obligan á taparse los oídos...¿De qué amigos habla Tourgueneff, y cómo siguen siendo amigos míos conociéndome tan bien? A él mismo, á aquel buen eslavo, ¿quién le obligaba á ponerme tan buena cara?

Me parece todavía estar viéndolo en mi casa, sentado á mi mesa, cariñoso, amable, besando á mis hijos. Tengo cartas tuyas, cordiales, expresivas. ¡Y ahora veo lo que se ocultaba bajo aquella sonrisa bondadosa!... ¡Dios mío, qué cosa más extraña es la vida, y qué expresiva es esta bonita palabra griega: EIRONEIA!



## ÍNDICE

	Páginas.
La llegada.....	1
Villemessant.....	25
Mi primer frac.....	47
Historia de mis libros: <i>El Poca-Cosa</i> .....	69
Los salones literarios.....	95
El tamborilero.....	123
Historia de mis libros: <i>Tartarin de Tarascon</i> .....	151
Historia de mis libros: cartas desde mi molino.....	171
Mi primer estreno.....	193
Enrique Rochefort.....	207
Enrique Monnier.....	237
Cómo acabó un borrachín, y la bohemia de Murger.	245
Historia de mis libros (Jack).....	275
La Isla de los Gorriones (encuentro en el Sena).....	309
<i>Fromont, menor, y Risler, mayor</i> .....	319
Tourgueneff.....	347





COLECCION JUBERA

OBRAS PUBLICADAS

VOLUMEN I

4 pesetas en rústica y 5 encuadernado á la inglesa.



ROBERTO HELMONT®

DIARIO DE UN SOLITARIO

POR A. DAUDET

*Edición ilustrada con 16 cromotipias y 112 fotografados.*



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

E. RUBIÑOS. IMPRESOR.

